

# BARBARA CARTLAND

## La bella fugitiva 1



ePUB

Debido a que es huérfana, Diona vive con su tío, *Sir* Hereward Grantley y su hijo, Simón. Su padre, al morir, sólo dejó deudas y todo lo que ella posee y ama es su perro dálmata, Sirio. En un acceso de furia, atormentado por la gota que padece, *Sir* Hereward ordena que lo maten. Desesperada, ansiosa por salvarlo, Diona huye y trata de conseguir empleo en las perreras del Marqués de Irchester. Sin saber cómo, se encuentra involucrada en una apuesta hecha en el Club White, de Londres, lo que le inspira mucho temor. Cómo una herencia que le deja su madrina es causa de que su tío descubra su escondite y cómo logra finalmente encontrar seguridad para ella y para Sirio, nos es relatado en este nuevo romance de Barbara Cartland



Barbara Cartland

# **La bella fugitiva 1**

**Bantam - 180**

ePub r1.0

jala 31.01.16

Título original: *Diona and Dalmatian*

Barbara Cartland, 1983

Traducción: Paloma Amor

Editor digital: jala

ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2

---

más libros en **ePubGratis**

---

# Capítulo 1

1819

**S**ir Hereward Grantley se sentó con dificultad en el amplio sillón y se estremeció de dolor al levantar sobre un banquillo su pierna afectada por la gota.

Respirando pesadamente, se reclinó con lentitud contra el respaldo.

En ese instante un perro dálmata cruzó al trote la habitación, en dirección de él, moviendo la cola. Al hacerlo rozó un vaso con brandy que se hallaba junto a *Sir Hereward*, sobre una mesita baja. El vaso cayó al suelo, donde se rompió en pedazos.

*Sir Hereward* estalló en un rugido de furia.

—¡Hazme el favor de controlar a ese maldito perro tuyo! —le gritó a su sobrina—. Ya te lo he dicho antes... no tiene por qué estar en la casa. ¡No lo quiero aquí... que se quede en las perreras!

Diona se apresuró a cruzar la habitación para recoger los pedazos de vidrio y tirarlos al cesto de los papeles.

—Lo siento mucho, tío Hereward —dijo mientras lo hacía—. Sirio no tuvo intención de hacerlo. Sólo deseaba saludarte, porque te quiere bien.

—Yo tengo suficientes perros. No necesito el tuyo. ¡O lo llevas a la perrera, o lo mando matar!

Diona lanzó un grito de horror. Entonces, una vez procedente del lado opuesto de la habitación, dijo:

—¡Creo que ésa es una buena idea, papá! Los perros son una molestia en la casa, como tú dices. Además, yo he visto a Sirio correr por el bosque y sin

duda alguna ha asustado a las aves que anidan allí.

—¡Eso no es cierto! —protestó Diona—. Sirio no va a ninguna parte sin mí y como sé que es la temporada de crianza, no nos hemos acercado al bosque.

—¡Yo lo vi con «mis propios ojos»!

Su primo Simón mentía y Diona conocía la razón. Desde que había llegado a vivir a aquella horrible casa que pertenecía a su tío, Simón la había perseguido con sus atenciones.

Como ella le había hecho notar con toda claridad que no quería nada con él, le guardó rencor y comenzó a buscarle dificultades.

Sabía que estaba vengándose porque dos noches atrás había tratado de besarla, en lo alto de la escalera.

Ella había forcejeado con él y al comprender que él era más fuerte, le había propinado un violento pisotón, haciéndolo gritar de dolor.

—¡Déjame en paz! ¡Te odio, y si vuelves a tratar de tocarme, se lo diré al tío Hereward! —había exclamado, alejándose a todo correr.

Como Simón había estado aguardando la oportunidad de vengarse de ella, ahora se levantó de la mesa donde había estado comiendo con voracidad un copioso desayuno, mucho después de que todos habían terminado ya. Se acercó a su padre.

—Ordena que destruyan a ese perro, papá —dijo—. Le diré a Heywood que lo mate, como mató a Rufus cuando se volvió demasiado viejo para trabajar.

—¡No matarán a mi perro! —protestó Diona enfadada—. Es joven y no quiso ser torpe. De hecho, ¡esto es lo primero que ha roto en la casa!

—¡Querrás decir... lo primero que vemos! —replicó Simón. Diona miró a su tío.

—Por favor, tío Hereward, tú sabes lo mucho que quiero a Sirio y cuánto significa para mí. Es lo único que me ha dejado mi padre.

Al decir aquello, Diona comprendió que había cometido un error.

*Sir* Hereward Grantley siempre había odiado a su hermano menor, porque era mucho más popular que él en el condado, y también porque era mejor deportista, mejor tirador y mucho más apuesto que él.

Algunas veces Diona pensaba que su tío se había alegrado cuando su

padre se mató tratando de enseñarle a saltar a un caballo indómito.

Ese tipo de accidente sólo podía suceder una vez en cien saltos. Parecía imposible, tomando en cuenta la experiencia que como caballista tenía su padre, que le hubiera sucedido a él.

El condado entero había llorado la muerte de Harry Grantley y Diona pensó después que su madre había muerto en el mismo momento que él. En realidad, fue consumiéndose poco a poco y la sepultaron a su lado antes que él hubiera cumplido un año de muerto.

Por esa razón, dado que su tío se convirtió en su tutor, Diona se vio obligada a abandonar la casa donde ella y sus padres habían sido tan felices.

Su casa siempre le había parecido llena de sol, en tanto que la enorme y fría mansión ancestral, donde los Grantley habían vivido por trescientos años, era oscura y sombría.

No hacía mucho que vivía en ella cuando se dio cuenta de que su vida iba a ser miserable a causa de su primo Simón.

El único punto en el que *Sir* Hereward se consideraba superior a su hermano, residía en que mientras Harry había tenido una hija, él tenía un hijo varón.

Desafortunadamente para él, Simón no era el tipo de hijo del que un padre pudiera sentirse orgulloso. Aunque ya había cumplido veinticuatro años, tenía la mentalidad de un muchacho tonto de dieciséis.

No se destacaba en nada, excepto por su apetito insaciable y su capacidad para comer más de lo que comían tres hombres normales, pensaba Diona.

Cuando su padre muriera, Simón se convertiría en el sexto *baronet*, y como no había posibilidades de que su tía, que estaba semi inválida, tuviera más hijos, *Sir* Hereward hacía todo lo que estaba a su alcance para sacar el mejor partido posible a la situación.

Mimaba a Simón de todas las formas imaginables, con la esperanza de que alentándolo a ser más egoísta de lo que ya era, de alguna manera milagrosa se convertiría en un hombre.

Diona sólo había necesitado unos días para comprender los sentimientos de su tío. Entonces había experimentado piedad por él. Pero eso no significaba que las cosas fueran más fáciles para ella.

Como además de ser excepcionalmente bella, también era muy

inteligente, pronto advirtió que irritaba a su tío y que él no la quería, tal como no había querido a su hermano Harry.

Nada de lo que ella hacía lo complacía. Casi no pasaba un día sin que lanzara juramentos en su contra, por alguna falta imaginaria, o simplemente porque deseaba desquitar contra alguien su furia contenida.

Su esposa permanecía acostada arriba, entre llantos y gemidos, sin hacer nada por recuperarse de su mala salud.

Simón representaba una desilusión continua y como *Sir Hereward* bebía demasiado, sufría constantes dolores producidos por la gota. Esta enfermedad, que había provocado que su pierna se inflamara al doble de su tamaño normal, se estaba extendiendo ya hasta sus manos.

Ahora, como si su furia hubiera llegado al límite, le gruñó a su hijo:

—Tienes razón. Dile a Heywood que mate a ese perro esta misma noche. ¡No permitiré que arruine mi cacería este otoño! Diona se arrodilló junto a la silla de su tío.

—No puedes... hablar en serio, tío Hereward —dijo—. No puedes ser tan... cruel cuando sabes lo... mucho que Sirio significa para mí.

Como su voz era muy suave y estaba llena de angustia, por un momento pensó que *Sir Hereward* cedería.

Entonces intervino Simón:

—¡Ese perro va detrás de todo lo que se mueve! Ayer lo vi persiguiendo a las gallinas y si nos quedamos sin huevos para el desayuno, será culpa suya.

—¡Eso es mentira! ¡Es una mentira! —exclamó Diana.

Pero la intervención de Simón logró que *Sir Hereward* se decidiera.

—¡Dale la orden a Heywood! —le gritó a su hijo—. Y dile que se asegure de que los guardabosques maten a cualquier animal, gato o perro, que vean por los alrededores.

Por la forma en que habló, Diona comprendió que no valía la pena seguir suplicándole.

Hubiera querido gritar ante la injusticia y la crueldad de lo que su tío acababa de ordenar.

Advirtió la expresión de triunfo y de cruel satisfacción en los ojos de su primo Simón por lo que, cuando ella se puso de pie caminó con lo que esperaba pareciera un aire lleno de dignidad, para salir del desayunador.



Sólo cuando estuvo afuera, en el vestíbulo, y cerró la puerta, echó a correr con desesperación escalera arriba, con Sirio siguiéndola.

Poco antes de su muerte, su padre le había comprado a Sirio cuando era apenas un cachorrito. Como ya tenía más de dos semanas de vida, las manchas negras comenzaban a notarse en su piel blanca.

Al ver que sus ojos parecían suplicar que lo quisieran, Diona lo había oprimido entre sus brazos. Estaba segura de que eso era exactamente lo que ella siempre había deseado.

Al morir su padre, y después su madre, fue Sirio quien la consoló.

Lamiéndole la mejilla, se había acurrucado contra ella, que lloraba con desesperación porque sabía que estaba sola en el mundo, exceptuándolo a él.

Tenía otros familiares, pero la mayoría de ellos no vivía en el mismo condado y ninguno estaba dispuesto a ofrecerle un hogar, sobre todo porque no tenía dinero.

Su padre había gastado hasta el último penique de su pequeño capital en los caballos que había comprado con la intención de domarlos, educarlos y después venderlos a un buen precio.

Los primeros tres o cuatro caballos excedieron todas sus expectativas, así que compró más.

—Puede parecer extravagante —le dijo a su esposa—, pero tengo la oportunidad de comprarle unos animales magníficos a un viejo amigo mío, de Irlanda, que se ha declarado en quiebra. Sería un tonto si no la aprovechara.

—Por supuesto, querido —había dicho su esposa—. Nadie sabe tanto sobre caballos como tú. Estoy segura de que lograrás excelentes utilidades.

Al pensar en los que ya había vendido, Harry Grantley tuvo confianza en que así sería y cuando llegaron los caballos, le parecieron aún más prometedores de lo que esperaba.

Desde luego, se trataba de indómitos. Domarlos y educarlos exigiría paciencia y mucho trabajo.

Para Diona había sido muy divertido observarlo.

El nunca le permitía montar un caballo hasta que consideraba que ya no era peligroso. Sin embargo, Diona se consideraba una excelente caballista, por la simple razón de que había montado desde que comenzó a caminar.

Fue uno de esos caballos irlandeses el que mató a su padre. Y como los

demás aún no estaban domados, produjeron muy poco dinero cuando su madre los vendió.

No obstante, lograron vivir con bastante comodidad durante los meses que siguieron a la muerte de su padre.

Pero Diona advertía que su madre adelgazaba más cada día y que le resultaba muy difícil interesarse en algo, excepto en su hija. Se volvió un gran esfuerzo para ella sonreír, ya no digamos reír.

Aunque su comportamiento durante el día era heroico, Diona sospechaba que se pasaba las noches llorando por el esposo que había amado y perdido.

Después de su muerte, no pudo menos que preguntarse si no habría podido hacer algo para salvarla. Sin embargo, ella sabía que no estaba físicamente enferma.

El suyo era un colapso mental y espiritual que tomó imposible para ella vivir sin el hombre amado.

«¡Cuando menos fueron felices juntos!», pensó Diona en la triste y fría casa de su tío.

No se había dado cuenta hasta entonces de que no eran los ladrillos los que constituían un hogar, sino la gente que vivía en él.

Grantley Hall debería ser una casa muy hermosa por dentro, porque su tío era rico y tanto los muebles como los cuadros que había heredado eran magníficos ejemplos de los distintos períodos en que habían sido añadidos a la colección de la familia.

Pero como era un hombre problemático y desilusionado, en cuya vida no había lugar para la felicidad, a Diona la casa le parecía oscura, sombría y tan fría como los corazones de quienes vivían en ella.

Los sirvientes eran viejos y malhumorados. Les molestaba la forma en que se les hablaba y se les daban órdenes; pero tenían demasiado miedo de perder el trabajo para protestar.

En las caballerizas había algunos caballos excelentes y en las perreras, muchos perros.

Pero aun ellos, pensó Diona, debido a que no le importaban a nadie de forma individual, parecían diferentes de los caballos que había tenido su padre, y de los perros, que significaban tanto para ella.

Al principio, *Sir Hereward* había aceptado que Sirio estuviera siempre

con ella, que durmiera junto a su cama y la siguiera a todas partes.

Después se dio cuenta de que era Simón quien estaba provocando que su tío se volviera contra el perro, de modo que lo maldecía si se atravesaba en su camino y comentaba con frecuencia: «ese maldito animal nos va a dejar en la miseria con tanto que traga».

Ésta, desde luego, era una cruel referencia al hecho de que Diona no poseía dinero propio. De hecho, como su tío no cesaba de recordarle, él había tenido que pagar las deudas de su padre después de la muerte de su madre.

Antes de eso, la señora Grantley había luchado por pagar mes tras mes todo lo que su esposo debía, así que no se habían acumulado muchas cuentas. No obstante, eran suficientes para que *Sir Hereward* se mostrara muy desagradable al respecto.

También había sido muy cruel con los sirvientes que trabajaban para sus padres. Tres de ellos debieron acogerse a una pensión, en tanto que una pareja anciana se quedó a cuidar la casa.

—Pueden quedarse aquí —les había dicho *Sir Hereward*—, hasta que encuentre un comprador que me quite esta propiedad de las manos. Supongo que entonces trataré de encontrarles una casita. Si no puedo, tendré que mandarlos al asilo.

Su forma de hablar había hecho que Diona lanzara un grito de protesta, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Aunque era muy improbable que *Sir Hereward* cumpliera su amenaza de mandarlos al asilo, ella sabía lo mucho que esa posibilidad iba a preocuparlos. Por las noches no dormirían preguntándose qué iba a ser de ellos.

Antes de irse les había asegurado que haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudarlos si la casa llegaba a venderse.

—No me parece muy probable que se venda —les había dicho para tranquilizarlos. Pocas personas querrían vivir en un distrito tan aislado como éste. A papá le encantaba sólo porque era un lugar perfecto para montar.

Ella también sabía que su padre había pensado que resultaría agradable estar cerca de su hermano y de la casa familiar en la que había sido tan feliz de niño.

Le había contado con frecuencia que en la casa de su padre, cuando éste

vivía, él y sus amigos eran siempre bienvenidos, antes de que se diera de alta en el ejército.

Había luchado varios años por su patria, pero cuando se enamoró de la madre de Diona decidió casarse y establecer un hogar.

Fue entonces, en 1802, durante el año de paz entre Inglaterra y Francia, que su padre se instaló en la pequeña casa solariega y se dispuso, como había dicho con gran optimismo, «a iniciar una numerosa familia».

Aunque era muy probable que el hecho de tener un solo descendiente, y que fuera de sexo femenino, lo hubiera desilusionado, nunca se lo había hecho notar a Diona.

En realidad, sólo después de la muerte de su padre Diona pensó que tal vez él habría preferido que ella fuera un muchacho, con alguna probabilidad de heredar el título.

No existía razón, para que Simón no fuera el heredero de su padre, excepto que visiblemente no era un hombre normal, y su tío no tenía otros hijos.

No obstante, ella se decía con mucha frecuencia que no tenía sentido volver la vista atrás y pensar en lo que podía haber sido. De algún modo tendría que encarar la desdicha de vivir en Grantley Hall, aunque no dejaba de preguntarse con desesperación qué futuro le esperaba.

Cuando su tío era muy desagradable con ella, se quedaba acostada en su cama, pensando en si existirían forma de ganarse la vida.

En otras ocasiones se preguntaba si se atrevería a escribir a algunos de sus parientes para preguntarles si aceptarían que viviera con ellos.

Pero los primos de su padre también eran primos de su tío y ella tenía la impresión de que aunque él no la quería, le contrariaría el que quisiera abandonarlo y evitaría que lo hiciera.

—Ahora que soy tu tutor, tendrás que hacer lo que yo te diga —era una frase que escuchaba constantemente.

Le parecía que él quería dominarla e imponer su autoridad sobre ella sólo porque era la hija de su padre.

Como Diona era muy sensible y en extremo perceptiva respecto a otras personas, no siempre era lo que decían lo que la lastimaba tanto, sino lo que sabía que estaba más allá de las palabras.

Sus padres amaban el campo, y nunca lamentaban haber renunciado a las diversiones de Londres, aunque los dos habían pasado parte de sus vidas en el mundo de la alta sociedad. A través de ellos, Diona también había aprendido a amarlo

Su madre había hablado vagamente de presentarla a la corte y de llevarla a bailes y recepciones, una vez que hubiera terminado sus lecciones y se hubiera convertido en una debutante.

Pero su padre murió seis meses antes que cumpliera dieciocho años. Y ahora se acercaba a los diecinueve, sin haber ido nunca a un baile, ni visitado Londres.

Desde luego, cuando era niña, su madre la había llevado a las fiestas del condado.

Pero al crecer, su mayor goce era cazar durante el invierno y ser espectadora en las carreras de obstáculos y en las de punta a punta en que participaba su padre.

Sin embargo, el ambiente de campesinos y granjeros no era el que su madre deseaba para ella.

—Quiero que tengas el mismo éxito que yo tuve cuando fui una debutante —solía decir la señora Grantley—. No soy vanidosa, querida, cuando te aseguro que era muy admirada y un número considerable de jóvenes ricos y encantadores le pidieron permiso a mi padre para cortejarme.

—¿Quieres decir que deseaban casarse contigo, mamá?

—Sí, pero yo no quería casarme con ellos —contestó su madre—.

Yo estaba esperando, aunque no lo sabía, conocer a tu padre.

—Y cuando lo conociste, ¿qué pasó?

—¡Me enamoré de él! ¡Era el hombre más apuesto, audaz y emocionante que había visto en mi vida!

La señora Grantley suspiró y continuó diciendo:

—¡Quisiera que lo hubieras visto con su uniforme! ¡Bastaba mirarlo para que el corazón te palpitara con fuerza!

—¿Y él se enamoró de ti? —preguntó Diona.

—¡A primera vista! —contestó su madre—. Y no puedo imaginar que dos personas puedan ser más felices de lo que lo somos nosotros.

Era esa felicidad la que Diona echaba de menos, una felicidad que parecía

tan brillante como la luz del sol.

Ahora entró corriendo en su dormitorio, seguida por Sirio, y cerró la puerta. Sentía que se estaba abriendo paso entre una neblina espesa y negra que amenazaba con sofocarla.

Cayó de rodillas y rodeó a Sirio con sus brazos, sintiendo que las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

El perro percibió que algo andaba mal y lamió su mejilla. En ese momento Diona decidió que no podía perderlo. Si lo hacía, ella moriría también, porque ya no tendría nada por lo cual vivir.

Entonces, al sentir el tibio cuerpo de Sirio contra el suyo, sintió que una sensación de fuerza y resolución despertaba en ella, algo que nunca había experimentado antes.

Había sido tan infeliz al llegar a la casa de su tío, que había aceptado la miseria como una cruz que debía llevar porque no existía alternativa.

Cuando la reñían y maldecían por algo que no había hecho, se decía que no valía la pena discutir. Se limitaba a pedir disculpas con humildad y a prometer que trataría de hacerlo mejor en el futuro.

Ahora comprendía que debía rebelarse no sólo por su propio bien, sino también para salvar a Sirio.

Volvió a abrazarlo y como si él no comprendiera qué pasaba, pero estuviera haciendo lo posible por ayudar, volvió a lamerle la mejilla, moviendo la cola.

Después se sentó a mirarla con aire suplicante, como si le estuviera sugiriendo que fueran a dar un paseo, que salieran al aire libre.

—Eso es lo que haremos, Sirio —dijo Diona—. Iremos a caminar y no volveremos. ¿Por qué no lo pensé antes?

Se puso de pie y cerró con llave la puerta, aunque sin duda nadie se ocuparía de ella. Al mismo tiempo, decidió que debía actuar con mucha discreción.

Extendió sobre la cama un gran chal de seda que había pertenecido a su madre, y comenzó a poner en él todo lo que consideraba de absoluta necesidad.

No puso mucho, porque sabía que si debía caminar una gran distancia, no tendría sentido llevar algo que le resultara demasiado pesado.

Por lo tanto, con mucha sensatez puso en el chal sólo las cosas más ligeras que poseía y dos vestidos de muselina que pesaban mucho menos que cualquier otra prenda.

Sin embargo, cuando por fin lo anudó resultó un bulto bastante grande.

Titubeó un momento. Luego se cambió, poniéndose su mejor vestido; también se puso su par de zapatos más nuevos y un sombrero muy bonito, que había pertenecido a su madre.

Había descartado el luto un mes antes porque su tío había dicho durante uno de sus accesos de furia que le disgustaba ver «cuervos negros» lloriqueando por su casa.

Como aún le quedaba un poco del dinero que él le había dado al llegar a la casa para comprar la ropa de luto, se había comprado unos cuantos vestidos bonitos en el pueblo más cercano.

Cuando apareció vestida con ellos, había gruñido su aprobación hasta que, como era inevitable, comenzó a quejarse de cuánto dinero le estaba costando.

Ahora, sin embargo, Diona se alegró de ver que sus vestidos eran nuevos por la simple razón de que le durarían mucho tiempo. Lo que le preocupaba era que tenía muy poco dinero.

Conservaba algunas joyas que habían pertenecido a su madre, aunque pensaba que representaría una agonía tener que venderlas.

Eran su anillo de compromiso, un broche montado con brillantes que su padre le regalara cuando Diona nació, así como un brazalete, feo pero valioso, que su madre había heredado de su propia madre y que nunca vendió porque lo conservó como recuerdo sentimental.

«Si vendo estas cosas tendré dinero, para comprar comida para Sirio por mucho tiempo». Se dijo Diona.

Puso las joyas y el dinero en un bolso de mano que colgó de su muñeca. Tomó su bulto de ropa, le ordenó a Sirio con voz baja que la siguiera y abrió la puerta.

Sirio pensó que iban a dar un paseo y comenzó a saltar de alegría; pero Diona le dijo que se tranquilizara y él pareció comprender.

Como había estado con ella desde pequeño, sólo tenía que hablar para que obedeciera sus órdenes.

Nunca se apartaba de su lado y las mentiras que Simón había dicho sobre su conducta eran aún más irritantes porque no había el menor vestigio de verdad en ellas.

Ahora, sabiendo que eso era lo que ella quería, Sirio caminó a su lado. Se apresuraron a recorrer el pasillo hacia una escalera de servicio que los condujo a una puerta posterior.

Diona evitó acercarse a la cocina, porque sabía que a esa hora los sirvientes debían estar tomando el té y la cerveza de las once de la mañana y sólo en el vestíbulo habría alguien de guardia.

Una vez afuera, marchó a toda prisa por un sendero poco usado que no podía verse desde las habitaciones principales de la casa. No era tan impresionante ni tan ancho como la avenida del frente, bordeada de frondosos robles.

Caminó rápidamente por el césped, con Sirio explorando, en busca de conejos, aunque se adelantaba sólo un poco, para volver a su lado en cuanto ella lo llamaba.

Le tomó alrededor de diez minutos llegar a las puertas posteriores de la propiedad, que no eran tan grandes, ni habían sido tan bien construidas como las de la entrada principal.

Sabia que la anciana pareja que vivía en la casita que hacía las veces de portería trasera estaba delicada de salud y casi nunca cerraba las puertas a menos que se lo ordenaran de manera especial.

No había señal alguna de los ancianos. Como no deseaba ser vista, pasó frente a la casita a toda prisa y salió al polvoriento camino exterior.

Por un momento titubeó, preguntándose si debía dar vuelta a la derecha o a la izquierda. Pero enseguida comprendió que no había alternativa, porque si tomaba el de la derecha iría a dar al pueblo.

En el momento en que se disponía a comenzar a caminar hacia la izquierda, sabiendo que tendría que recorrer una gran distancia antes de ver siquiera una casa, advirtió que una carreta tirada por un caballo venía del pueblo.

Por un momento se preguntó si la conduciría alguien que no debía verla; pero su corazón dio un vuelco de gusto cuando vio que era el carretero del condado, un hombre que se dedicaba a llevar mercancías y pasajeros de un



lado a otro,

Avanzó un poco por el camino hasta que se alejó de las puertas de la propiedad de su tío. Entonces, cuando el carretero se puso a la altura de ella, le hizo señales con la mano.

En el pueblo todos conocían al viejo Ted, cuyos servicios eran utilizados por la gente de la región.

El detuvo su caballo al mismo tiempo que decía:

—¡Buenos días, señorita Diona! ¿Puedo servirle en algo?

—Por favor, ¿podría llevarme con usted? —preguntó Diona.

—¿A dónde va?

—Se lo diré en un momento.

Diona subió a la carreta y cuando se sentó junto a él vio que toda la parte de atrás iba llena de pollos en jaulas de madera.

Ted le tomó el bulto que llevaba en las manos y lo colocó a sus pies. Una vez que la carreta volvió a ponerse en marcha, el hombre dijo:

—Hacía tiempo que no la veía, señorita Diona. Y veo que su perro parece estar en muy buenas condiciones.

Sirio había saltado detrás de Diona. Como ella sabía que a él no le gustaba viajar sentado en el suelo, se movió en el duro banco, acercándose a Ted, para que Sirio pudiera instalarse junto a ella.

El perro siempre se interesaba en todo lo que sucedía a su alrededor y le encantaba viajar así, mirando de un lado a otro. Ella lo rodeó con su brazo, en un gesto protector, y entonces preguntó:

—¿Adónde va, Ted? Muy lejos de aquí, espero.

—Sí, muy lejos —contestó—. Debo llevar estos pollos a una de las granjas de la propiedad de su señoría. Me tomará todo el día llegar hasta allí.

—¿Quién es su señoría? —preguntó Diona.

—El Marqués de Irchester.

—¡El Marqués de Irchester! —repitió Diona.

Conocía el nombre, por supuesto; pero nunca había visto al marqués, aunque sabía que su propiedad se encontraba en el siguiente condado, después del suyo, y más cerca de Londres.

Recordaba haber oído a su padre hablar de los caballos de carrera del marqués y en fecha reciente había leído en el periódico que había ganado la

carrera celebrada en Newmarket.

Para ella el marqués era sólo un nombre y no recordó haber oído nada más acerca de él.

Avanzaron en silencio hasta que ella dijo:

—¿Cree usted qué exista alguna probabilidad de que me contraten en una de las granjas del marqués, Ted?

—¿Empleo, señorita Diona? ¿Y para qué quiere usted trabajar, digo yo? —preguntó Ted con sorpresa.

—¡Me he fugado de casa, Ted!

—¿Adónde va a ir y por qué ha hecho tal cosa? No es algo que el señor padre de usted le hubiera gustado... —Se detuvo antes de añadir—: muy buen caballista su padre. Lo vi muchas veces cuando iba de cacería o cuando se dirigía a visitar al tío de usted... y no había hombre que montara mejor que él.

—Es cierto —dijo Diona—, pero, Ted, debo irme lejos. ¡El tío Hereward ha ordenado que maten a Sirio!

El viejo Ted volvió el rostro para mirarla, como si no pudiera creer lo que había oído.

—¡Eso no está bien! —exclamó entonces—. ¡Su perro es joven! ¡No hay razón para matarlo!

—Papá me lo regaló poco antes de morir —le explicó Diana—, y yo... no puedo... dejar que lo maten... ¡no puedo!

—¡Por supuesto que no! —reconoció Ted—. Tal vez alguien se lo podría cuidar, ¿no?

—Eso sería peor —repuso Diana—. Siempre ha estado conmigo. Yo me preocuparía mucho pensando que alguien podría ser cruel con él o que no le dieran bien de comer, lo cual sería... ¡insoportable!

El tono de su voz le reveló a Ted, con más claridad que sus palabras, lo que estaba sintiendo. Entonces le dijo:

—Usted no puede andar sola por allí, señorita Diona. ¿No hay alguien a quien pueda recurrir, alguien de su familia que la acepte con su perro?

Se produjo un breve silencio que Ted rompió al preguntar:

—¿Adónde planea ir, qué hará, señorita Diona?

—Puedo trabajar en una granja.

—¡Pero usted no sabe nada de vacas! —comentó Ted.

—Puedo aprender.

Volvió a hacerse un largo silencio, en tanto el gordo caballo de Ted trotaba al paso regular al que avanzaba siempre y que, sin importar cuál fuera el clima, siempre daba por resultado que llegara a su destino y entregara lo que llevaba.

Diona expresó con voz alta sus pensamientos:

—Yo sé de caballos y, por supuesto, de perros.

—¡Su señoría posee perros magníficos! —comentó Ted. Diona se volvió para mirarlo con expresión animada.

—Tal vez necesite a alguien que cuide de sus perros.

—El ya tiene varios hombres trabajando en las perreras.

—Pero también podría contratar a una mujer, ¿no?

—¡Yo nunca he sabido de una cosa así!

—Debe haber muchos trabajos que una mujer puede desempeñar tan bien como un hombre —insistió Diona—. Podría cuidar de los cachorritos y encargarme de los perros cuando enfermen. Puedo llevarlos a hacer ejercicio y enseñarles a obedecer, como lo haría cualquier hombre.

Después de una larga pausa, Ted dijo con lentitud;

—He estado pensando en todas las casas donde hay perros y caballos, y nunca he visto a una mujer trabajando allí.

—Ésa no es razón para pensar que no contratarían a una mujer si tuvieran oportunidad de hacerlo —respondió Diona—. Los granjeros contratan lecheras. ¿Por qué no van a contratar mujeres para que cuiden a sus perros o a sus caballos?

Ted se pasó las riendas a una mano y se rascó la cabeza con la otra.

—Ya que me lo pregunta, no veo razón para que no lo hagan —observó con lentitud— pero no he visto tal cosa hasta el momento.

—Intentaré que alguien me contrate —dijo Diona con una vocecita llena de timidez—. Si dicen... «no», entonces, tal vez, Ted... se le ocurra a usted... algo más que yo pudiera... hacer.

Habló un poco titubeante, porque comprendió que había sido un golpe de suerte que Ted fuera, precisamente hoy, tan lejos de la casa de su tío.

Pero una vez que llegara con él hasta el fin de su recorrido, no debía

volver.

Casi como si estuviera siguiendo el curso de los pensamientos de ella, Ted dijo:

—Ahora, si quiere mi consejo, señorita Diona, creo que debe volver a la casa de su tío y hablar con él. Es demasiado joven para andar sola por el mundo. Se meterá en dificultades... eso es lo que va a pasar.

—Si está pensando en ladrones o asaltantes de algún tipo —contestó Diona—, Sirio me protegerá.

—Puede haber cosas peores que ésas.

—¿Qué podría ser peor?

Ted no encontró respuesta y continuaron avanzando hasta que él dijo:

—Me da mucho gusto que venga conmigo, señorita Diona, pero creo que estoy haciendo mal en llevarla tan lejos de su casa.

—Me está evitando esta larga caminata, Ted. ¡He escapado y no pienso volver!

Ted guardó silencio y continuaron avanzando hasta que Diona comenzó a sentir hambre, a pesar de los huevos que había comido en el desayuno.

—Vamos a detenernos en El Hombre Verde, en Little Ponders End, para comer algo; pero si no quiere que la vean tal vez sea mejor que sigamos adelante.

—Tengo mucha hambre, Ted —contestó Diona—. Como he estado en Little Ponders End sólo una vez antes, cuando salí de cacería en una ocasión, no creo que me reconozcan —se detuvo y añadió a toda prisa—: si me quito el sombrero y me pongo un pañuelo sobre la cabeza, usted podría decir que soy alguien del pueblo que lleva a otra aldea.

—Es una buena idea, señorita Diona —reconoció Ted—. Si usted se sienta afuera, le traeré pan y queso. El mesonero no es un hombre curioso. Ya está viejo y medio ciego.

Las primeras casitas de Little Ponders End aparecieron a la vista. Diona, desató las cintas de su sombrero y lo colocó bajo el asiento. Buscó en su paquete y encontró una pañoleta que había traído con ella por si sentía frío en algún momento.

Había comprendido que le habría sido imposible llevar una capa pesada o algún tipo de abrigo y la única protección que tendría cuando llegara el

invierno, si no podía comprarse nada nuevo, sería el chal en el que iban envueltas sus cosas.

La pañoleta era de seda azul pálido, pero de lejos no debía parecer muy fina. Se la ató a la cabeza con la esperanza de parecer una simple aldeana.

El jardín del pueblo estaba vacío. Sólo había dos burros viejos y varios patos en el estanque. No hubo necesidad de que Ted atara su caballo, porque éste comenzó a mordisquear la hierba y caminaron hacia El Hombre Verde.

Afuera se encontraba el acostumbrado banco de madera que por la tarde sería ocupado por los ancianos del pueblo. Ahora, sin embargo, no había nadie y cuando Diona se sentó, Ted entró en la posada.

Poco después volvió con dos platos en los que había varias rebanadas de queso y pan.

No había mantequilla, pero Diona tomó una rebanada del pan, que parecía recién salido del horno, y cuando empezó a mordisquearla, con un pedazo de queso, le pareció deliciosa.

Ted volvió a entrar en la posada y regresó con dos tarros de peltre. Colocó uno lleno de sidra junto a Diona y se quedó con el otro, que contenía cerveza, para él.

Debido a que ambos sabían que sería un error atraer la atención, comieron a toda prisa. Después Ted se dirigió por última vez al interior de la posada, para pagar la cuenta de lo que habían consumido, mientras Diona volvía a la carretera y subía a ella.

Sirio saltó a su lado, de modo que estaban listos para continuar el viaje cuando Ted llegó.

Ya una vez en camino, Diona dijo:

—Me gustaría saber cuánto le debo.

—Permítame invitarla, señorita Diona —contestó Ted—, y si va a fugarse, necesitará hasta el último penique para usted y para su perro.

—¡No puedo permitir que usted pague por mí! —exclamó Diona.

—Podrá devolverme ese dinero cuando le vaya muy bien —sonrió Ted—, y espero que eso sea muy pronto.

—¡Yo también lo espero! —contestó Diona.

Comenzó a pensar en lo terrible que resultaba lanzarse al mundo a ciegas, sin tener idea de dónde terminarían Sirio y ella.

Pero luego se dijo que nada podía ser más horrible que saber que Heywood, el administrador de la granja de su tío y un hombre con el que ella nunca había simpatizado, iba a matar a Sirio.

Sabía que sin Sirio se sentiría aún más sola de lo que ya estaba. «Sin importar cuáles sean las dificultades», se dijo, «no sólo estaremos juntos Sirio y yo, sino que papá cuidará de nosotros».

Su padre odiaba la crueldad, de cualquier tipo, y había representado una agonía para él verse obligado a matar un caballo por vejez o enfermedad.

Por lo tanto, sabía, que lo habría enfurecido la crueldad de su hermano al pensar en destruir a Sirio.

«Papá me ayudará y cuidará de mí», se aseguró. Diona.

Al mismo tiempo, sabía que cuanto más se alejaba de la casa de su tío, más miedo sentía.

Por primera vez desde que decidiera fugarse pensó en lo inexperta que era.

Gracias a la insistencia de su madre, poseía una excelente educación. No sólo había recibido clases de una institutriz retirada que vivía en el pueblo cercano a su hogar, sino también del vicario, que era un erudito y un experto en cuestiones clásicas.

Le había dado clases sobre diversas materias y como era un anciano sin familia, se mostró encantado de enseñarle.

Diona le había tomado tanto afecto que con frecuencia sentía que era el abuelo que nunca había conocido. Pensó ahora que si el vicario viviera habría recurrido a él en busca de ayuda.

Entonces recordó que aunque él hubiera estado dispuesto a que viviera en la vicaría, *Sir Hereward*, como su tutor, se lo habría prohibido.

«Sólo le crearía problemas a personas como él», pensó.

Sabía que eso incluía a su institutriz, que ya era muy anciana y a otro maestro, ya retirado, que vivía en el pueblo. Se trataba de un hombre casado, con varios niños, que le había dado clases de aritmética, álgebra y geometría.

—No sé por qué debo aprender estas cosas tan aburridas, mamá —había protestado en una ocasión.

—Harán que tu cerebro sea ágil, pequeña —había sido la respuesta—; yo quiero que tengas una buena educación. Así, sin importar lo que te suceda en

la vida, siempre te bastarás a ti misma.

Diona no había entendido entonces lo que había querido decir. Como el padre de su madre había sido un hombre en extremo inteligente, y tenía un importante puesto en la Secretaría de Asuntos Extranjeros, su madre —la abuela de Diona—, había hecho que fuera educada como si hubiera sido un muchacho.

Sólo poco antes que muriera, Diona había comprendido la razón de que tanto su abuela como su madre hubieran insistido en que recibiera una buena educación, cuando su madre le había dicho:

—Yo deseaba darle un hijo varón a tu padre, querida, pero tú significas mucho para él, porque aunque eres mujer puedes hablar con él sobre gran variedad de temas. Ustedes dos se entienden de la misma forma en que lo habrían hecho si hubieras sido hombre.

En el rostro de Diona apareció una expresión cercana al desencanto y al mirarla, su madre se apresuró a añadir:

—Tu padre está orgulloso de ti porque eres muy hermosa; pero la belleza no basta para un hombre inteligente. Quiere hablar con alguien que pueda estimularlo con nuevas ideas y divertirlo. La mayoría de las mujeres son aburridas por simple ignorancia.

La señora Grantley parecía hablar consigo misma, pero Diona la había besado y había dicho:

—Yo siempre quise que papá se sintiera orgulloso de mí. Y tú sabes, mamá, cuánto me encanta hablar con él. Pero comprendo que esto se debe a que fuiste muy inteligente al preocuparte de que yo estudiara.

—Un día va a servirte todo lo que aprendiste. Eso era lo que mi padre solía decir: «todo resulta útil cuando uno menos lo espera y nada que tenga un poco de valor se pierde jamás».

Diona intuía que no se refería a cosas materiales y había respondido:

—Es una idea preciosa, como tener un cofre de tesoros dentro de la cabeza que, al menos, nadie puede robarle a uno.

Su madre había reído.

—Eso es exactamente lo que quiero decir y tú tienes muchos tesoros, amorcito, que un día vas a encontrar de inestimable valor, cuando menos, eso espero.

Al recordar ahora esa charla, Diona se dijo que si iba a convertirse en lechera o, como esperaba, en encargada de perros o de caballos, no necesitaría usar mucho su inteligencia.

«Si fuera mayor», razonó, tal vez podría ser la bibliotecaria de alguna de esas grandes casas que tienen bibliotecas magníficas, pero, ¿quién ha oído hablar de una bibliotecaria con un perro?

Como la idea le pareció graciosa, se echó a reír y Ted dijo:

—Me gusta oírle reír, señorita Diona. Se parece a su padre. Nunca había nada lo bastante malo como para que él no pudiera reírse de ello.

—Es cierto —convino Diona—, y como las cosas andan bastante mal para mí, Ted, tendré que reírme y esperar que mejoren.

—Yo también lo espero —contestó Ted.

A ella le pareció que no demostraba mucho optimismo y eso la deprimió. En ese momento el caballo comenzó a subir por una empinada cuesta del camino y al llegar a lo alto, Diona miró hacia la izquierda y vio, recortado contra el cielo, un enorme e impresionante edificio.

Parecía tan hermoso bajo el sol de la tarde, con un estandarte ondeando al viento en lo alto del techo, que exclamó:

—¡Qué preciosa! ¿De quién es esa casa?

—Es la casa de su señoría el marqués —contestó Ted—. La granja de su propiedad a la que voy está del otro lado del valle.

Por un momento, Diona se quedó callada. En seguida, casi como si alguien hablara por ella, dijo:

—Iré a la casa grande. ¡Allí es donde encontraré ayuda!



## Capítulo 2

**E**l Marqués de Irchester llegó a su casa de forma imprevista. Debido a que su habilidad como organizador se extendía a todo lo que poseía, los sirvientes, aunque no habían sido advertidos de su regreso, estaban de servicio en el Parque Irchester. El cocinero, con su habitual eficiencia, le tuvo lista una excelente cena apenas una hora después de su llegada.

En realidad no había sido su intención irse al campo cuando la temporada social en Londres apenas comenzaba a agonizar; pero la noche anterior había oído que el Príncipe Regente pensaba irse con su grupo a Brighton y sospechó que sería incluido en él.

Desde el año anterior había decidido que Brighton le aburría.

Aun cuando tomara una casa por su cuenta y no se hospedara en el llamado Pabellón Real, de todos modos debería pasar buena parte del tiempo allí, escuchando lo que él consideraba música de mala calidad y hablando con la misma gente con la que ya había pasado la mayor parte del tiempo durante los últimos dos meses.

Aunque sentía sincero afecto por el Príncipe Regente a quien además, lo unía la pasión que los dos sentían por pinturas y antigüedades, cosa que la mayoría de los amigos de Su Alteza Real no apreciaba, el marqués consideró que ya había tenido más que suficiente del ambiente real.

Las prolongadas cenas en la Casa Carlton se repetirían en Brighton, donde el cocinero del príncipe trataba de superar a todos los otros cocineros

de los alrededores con la suculencia y el número de sus platillos.

De manera repentina, el marqués se había sentido harto de todo ello. Además, existía otra razón para su precipitada partida: sus idilios que desde el final de la guerra habían dado lugar a numerosas murmuraciones; pero como era un hombre cuidadoso y discreto, nunca se convertían en escándalos.

Era tan puntilloso en el manejo de sus relaciones amorosas, como lo era en el de sus casas y en la perfección de sus caballos.

Sin embargo, como era muy distinguido, rico y apuesto resultaba siempre inevitable que se relacionara con mujeres hermosas, hasta el punto en que sabía que un paso más y se encontraría en el tipo de situación que estaba decidido a evitar.

Después de servir con gran distinción en el ejército de Wellington, había participado en la reorganización de los territorios ocupados, que culminó con su nombramiento como comandante del ejército de ocupación.

Cuando por fin regresó a casa, igual que tantos otros soldados, consideró que debía compensar los años que había desperdiciado. Cuando su principal ocupación había consistido en mantenerse vivo.

Londres le esperaba para ofrecerle cuanta diversión y placer era posible imaginar. Después de las privaciones de la guerra, la comida, la bebida y, por supuesto, las mujeres, resultaban muy atractivas.

El marqués abrió la Casa Irchester, de la avenida del Parque, y comenzó a ofrecer fiestas muy grandes, que sólo rivalizaban con las que el Príncipe Regente daba en la Casa Carlton.

Pero era aún más puntilloso que el mismo príncipe en la selección de sus invitados y se convirtió en un honor recibir una de sus invitaciones grabadas.

De hecho, éstas eran codiciadas por las más espectaculares bellezas del Beau Monde.

Sin embargo, las madres ambiciosas, con hijas jóvenes, no tardaron en convencerse de que el marqués estaba fuera de su alcance y que si se dedicaban a perseguirlo solo perderían el tiempo.

Sus predilectas, tal vez por su edad, eran las mujeres casadas, elegantes y sofisticadas, o las viudas muy alegres, que habían perdido a sus maridos en la guerra.

Una de ellas, y quizá la más distinguida, era Lady Sybille Malden.

Hija de un duque, había realizado un mal matrimonio cuando sólo tenía dieciocho años, época en que se había enamorado de Christopher Malden, porque parecía muy atractivo con el uniforme.

Sin embargo, sin él resultaba un hombre aburrido y aun antes que fuera muerto en la Batalla de Waterloo, su matrimonio ya había fracasado.

En aquel entonces Lady Sybille tenía veintitrés años y era muy consciente de sus atractivos. Llegó a Londres en cuanto se cumplió el año de luto por su marido, y allí comenzó a brillar como una gran estrella. Su éxito fue inmediato y ella le sacó todo el partido posible.

Todos sus amantes eran hombres importantes y muy ricos.

Pero todos eran casados y no fue sino hasta seis meses antes, cuando conoció al Marqués de Irchester, que comenzó a concebir otras ideas.

Como su primer matrimonio había resultado no sólo desdichado, sino también muy aburrido, decidió no casarse hasta que hubiera extraído hasta la última gota de placer de su actual posición.

Como hija de un duque, por muy atrevida que fuera su conducta, ninguna de las anfitrionas importantes de la ciudad le cerraba las puertas y, como también poseía una belleza notable, no había hombre que no estuviera dispuesto a poner su corazón y la mayor parte de sus posesiones a sus pies.

El hecho de que ella necesitaba sus riquezas resultaba evidente, pues su padre no era un hombre rico y tenía varios hijos que dependían de él. Malden, por su parte, había dejado muy poco para la clase de ambiciones de Sybille.

Ello no le impidió instalarse en una elegante casa cercana a la plaza Berkeley y convertirse en buena clienta de las costureras más caras de la calle Bond.

Cuando paseaba en su carruaje tirado por caballos de pura sangre atraía todas las miradas, y ella sabía que, a los veintiocho años, estaba en la cumbre de su belleza.

Todos los pintores importantes de la época la asediaban, suplicándole casi de rodillas que les permitiera plasmar su retrato en el lienzo. La comparaban con Afrodita, la Simonetta de Botticelli, o las exquisitas mujeres de Fragonard.

Sin embargo, Lady Sybille estaba muy consciente de que en unos años más las primeras arrugas aparecerían a los lados de sus ojos y de que los

primeros cabellos grises aparecerían en su rubia cabellera.

Fue cuando vio al Marqués de Irchester, que supo lo que deseaba.

Lady Sybille había vivido dos años en el extranjero, y ésa era la razón de que no se hubieran conocido antes. El príncipe de un pequeño país de los Balcanes había aparecido en Londres, donde se enamoraron de forma apasionada.

Sin embargo, ella comprendió que sería un error exhibir su relación con el príncipe ante sus admiradores ingleses, que siempre menospreciaban a los extranjeros.

Por ese motivo se fue con él a París, que se estaba recuperando de la guerra y se había convertido en una de las capitales más alegres de Europa.

El éxito que Lady Sybille había tenido en la «Ciudad Luz» se le subió como vino a la cabeza.

Pero con el transcurso del tiempo, cuando su apasionado enamoramiento por el príncipe comenzó a enfriarse, consideró que era tiempo de volver a casa.

Su retorno fue celebrado de manera muy satisfactoria en su primera noche en Londres, cuando asistió a un baile en la Casa Devonshire y conoció al marqués.

Desde luego, había oído hablar de él; pero nunca se habían conocido porque ella había estado ocupada con otros hombres y él con otras mujeres.

Entonces, después de haberlo observado un poco a través del salón en el que los invitados se habían congregado antes de pasar al salón de baile, le pidió al duque que se lo presentara.

En los dos meses siguientes el marqués percibió a través de una sensación que le era familiar, que lo estaban persiguiendo, aunque un hombre menos astuto no lo hubiera advertido.

No se dejó engañar por la notable coincidencia de que en todas las fiestas lo sentaran junto a Lady Sybille. Además cuando salía a montar por el parque, o acudía a una llamada urgente del Príncipe Regente, allí la encontraba también.

Al principio se dijo que la mujer no le interesaba de forma particular. Sin duda era hermosa, pero él era muy exigente como para otorgar sus favores y por el momento estaba ocupado persiguiendo a la atractiva esposa de un

diplomático húngaro.

Al marqués le gustaba considerarse como el cazador y no el cazado. Por desgracia, las cosas pocas veces resultaban así porque la mayoría de las mujeres con las que tenía algún tipo de contacto se dedicaban a perseguirlo sin descanso.

Sus intenciones eran tan visibles que con frecuencia se preguntaba si no habría un solo pensamiento original detrás de esas hermosas y suaves frentes.

Finalmente, y tal vez fue la franca envidia de sus amigos lo que lo decidió, sucumbió a los encantos de Lady Sybille.

Al principio no se sintió desilusionado.

Aunque ella parecía una diosa que acabara de bajar del Olimpo, había un fuego muy humano en sus labios y una pasión de tigresa que podía excitar el deseo de un hombre de forma enloquecedora.

De manera lenta e insidiosa, se le ocurrió la idea de que Lady Sybille quería de él algo más que un idilio transitorio.

Haciendo gala de un gran cinismo, él sabía que su relación con ella, aunque deliciosa, no duraría más tiempo que con las otras mujeres con las que se había divertido desde que terminara la guerra.

Sybille no decía nada que traicionara sus intenciones; era demasiado astuta para hacer algo así. Pero el marqués poseía una aguda intuición que le había servido mucho cuando estaba al mando de sus tropas y que ahora le brindaba una gran habilidad para adivinar lo que una mujer pensaba.

De manera increíble, porque la idea jamás había cruzado por su mente, un día se dio cuenta de que Lady Sybille se proponía casarse con él.

Sabía muy bien que alguna vez tendría que casarse y sus parientes, cuando se sentían lo bastante valerosos como para abordar el asunto, le habían recordado que era su deber tener un heredero. De hecho, se necesitaban varios hijos para asegurar tanto la continuidad del título, que era muy antiguo, como la preservación de la propiedad.

Pero él se había dicho, al volver de la guerra, que no sentía el menor deseo de hacer lo que vulgarmente se conocía como «sentar cabeza».

Sus largos años de soldado lo habían hecho sentir más viejo de lo que en realidad era y quería recuperar su juventud perdida y la sensación de ser su propio amo, lo cual resultaba imposible para un oficial que sirviera bajo las

órdenes de Wellington.

«¡Me casaré más adelante!», se había dicho, «¡y no permitiré que nadie me empuje al matrimonio!».

A su regreso, descubrió que había mucho por hacer en sus propiedades, ya que su padre había muerto tres años antes que él saliera del ejército.

Como ya estaba viejo, había descuidado muchas cosas y, lo que era más importante, había seleccionado gente equivocada para controlar sus posesiones.

El marqués disfrutó de cada momento que le llevó poner todas las cosas en orden y alcanzar la perfección que deseaba. Sólo cuando todo estuvo a su entera satisfacción, encontró que la diversión podía convertirse en ocupación de tiempo completo.

Diversión era lo que él buscaba, no los grilletes del matrimonio ni aquello que, estaba seguro, resultaría en el inevitable fastidio de estar atado a una sola mujer que, sin importar lo hermosa que pareciera sentada en el extremo opuesto de su mesa, probablemente tendría muy poco cerebro.

Le había comentado a uno de sus amigos, cuando se encontraban bebiendo en el Club Wkite:

—¿Por qué será que la mayoría de las mujeres con las que pasamos buena parte de nuestro tiempo tienen tan poca cultura, y que únicamente se puede hablar de un solo tema con ellas?

Su amigo, que había estado con él en el mismo regimiento, se echó a reír.

—Tú sabes tan bien como yo, Lenox, que un inglés gasta todo el dinero que puede en la educación de sus hijos varones, en tanto que sus hijas quedan limitadas a lo que les enseñan en el salón de clases de su propia casa institutrices medio tontas, que no saben nada de lo que las pobres niñas necesitarían aprender.

—Supongo que eso es cierto —contestó el marqués con aire reflexivo.

Recordó que, mientras él había sido enviado a Eton y a Oxford, sus hermanas se habían quedado en casa, para ser educadas por mujercitas de tímido carácter cuyo rostro ya no recordaba.

—Supongo que ésa es la razón de que las mujeres extranjeras, en general, nos parezcan más inteligentes —comentó por fin.

—La verdad es que a mí el cerebro de una mujer no me preocupa

demasiado —contestó su amigo—. Si es lo bastante bonita, lo único que deseo es hacerle el amor; si no lo es, ¡la paso por alto y punto!

El marqués se había echado a reír, pero no podía menos que recordar lo banales que habían sido las charlas que había sostenido con Lady Sybille en las pocas ocasiones en que no estaban compartiendo el lecho.

La última noche que había cenado en la Casa Carlton, advirtió que ella hablaba con el Príncipe Regente de forma tan íntima que, por alguna razón, lo hizo sentirse inquieto.

No podía oír lo que decían, pero era indiscutible que tenía relación con él.

Los ojos del Príncipe Regente y de Lady Sybille se dirigían hacia él y aunque el marqués fingió que no se daba cuenta, en realidad estaba muy consciente de ello.

Entonces, cuando el príncipe se levantó para saludar a unos recién llegados, que se reunieron con ellos después de cenar, vio que Sybille tenía el aspecto de un gato que acaba de comerse un plato de crema.

En ese momento su instinto le hizo comprender que la mujer traía un plan entre manos para atraparlo, lo que lo hizo moverse con rapidez, para hablar con un embajador que había sido uno de los invitados a la cena.

Estaba decidido a averiguar qué tramaba ella, antes que lo mezclara en algo que a él le disgustaría en extremo.

Y fue el embajador quien, sin advertirlo le proporcionó la clave del asunto.

—Supongo *milord* —dijo—, que ésta es la última fiesta de la que disfrutaremos en esta deliciosa casa llena de tesoros, antes que su Alteza Real parta hacia Brighton.

—Sí, así lo creo —reconoció el marqués.

—Mi esposa y yo hemos sido invitados al Pabellón Real —continuó con visible satisfacción—, y estamos encantados de saber que usted y Lady Sybille también estarán presentes. Su Alteza Real insinuó que serían invitados suyos.

El marqués miró al embajador con fijeza, preguntándose qué querría decir con eso. Entonces, moviendo el dedo índice en un gesto juguetón, el diplomático agregó:

—Mi esposa me ha contado ya su pequeño secreto, pero le aseguro que

soy muy discreto y, desde luego, un ferviente admirador de Lady Sybille.

Si la tierra se hubiera abierto para mostrar un profundo abismo a sus pies, el marqués no se habría sentido más sorprendido y más turbado.

Comprendió ahora lo que Lady Sybille había estado tramando y pensó que había sido muy tonto.

Utilizaba un arma que numerosas mujeres habían usado antes que ella, llamada «la opinión pública». En su caso, había comenzado entre la gente más importante del ambiente aristocrático, incluyendo al mismo Príncipe Regente.

El marqués conocía un caso similar. Un amigo suyo había estado al borde de proponerle matrimonio a una mujer que lo deseaba, pero sin decidirse a hacerlo. Sin embargo, cuando por fin decidió que no lo haría, ya era demasiado tarde y fue presionado a casarse, no por la mujer misma, sino por sus amigos y simpatizantes.

Escogiendo un momento en que su anfitrión estaba ocupado charlando con un grupo de amigos, el marqués se apresuró a despedirse y salió apresuradamente de la Casa Carlton sin hablar con Lady Sybille.

Había vuelto a su casa de la avenida del Parque, planeando lo que debía hacer con la misma deliberada firmeza con que había preparado los ataques contra los franceses.

Sabía que el primer paso era salir de Londres y marcharse al campo.

Al llegar a la Casa Irchester envió a buscar a su secretario, que ya se había acostado, para darle instrucciones. Después se sentó ante su escritorio para escribir una carta dirigida al Príncipe Regente en la que le daba las gracias por su hospitalidad y le informaba que había sido llamado al campo de forma imprevista, para atender urgentes asuntos de familia.

No le escribió a Lady Sybille. Con cierta crueldad, deseaba que se sintiera preocupada por lo que había sucedido y, esperara, indecisa, respecto a lo que podía hacer.

Inmediatamente después del desayuno partió hacia el Parque Irchester, conduciendo a gran velocidad, porque se sentía como una zorra perseguida por una jauría de perros.

Al llegar al campo, la belleza de su casa y su tranquila dignidad le hicieron sentir tal calma, tal sensación de paz, que fue como si una mano



tranquilizadora lo hubiera acariciado.

—¿Va usted a tener invitados aquí? —preguntó su mayordomo con aire respetuoso poco después de su llegada.

—No por el momento, Dawson —contestó el marqués—. Tengo muchas cosas que revisar en la finca y necesito un descanso.

—Su señoría lo encontrará aquí. Es un gran placer tenerlo de regreso, *milord*.

La sinceridad de la voz del hombre satisfizo al marqués; pero una vez que se quedó solo, comenzó a pensar en su situación y lo hizo con gran cinismo.

Reconoció con franqueza que durante el último año se había ido sintiendo cada vez más aburrido de la similitud entre todas las reuniones del Beau Monde, que jamás cambiaban. Eran los mismos bailes, las mismas recepciones, las mismas veladas en Carlton House, en Vauxhall, en Ranelagh y, de manera inevitable, las mismas mujeres.

Bellas, sofisticadas, atractivas y deseables como eran, no tardaban en revelar que eran vanidosas, egoístas, codiciosas y excesivamente tontas, excepto en lo que a su propia conveniencia se refería.

«¿Qué es lo que quiero? ¿Qué estoy buscando?», se preguntó el marqués y descubrió, deprimido, que no había respuesta para ello. Se dijo que echaba de menos la guerra, la excitación, el peligro, las interminables exigencias que significaba comandar sus tropas.

Pero cuando menos entonces tenía una meta, que brillaba en el cielo como una estrella conductora, y ésa era la victoria.

La guerra había sido ganada; pero la paz, si quería ser franco, lo había desilusionado.

«¿Qué es lo que quiero?», volvió a preguntarse.

La pregunta parecía repetirse en su mente una y otra vez, cuando cenaba solo y después, cuando salió a la terraza para contemplar los últimos rayos del sol, que agonizaba más allá de los viejos robles del parque.

Las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo y la luna creciente era apenas visible en la transparencia de los últimos rayos de luz.

Detrás de él se erguía la enorme casa de su familia, que se encontraba en el mismo lugar hacía más de quinientos años, pero que su bisabuelo había reconstruido totalmente a principios del siglo anterior.

Como consecuencia, constituía uno de los ejemplos más bellos y notables de la arquitectura georgiana que había en el país.

Los enormes salones de recepción eran perfectos, cada uno en su propio estilo. Además, el marqués poseía una colección de cuadros que representaban la envidia del Príncipe Regente y de cuanto conocedor de arte existía en Inglaterra.

Más allá de los jardines, que él había restaurado para devolverles su diseño original, se encontraban los bosques que le proporcionaban excelente caza durante el otoño.

En el valle había un río que descendía serpenteante hacia las llanuras más bajas, creando estanques y pantanos donde abundaban los patos, que más tarde serían un paraíso para el deportista.

También poseía centenares de acres de llanuras donde podía correr con los soberbios caballos que había adquirido desde su regreso de Francia.

«Lo tengo todo», se dijo el marqués con firmeza, «¿Por qué debo desear más?».

Pero comprendió que le faltaba algo; algo a lo cual no podía ponerle un nombre, Pero otra vez su instinto, del que no podía separarse, le dijo que era esencial.

Como se sentía molesto por su propia inquietud, se retiró temprano para acostarse en la magnífica cama de cuatro postes de la enorme alcoba principal, en la cual muchos de sus ancestros habían nacido y también muerto. Quería pensar en sí mismo.

Siempre se había considerado autosuficiente y su rápido ascenso en el ejército le había demostrado que poseía el don de mando.

Una mujer, que por supuesto no había sido inglesa, lo había comparado con Alejandro el Grande y él se preguntó si en realidad tendría puntos de comparación con uno de los hombres más notables que el mundo hubiera conocido.

Alejandro no sólo había sido un gran soldado, sino también un intelectual, un visionario, un hombre que nunca había estado satisfecho, que siempre trataba de alcanzar lo que estaba más allá.

«Eso es lo mismo que yo estoy haciendo», se dijo el marqués, pero esa conclusión no le produjo contento alguno, ni mucho menos felicidad.

La felicidad, consideraba él, entrañaba la necesidad de luchar, el deseo de ganar y la alegría de alcanzar la victoria.

Eso era lo que él necesitaba. La única dificultad residía en que en tanto que en la guerra sabía con exactitud, lo que la victoria entrañaba, en la paz era una cosa esquivada y él no habría podido expresarla con palabras.

\* \* \*

La mañana siguiente el marqués bajó sintiéndose un poco más cínico que de costumbre, aunque siempre dispuesto a burlarse de sí mismo.

Sólo cuando salió a cabalgar en un potro brioso y obstinado se olvidó de todo, excepto de la secular lucha entre el hombre y la bestia.

Allí sí encontró una clara emoción de victoria que dejó satisfechos tanto a él como a su montura.

Almorzó solo y pasó un buen rato tratando de decidir a quién debía invitar a hospedarse con él.

Contaba con dos o tres amigos cuya compañía sabía que disfrutaría, y que siempre se mostraban satisfechos cuando los invitaba al Parque Irchester.

Pero como consideró que encontraría un poco aburrida la compañía estrictamente masculina, trató de pensar en qué mujeres añadir a la lista.

De manera inevitable, cuando vivía un apasionado idilio con una mujer, las otras se esfumaban de su vida.

Resultaría muy violento, pensó, invitar de improviso a su casa de campo a las mujeres con las que había coqueteado antes que apareciera Sybille.

Además sospechaba, con base en experiencias previas, que aún debían estar enfadadas con él por haberlas descuidado y que debería aplacarlas con numerosos cumplidos, antes de ser perdonado por ellas.

«¡Maldita sean!» se dijo. «¡Las mujeres son un fastidio y por el momento bien me la puedo pasar sin ellas!».

Desde su regreso a Londres, no había instalado a ninguna bella cortesana en una casita que poseía en Chelsea, como era lo habitual entre sus contemporáneos.

En cierto momento había considerado la posibilidad de tomar bajo su protección a una atractiva bailarina de ballet, del Covent Garden. Pero a última hora, cuando las palabras estaban a punto de salir de sus labios, se dio cuenta de que su acento lo irritaba.

El marqués siempre había sido un hombre muy exigente y, sin importar cuán atractiva pudiera ser una mujer, eran los detalles más pequeños los que de pronto encontraba repulsivos y que, en muchas ocasiones, lo hacían alejarse de ella.

Sus amigos más íntimos no podían comprender el porqué de su enorme exigencia. Como nunca discutía sus idilios con ellos, la mayoría suponía que, como era muy inteligente, sabía guardar sus secretos.

Se decían que sin duda alguna debía tener a varias mujeres bajo su protección, seguramente tan notables como *Lady Sybille*, la que sabía elegir «lo mejor de la cosecha».

«¿Qué es lo que yo quiero?», se preguntó el marqués por centésima vez.

Como no encontró respuesta, envió por un segundo caballo para hacer ejercicio durante la tarde.

Cuando volvió a las cuatro, se sentía más o menos en paz con el mundo y se dispuso a descansar y a leer los periódicos en la biblioteca, donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando estaba solo.

Éstos habían llegado ya y después de levantarlos y leer los titulares advirtió que no había sucedido nada trascendental desde que él saliera de Londres.

Se dispuso a leer la sección deportiva, que le parecía más interesante, cuando se abrió la puerta de la biblioteca y Dawson anunció: ¡El señor Roderic Nairn, *milord!*

Sorprendido, el marqués levantó la vista en el momento en que su sobrino, vestido a la última moda, entraba en la habitación y avanzaba hacia él con la mano extendida.

—¿Qué haces aquí, Roderic? —le preguntó.

—¿Te sorprende verme, tío Lenox?

A los veintidós años, el sobrino del marqués, que su hermana mayor le encargara tanto, era un joven muy atractivo.

Su madre, que lo adoraba, lo había mimado desde el momento de nacer y

sólo porque él había insistido en que quería divertirse en Londres, le había permitido, con lágrimas en los ojos, marcharse de su lado, y le había rogado a su hermano que cuidara de su inocente corderito.

*Lady Beatrice Nairn* era viuda. Su esposo, un escocés, le había dejado en Escocia numerosas posesiones, aunque muy poco productivas. Por esa razón, a ella le había resultado imposible abandonarlas para acompañar a su hijo a Londres.

*Lady Beatrice* estaba convencida de que en Londres, una vez que se convirtiera en miembro del Beau Ton, Roderic frecuentaría todos los antros de vicio y experimentaría todas las tentaciones de San Antonio.

Sin embargo, el marqués había tomado sus responsabilidades muy a la ligera.

—El muchacho debe aprender a cuidarse solo, Beatrice —le había dicho a su hermana cuando ella le imploró que cuidara de que a Roderic no le sucediera nada.

—¡Pero es muy joven, Lenox... y tan apuesto!

—También lo son muchos otros muchachos de su edad —contestó el marqués— ¡y no puede estar atado a tus faldas toda la vida!

—Me preocupa mucho, porque no tiene padre al cual recurrir si se encuentra en dificultades.

—No tiene por qué meterse en dificultad alguna —repuso el marqués un poco irritado—, y si lo hace, yo lo sacaré de ella.

—Eso es lo que deseaba que me dijeras —exclamó *Lady Beatrice*—. Roderic no posee tu fuerza de carácter ni, si me permites decirlo, tu dureza. Temo que cualquier mujer perversa o intrigante pueda manejarlo como a un títere.

El marqués comprendía con exactitud lo que su hermana quería decir. Al mismo tiempo, sentía que se preocupaba innecesariamente y que Roderic, como todos los muchachos de su edad, tendría que probar sus fuerzas y cometer sus errores, antes de convertirse en un hombre.

Por lo tanto, no le dio consejo alguno a su sobrino sino que se limitó a decirle que él estaba allí, en caso que lo necesitara. No le había sorprendido cuando el año anterior se había visto obligado a pagar las deudas de Roderic que, aunque no lo dijo, en realidad no habían sido tan exorbitantes.

La forma comprensiva en que lo trató hizo que Roderic, que al principio demostraba mucho temor ante su distinguido tío, lo tratara ahora como a un amigo y fuera mucho más franco de lo que habría sido en diferentes circunstancias.

El marqués, a través de su larga experiencia con los hombres que tenía a sus órdenes, sabía que ésta era la mejor forma de asegurarse de que Roderic no se metiera en problemas serios sin que él reparara en ello.

A decir verdad, aunque pensaba que su sobrino era un joven un tanto ingenuo y no muy inteligente, le habría gustado tenerlo como subalterno en el ejército, porque era un buen muchacho. Ahora, cuando Roderic llegó a su lado, declaró:

—Estoy en dificultades, tío Lenox, y por eso vine a verte.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó el marqués.

—¡En tu faetón, con tus caballos!

Por un momento el marqués apretó los labios. Después preguntó con voz aguda:

—¿Tú mismo los manejaste?

—No, quería hacerlo, pero Sam no me lo permitió.

El marqués se tranquilizó.

Sam, su palafrenero en jefe en Londres, era excepcionalmente bueno con las riendas.

—¿Y bien?

—No sabía que ibas a salir de Londres. Cuando fui a la Casa Irchester, el señor Swaythling me informó que habías venido hacia aquí y yo le dije que necesitaba verte en el acto.

—¿Así que él hizo los preparativos para que Sam te trajera?

—Sí, y yo esperaba que superáramos tu marca.

—¿Qué tiempo hicieron?

—Tres horas con cuarenta y cinco minutos.

Los ojos del marqués brillaron de alegría.

—Diez minutos más que yo.

—Eso fue lo que Sam me dijo y me sentí desilusionado.

—Me alegra saber que aún estoy en buena forma —comentó el marqués satisfecho.

—¿Cuándo no lo has estado? —contestó Roderic.

—Ahora cuéntame la razón de tu precipitada huida de Londres —sugirió el marqués—. ¿Otra vez estás endeudado?

—¡No, no! —se apresuró a replicar Roderic—. Esta vez no se trata de dinero.

El marqués lo miró con ligera inquietud.

—Se trata de una apuesta que hice en White —continuó Roderic después de una breve pausa.

—¿Una apuesta?

—Quiero ganarla, y no creo que nadie más que tú pueda ayudarme a lograrlo.

El marqués se instaló con mayor comodidad en su sillón.

—¿Qué te parece si comienzas por el principio?

—Sucedió ayer después del desayuno —explicó Roderic—. Todos habíamos bebido en exceso...

—¿Quiénes estaban contigo? —lo interrumpió el marqués.

—Oh, mis amigos de costumbre. Tú los conoces; Edward, George, Billy y Stephen.

El marqués asintió con la cabeza.

Todos era jóvenes aristócratas que habían estado con Roderic en Eton, y aunque él pensaba que bebían mucho y hacían pocas cosas útiles, comprendía que era el tipo de amigos que su hermana hubiera elegido para Roderic, ya que en términos generales parecían lo que cualquier hombre hubiera llamado «tipos decentes», sin ningún vicio importante.

—Reíamos y charlábamos —continuó Roderic—, cuando *Sir Mortimer Watson* se acercó a nosotros.

El marqués frunció el ceño.

Sabía mucho acerca de *Sir Mortimer Watson*, y nada era bueno.

Había evitado que le presentaran a aquel hombre, aunque, como él, era asistente asiduo a las carreras de caballos. Consideraba que había sido un desafortunado error que *Sir Mortimer* hubiera sido aprobado como miembro del Club White.

Había escuchado varias anécdotas desagradables sobre él y se percataba de que los hombres más decentes que él conocía hacían todo lo posible por

evitarlo.

En cuanto a los jóvenes, cualquier tipo de contacto con él resultaba peligroso.

—¡Allí va ese cerdo de Watson, dispuesto a desplumar con las cartas a otro joven tonto! —Le había oído decir a un amigo en el club, la última vez que había estado en él.

El comentario permaneció en el fondo de su mente, como otra marca negra contra aquel hombre que ya le desagradaba mucho.

—Nos invitó a una copa —estaba diciendo Roderic—, y entonces, no sé cómo sucedió, nos enfrascamos en una discusión sobre si las cortesanas inglesas eran más bonitas que las extranjeras.

Se detuvo antes de continuar:

—*Sir* Mortimer dijo que las extranjeras no sólo eran más bonitas sino mucho más inteligentes y que eran tan brillantes actrices que resultaba fácil hacerlas pasar como mujeres de mejor clase de lo que en realidad eran.

El marqués pensó que *Sir* Mortimer tenía razón en eso, y Roderic continuó:

—Entonces Edward, que detesta a *Sir* Mortimer, comenzó a alegar que estaba equivocado y que las extranjeras no sólo revelan su baja procedencia en cuanto uno se asoma un poco a ellas, por debajo de la pintura y el polvo que usan, sino que las mujeres inglesas, de forma instintiva, tienen mejores modales y mejor conducta.

El marqués recordó que el «Edward» al que se refería su sobrino era el joven Lord Somerford, que hacía poco había heredado un título y una fortuna.

—Por supuesto, la mayoría de nosotros apoyó a Edward —prosiguió Roderic—. Entonces, *Sir* Mortimer nos apostó mil libras, en soberanos de oro, a que ninguno de nosotros podría presentarle a una muchacha capaz de competir con la cortesana que él había seleccionado, que era francesa y que, según nos aseguró, no sólo era hermosa, sino que habría podido pasar por una dama.

«¡Es la primera vez que oigo una tontería semejante!», le contestó Edward. «¡Las lecheras de mi padre parecen más damas que cualquier mujer que usted pudiera traer del extranjero!».



Después de sonreír un momento, Roderic añadió:

—Todos nos acaloramos mucho y el resultado fue que acordamos encontrarnos con *Sir Mortimer* dentro de una semana, cada uno de nosotros llevando a una inglesa, lecherita o cortesana, que superara a la muchacha extranjera a la que se había referido.

—¿Y cuánto apostó cada uno de ustedes? —preguntó el marqués.

—Acordamos poner cien guineas cada uno —contestó Roderic—, que perderemos si los jueces, que según *Sir Mortimer* serán independientes, seleccionan a su francesa como la ganadora.

Era lo que el marqués esperaba. Watson estaba seguro de que iba a embolsarse quinientas libras, antes de haber retado a aquellos jóvenes.

Era el tipo de conducta poco escrupulosa que podía esperarse de un hombre de su calibre. Al mismo tiempo, comprendía que resultaba un desafío irresistible para un grupo de muchachos tontos que había bebido demasiado.

—Y bien —dijo con voz alta—, ¿qué piensas hacer?

—Por eso he acudido a ti, tío Lenox.

—¿A mí?

—¡Para que me consigas una lecherita que gane!

El marqués lanzó una carcajada.

—¡Querido muchacho, debes comprender que has caído en una trampa muy bien tendida! Watson está seguro de que ninguno de ustedes presentará nada que pueda compararse con esa cortesana de primera que debe tener bien guardada. Las lecheras, aunque por tradición nos dicen que son muy lindas, ya no lo parecen cuando se las saca de su ambiente.

En el rostro de Roderic apareció una expresión malhumorada.

—Eso no representa ayuda alguna —dijo después de un momento— y ninguno de nosotros quiere que Watson gane.

—Yo tampoco lo deseo —reconoció el marqués—. Es un hombre que me desagrada y a quien no deseo conocer de forma personal.

—Debe haber algo que podamos hacer —murmuró Roderic—. Edward salió hacia su propia finca, en Hertfordshire, y los demás andan buscando alguna muchacha preciosa en los salones de baile. Pero si hubiera alguien de esa clase en alguno de ellos, creo que ya nos habríamos enterado.

—Sin duda así habría sido —reconoció el marqués.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Roderic con desesperación.

—¡Pagar tus cien guineas y reconocer que caíste en la trampa! —Roderic que se había sentado cerca de su tío, se puso de pie—. ¡Maldita sea si voy a entregarme sin. Luchar! —exclamó—. ¡Ésta no es la primera vez que *Sir Mortimer* me saca dinero de la bolsa!

—¿No? —preguntó el marqués.

—No te lo había dicho, pero fui muy tonto al hacer una apuesta con él una noche que estaba borracho. Me costó doscientas guineas y al día siguiente me sentí avergonzado de lo que había hecho. ¡Creo que ni un provinciano recién llegado hubiera sido tan inocente como lo fui yo en esa ocasión!

—Entonces debiste haber aprendido la lección —observó el marqués—. Un hombre como Watson siempre saca dinero de los que muerden el anzuelo que él les lanza. ¡Todos son trucos para explotar a los tontos!

—Lo sé, pero quería derrotarlo en su propio juego. ¿Puedo dar una vuelta por tus granjas mañana, tío Lenox? Tal vez por casualidad encuentre una lechera o la hija de un labriego que sea tan bonita que nos tome a todos por sorpresa.

—¡Yo sería el primer sorprendido, te lo aseguro! —apuntó el marqués—. De hecho, ¡lo consideraría un milagro!

—Eso es lo que necesito... un milagro, y soy lo bastante optimista para creer que aún suceden milagros.

El marqués se echó a reír.

—Espero que tu fe en los poderes celestiales esté justificada. Al mismo tiempo, como ya te he dicho, las lecheras, aunque parecen muy atractivas en el campo, no lo son cuando llegan a Piccadilly.

—Estás tratando de desanimarme —se quejó Roderic—. ¿Sabes qué dijo Billy antes que viniera aquí?

—No, dímelo —contestó el marqués de buen humor.

—Me dijo: «La única persona que puede ayudarte, Roderic, es tu tío».

—¿Y qué le hace pensarlo?

—Y continuó diciendo: «¡Si existe un hombre que reconozca a una mujer bonita cuando la ve y se asegure de que no se le escape, ése es Irchester!».

—Gracias —contestó el marqués—. Agradezco el cumplido. Pero te

aseguro que las mujeres con las que yo me relaciono, Roderic, no son lecheritas, ni, en realidad, lo que tú llamarías cortesananas.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó Roderic.

El marqués estaba tratando de encontrar una respuesta, cuando se abrió la puerta.

—Perdóneme, *milord* —dijo Watson—, pero hay una jovencita que insiste en verlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó el marqués.

—No quiso decirme su nombre, *milord*, pero asegura que es importante verlo a usted personalmente.

—¿Es una dama, Dawson?

—No podría decirlo, *milord*. No trae acompañante con ella, sólo un perro muy grande;

—¿Una jovencita que no quiere dar su nombre y que trae un perro con ella? —repitió el marqués—. Ésta parece uno de tus famosas adivinanzas, Roderic.

Su sobrino, que miraba por la ventana con expresión de desagrado, no contestó.

—Me parece una solicitud extraña, Dawson —observó el marqués—. ¿Y qué hace el perro con ella?

—Yo sugerí, *milord*, que el perro se quedara afuera; pero ella me dijo: «El perro viene conmigo y quiero que su señoría lo vea».

—Supongo que desea vendérmelo —dijo secamente el marqués—. Bueno, puede decirle que tengo suficientes perros por el momento y que no me interesa comprar más.

Esperaba que el mayordomo saliera de la habitación, pero Dawson titubeó.

—Es un perro muy fino, *milord*, y poco común. Tal vez parezca una impertinencia de mi parte, pero la jovencita es muy bella y percibí algo un tanto extraño en la forma en que insistió en ver a su señoría.

Roderic se volvió desde la ventana.

—¿Bella? ¿Dijo usted bella, Dawson?

—¡Muy bella, señor Roderic, de una forma excepcional!

Roderic miró al marqués.

—¿Oíste eso, tío Lenox? ¡Tengo la impresión de que estabas equivocado y que el milagro ha sucedido; tal como lo deseábamos! El marqués rió de buena gana.

—¡Es muy poco probable, pero si se trata del milagro que esperabas, con gusto pagaría las cien guineas por ti!

—¡Hecho!... —exclamó Roderic en tono alegre—. ¡Hágala pasar, Dawson! ¡Traiga ahora mismo a esa joven con su perro!

Dawson miró al marqués y éste aprobó con la cabeza.

—Muy bien, *milord* —dijo, y salió cerrando la puerta de la biblioteca.

## Capítulo 3

**T**ed se volvió para mirar a Diona con sorpresa.

Entonces dijo, después de un momento de vacilación:

—Yo pienso que es un error, señorita Diona. Veo que su señoría está en casa, así que le sugiero que venga conmigo a la granja.

Diona negó con la cabeza.

—No, Ted, deseo ir a la casa grande primero. Por alguna razón, sé que eso es lo que debo hacer.

No hubiera podido explicar por qué su instinto le decía que allí recibiría ayuda, y en ninguna otra parte. Y sabía que tenía que ir a esa casa, si quería salvar a Sirio.

—Prométame, Ted, que no le dirá a nadie dónde estoy. Usted sabe que si mi tío se entera, vendrá a buscarme y matará a Sirio.

—Sabe bien que puede confiar en mí, señorita Diana —contestó Ted—. Sí, por supuesto, Ted, y le estoy muy agradecida.

Se produjo una larga pausa antes que Ted lograra expresar lo que deseaba:

—Si usted se encuentra en dificultades y quiere que venga a buscarla, dígame al granjero Burrows, que está en la primera granja, que me avise. El sabe cómo hacerlo, y yo vendré tan pronto como me sea posible.

—Gracias, Ted. Es usted muy, muy amable.

Ted detuvo su caballo. Estaban frente a un sendero cubierto de hierba que Diona supuso que debía conducir a la granja. Descendió de la carreta, seguida

por Sirio, y Ted le entregó su paquete de ropa.

—¡Cuídese, señorita Diona! —le advirtió el buen hombre—. Y recuerde: yo vendré a buscarla en cuanto me mande a buscar.

—No lo olvidaré —respondió Diona—, y gracias otra vez, Ted.

Caminó hacia la casa, sintiendo que él la miraba alejarse con expresión preocupada en su viejo rostro.

Al llegar a un puente de piedra gris que cruzaba el lago, se detuvo. Se dijo que parecería muy extraño que pidiera ver al marqués llevando en la mano un chal de seda que contenía todas sus pertenencias.

A un lado del puente había un grupo de arbustos. Puso el bulto en el centro, pensando que era poco probable que alguien se fijara en él y se lo robara antes que ella pudiera recuperarlo,

En seguida continuó su camino, con Sirio siguiéndola de cerca. Sentía como si un millar de mariposas revoloteara en su pecho. Estaba asustada, muy asustada; pero la única alternativa que le quedaba era volver al lado de su tío y suplicarle una vez más.

Sabía que eso sería inútil y que aun si se veía obligada a fregar pisos, sería mejor que perder a Sirio.

«Haré notar con claridad», se dijo, «que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa; pero que podría ser más útil en las perreras que en cualquier otra parte,»

Sin embargo, necesitó mucho valor, para subir los escalones de piedra gris que conducían a la puerta del frente.

No tuvo necesidad de llamar porque un lacayo de guardia que sin duda había escuchado sus pisadas, o había estado asomado a la ventana, abrió la puerta en cuanto ella llegó.

—¡Deseo ver al Marqués de Irchester! —dijo Diana, esperando que el tono de su voz fuera el mismo que su madre hubiera usado.

El lacayo no contestó. Se limitó a mirar al mayordomo que se encontraba de pie, en el fondo, observando la escena. Tenía el cabello gris y cuando avanzó hacia ella, Diona pensó que parecía más un obispo que un sirviente.

—¿Deseaba ver a su señoría, señorita? —preguntó con voz solemne.

—Sí, deseo verlo con urgencia.

Entonces se inició una discusión, en primer lugar porque Diona se negó a dar su nombre; y luego, porque el mayordomo insistía en que no podía

molestar a su señoría a menos que ella le diera una buena razón para ello.

Sin embargo, Diona estaba decidida a ver a la persona que sentía que podía ayudarla, sin importar lo difícil que pudiera parecer.

Cuando por fin el mayordomo, un tanto impresionado por la determinación de ella, se decidió a anunciarla y la dejó de pie en el vestíbulo para ir a hacerlo, Diona notó que los tres lacayos que había allí miraban tanto a ella como a Sirio con expresión de admiración.

—Tiene usted un magnífico perro, señorita —observó uno de ellos.

Diona comprendió que si hubieran considerado que era una dama, en cuyo caso habría llegado con su madre o con una dama de compañía, no le habrían dirigido la palabra.

—Se llama Sirio —contestó—, y lo tengo desde que era un cachorrito.

—¡Esos perros son muy veloces! —comentó el lacayo—. ¡Y muy buenos para cazar!

—Sí, lo sé —sonrió Diona.

Oyeron las pisadas del mayordomo que se acercaba por el pasillo y de inmediato el lacayo guardó silencio e irguió la espalda. Diona esperó, llena de temor.

—Si tiene la bondad de venir por aquí, señorita —dijo el mayordomo, y ella comprendió que había ganado la partida.

Pero, a medida que avanzaba por el ancho corredor, se dijo que éste era solo el primer obstáculo. El gran salto la esperaba más adelante, y se puso a rezar con fervor mientras recorrían lo que a ella le pareció una gran distancia.

«¡Ayúdame, papá, por favor, ayúdame!, rogó en silencio. Yo no podía permitir que nadie hiciera algo tan... cruel como... matar a Sirio. ¡Debo conservarlo... vivo... tengo que hacerlo!

El mayordomo abrió una puerta, con lo que a ella le pareció un aire muy condescendiente, como si pensara que estaba cometiendo un error al permitirle que conociera a su amo.

Entonces lo oyó anunciar:

—¡La jovencita, *milord!*

Con dificultad, Diona logró que sus pies la condujeran hasta el interior de la habitación. Por un momento sólo vio libros, centenares, miles de ellos, desde el techo hasta el piso.

Entonces vio que junto a los libros había dos hombres. Uno era joven y estaba de pie, mirándola de una forma que a ella le pareció muy extraña.

El otro, sin la menor duda, era el hombre más apuesto que había visto en su vida.

Al mismo tiempo, advirtió que se trataba de un hombre autoritario y que era, tal como ella imaginaba que debía ser, el Marqués de Irchester.

Estaba sentado en un sillón de alto respaldo, con las piernas cruzadas y a ella le pareció tan semejante a un rey en su trono que tuvo que dominar la inclinación que sentía de ponerse de rodillas ante él.

En cambio, hizo una reverencia muy graciosa. Y, como ninguno de los dos caballeros hablaba, se acercó con lentitud hacia ellos.

Diona no imaginaba que brindaba un espectáculo que ellos jamás hubieran esperado. Estaba muy linda con su mejor vestido de verano, que era de muselina blanca, estampada con florecitas azules y adornada con cintas del mismo color.

Su sombrero de paja tenía una guirnalda de flores azules en la base de la copa. Como los guantes eran muy costosos, llevaba las manos cubiertas con mitones, que no ocultaban sus largos y delgados dedos.

Avanzó con el gran dálmata a su lado, hasta quedar a poca distancia del marqués, y como consideró que era lo más correcto, hizo otra reverencia.

—¿Deseaba verme? —preguntó el marqués.

—Sí, *milord*.

—Usted le dijo a mi mayordomo que era muy urgente.

—Muy... urgente en verdad, *milord*.

—Ha despertado usted mi interés. ¿Cuál es su nombre? Tras una breve pausa, Diona respondió:

—Me llamo... Diona.

El marqués enarcó las cejas antes de preguntar:

—¿Eso es todo?

—S... sí...— tengo mis razones para no... desear que se me... conozca... por otro nombre.

—Dígame por qué está aquí.

Por un momento le resultó difícil hablar. Entonces aspiró una gran bocanada de aire y logró decir:



—Me... me agradecería saber si su señoría me... contrataría como... encargada de sus perros.

Después de hablar, observó que una expresión de sorpresa aparecía en los ojos del marqués y se percató de que el otro caballero, que no se había movido desde que ella entrara en la habitación, caminaba ahora para colocarse frente a ella y mirarla de una forma que la inquietó sobremanera.

—¿Dijo usted... encargada de mis perros? —preguntó el marqués.

—Sí, *milord*... tal vez le parezca... extraño... pero tengo mucha experiencia en el manejo de perros... y de caballos también, por cierto... y necesito... trabajar.

—Nunca he oído que... —comenzó a decir el marqués.

Pero Roderic, lo interrumpió para exclamar:

—¿Por qué no es usted lechera?

Diona lo miró y contestó:

—Estoy dispuesta a ser lechera... si no hay... otra cosa que pueda hacer... pero no veo por qué si hay... encargados de perros... no pueda haber encargadas también... y yo podría hacer... muchas cosas que a ellos... les resultarían difíciles porque... son hombres.

—¿A qué cosas se refiere?

—Una... una mujer podría... cuidar mejor a los cachorritos que un hombre... sobre todo cuando, como sucede con frecuencia... la perra tiene demasiados y hay que alimentar a algunos... a mano. Yo siempre he podido ponerle... mejor las cataplasmas a los caballos lastimados... que mi padre o sus palafreneros.

Comprendió que, al tratar de defender su caso, sin darse cuenta había cometido un error.

—¿Así que su padre tiene caballos? —preguntó el marqués.

—Sí... *milord*.

—Pero, ¿él ya no desea que usted la ayude en sus caballerizas?

—Mi padre... ha muerto... *milord*.

El marqués notó el leve sollozo que pareció ahogarse en la garganta de la joven. Diona aún extrañaba mucho a su padre, tanto que le era imposible no emocionarse cuando hablaba de él.

—Y supongo que no le dejó dinero —dijo el marqués.

Habló de forma seca, impersonal, lo que hizo más fácil para Diona contestar del mismo modo.

—Así es, *milord*. Ahora tengo que ganarme la vida y es sumamente importante que comience a hacerlo... hoy mismo.

Si no hubiera estado tan asustada, habría apreciado la rapidez con la que el marqués respondió

—Eso significa, supongo, que no tiene usted ningún lugar adónde ir, si no la acepto aquí.

—Es... cierto, *milord*.

Fue entonces que Roderic emitió un sonido semejante a un grito de triunfo.

—¡El milagro, tío Lenox! —exclamó—. ¡Gané la apuesta! ¡Mírala! ¡Sólo tienes que verla para comprender que es exactamente lo que yo estaba buscando!

El marqués hizo un gesto con la mano, como si pensara que su sobrino se estaba comportando de manera demasiado impetuosa. Pero Roderic dio un paso hacia Diona y exclamó con ansiedad:

—¿Podría hacerme el favor de quitarse el sombrero?

Diona abrió muy grandes los ojos.

—Se lo explicaré —dijo él—. Por favor, haga lo, que le digo.

Era una solicitud muy extraña, pero Diona no encontró ninguna razón para negarse.

En ese momento se le ocurrió que una muchacha de pueblo que buscara trabajo no podía darse el lujo de comprar ropa como la que ella llevaba. Había sido un error no ponerse algo más sencillo.

Recordó que, como «ropa de trabajo», si así podía llamársele había traído una falda de montar, que había agregado a último momento, aunque pesaba mucho.

Al levantar las manos para desatar las cintas de su sombrero, escuchó que el marqués preguntaba:

—Tengo entendido que insistió usted en traer a su perro. ¿Quiere vendérmelo?

—¡No, no... claro que no, *milord*! No lo... vendería ni por... un millón de libras. El es la razón por la que busco trabajo y por la que me gustaría...

trabajar en las perreras, porque él está... siempre conmigo.

El marqués chasqueó los dedos y, para sorpresa de Diona, Sirio, que siempre era muy desconfiado con los extraños, se acercó a él.

—Es un magnífico ejemplar de dálmata —comentó el marqués—, y comprendo muy bien que no quiera separarse de él.

—Lo tengo desde que era un cachorrito —contestó Diona—. El es todo en el mundo para mí y... lo único que yo... amo.

Habló con tanto fervor que el marqués enarcó las cejas con asombro.

Diona se quitó el sombrero y arregló su cabello, de color rubio plateado.

Roderic lanzó una exclamación de placer.

—¡Es hermosa! ¡Perfecta para lo que yo quiero!

Diona lo miró, pensando que no sólo era un joven muy extraño, sino que lo que decía no tenía sentido.

El marqués por su parte, al ver el cabello de Diona, aceptó que Roderic tenía buenas razones para sentirse tan optimista.

Se consideraba un gran conocedor de mujeres y tuvo que reconocer que la muchacha poseía una belleza muy fuera de lo común. Si bien era muy joven, no tenía el tipo de muchacha inglesa de piel muy blanca y mejillas sonrosadas, que él suponía que estaba en la mente de su sobrino como personificación de la lecherita que buscaba.

El rostro de Diona era puntiagudo y estaba totalmente dominado por sus grandes ojos. Su cabello tenía el tono entre dorado y plateado del cielo al amanecer.

Tenía, pensó, la belleza sin edad que uno veía en las estatuas de las diosas y que él siempre había considerado una belleza clásica que se había perdido en el transcurso de los siglos.

No cabía duda de que con su pequeña nariz recta, sus labios perfectamente cincelados y su largo cuello, Diona parecía una de las estatuas que había visto años atrás en Grecia.

Más recientemente había vuelto a verlas en los museos de París, donde le habían parecido fuera de lugar, como si sintieran nostalgia de su tierra natal.

Entonces advirtió, como lo había hecho desde que ella entrara en la habitación, que en sus extraños ojos, del color de la neblina de la mañana, había una expresión de temor que nunca esperó ver en el rostro de una mujer

bonita.

Pensó, mientras Diona esperaba frente a él, que parecía Friné ante sus jueces, cuando en el momento en que el abogado que la defendía de la acusación de impiedad que había en su contra, abrió su vestido para revelar la belleza de sus senos.

Entonces Roderic gritó:

—¡La he encontrado y estoy seguro de que puedo hacer que *Sir Mortimer* parezca un tonto, además de quitarle las mil guineas que apostó!

—¡Creo que vas demasiado aprisa, Roderic! —le advirtió el marqués—. De manera evidente, el primer paso debe ser convencer a Diona, como desea ser llamada, de que te ayude en esta monumental tarea.

La forma cínica en que habló provocó que Diona se diera cuenta de que sentía menosprecio por lo que su sobrino había dicho. Como la invadió el miedo, se apresuró a decir:

—Por favor, *milord*... todo lo que quiero hacer es... trabajar para usted... con sus... perros.

—Estoy considerando esa posibilidad, que ciertamente es un poco extraña —contestó el marqués—, pero creo que primero debería escuchar lo que tiene que decir mi sobrino. Tal vez debo empezar por presentarlos... mi sobrino, el señor Roderic Nairn... la señorita Diona.

Diona sospechó que se estaba burlando de ella y eso la turbó; pero hizo una leve reverencia y se percató de que la exagerada inclinación de cabeza de Roderic también era una burla.

Sirio había vuelto a su lado. Ella puso su mano sobre la cabeza del perro, como si eso le diera valor. Sabía que si hubiera seguido sus inclinaciones, se habría ido a buscar ayuda a otro lugar.

El problema consistió en que no tenía idea de adónde podía ir. Y, más importante aún, debía pensar en Sirio. Como lo estaba tocando, el perro levantó la cabeza hacia ella y le lamió la mano.

Al mismo tiempo, Diona miró al marqués y tuvo la impresión de que, por alguna extraña razón, él comprendía lo que ella sentía y, más extraordinario aún que sabía lo que ella pensaba.

Con un tono de voz muy diferente, el marqués dijo:

—Siéntese, por favor, y permita que mi sobrino le explique algo que, por

el momento, va a parecerle no sólo incomprendible, sino insultante.

—Perdóneme si le he parecido grosero —se apresuró a disculparse Roderic—. Lo que pasa es que cuando usted entró en la habitación, mi tío me estaba diciendo que era imposible encontrar lo que yo buscaba, y que sólo un milagro podría ayudarme —sonrió con expresión inocentona y concluyó diciendo—: ¡Entonces apareció usted... y se convirtió en el milagro que esperaba!

Como sentía que sus piernas ya no podían sostenerla, Diona se sentó en una silla cercana a la del marqués. Era de respaldo alto y asiento de bejuco. Lo hizo con aire gracioso y en el acto Sirio se sentó en el suelo junto a ella.

Con el sombrero sobre el regazo, Diona levantó la vista hacia Roderic Nairn preguntándose qué tendría que decirle. Todo lo que había sucedido desde que entrara le había parecido desconcertante y muy diferente de lo que había esperado.

Había supuesto que el marqués la interrogaría y que se sentiría extrañado de que ella se negara a darle su apellido. Pero a ella le disgustaba mentir y, aunque sentía que era tonto de su parte, no tenía deseos de asumir un nombre que no era el suyo.

No obstante, era esencial que nadie supiera quién era, porque no quería que su tío se enterara de su paradero.

Roderic se sentó en el brazo de un sillón y comenzó a decir:

—Supongo que usted sabe, señorita Diona, que a los hombres en Londres les gusta hacer apuestas entre ellos, sobre todo si son miembros de un club llamado White.

—Sí, lo sé —contestó Diona—, porque mi...

Estaba a punto de decir que su padre había sido miembro de White.

Las había hecho reír, a ella y a su madre, contándoles sobre las extrañas apuestas que se hacían entre los miembros del club y cómo todas ellas eran registradas en un «libro de apuestas».

Advirtió que el marqués escuchaba con gran atención todo lo que decían y rápidamente detuvo las palabras antes que salieran de sus labios. Debía tener mucho cuidado, para no revelar su identidad.

—Algunos amigos míos y yo apostamos con otro miembro del club —continuó Roderic—, a que encontraríamos una muchacha inglesa, de

preferencia una lechera, que fuera más hermosa y más inteligente que una extranjera que, según nuestro contrincante afirma, es superior en todos los sentidos a nuestras chicas inglesas.

Diona pareció desconcertada.

—Sin duda alguna —observó—, sería una competencia desigual, a menos que provinieran de la misma clase social. ¡Después de todo, la mayoría de las lecheras carecen por completo de educación!

Los labios del marqués se comprimieron y sus ojos brillaron alegremente, al mismo tiempo que se preguntaba cómo se las arreglaría su sobrino para responder a eso.

Advirtió que Roderic había escogido sus palabras con gran cuidado, para no revelar que las competidoras debían ser cortesanías, y que éstas, de manera inevitable, serían más astutas e ingeniosas que cualquier muchacha del campo.

Lo divirtió el hecho de que Diona hubiera puesto el dedo precisamente en la parte débil de su exposición y comprendió que su sobrino luchaba por encontrar una respuesta razonable.

Por fin Roderic dijo:

—No necesita ser lechera. Era sólo una forma de decir. La muchacha que *Sir Mortimer* va a presentar, nos asegura, no es sólo bella e ingeniosa, sino que además podría pasar fácilmente por una dama.

Diona consideró sus palabras por un momento. Entonces dijo:

—¡No creo haber conocido a ninguna lechera que podría adaptarse a esa descripción!

—Pero —discutió Roderic—, es justo en ese punto donde usted resulta tan diferente. Usted dijo que estaba dispuesta a ser lechera, aunque estoy seguro de que mi tío Lenox se sentirá encantado de contratarla para sus perreras.

Se detuvo para añadir en tono impresionante:

—Pero primero tendrá que ganar ésta, competencia para mí, que tendrá lugar en una semana más.

—¿Qué... debería... hacer? —preguntó Diona.

Había un leve temblor en su voz, porque estaba asustada. Su instinto le decía que estaba siendo empujada a algo que su madre no aprobaría y que su

padre sin duda le habría prohibido.

El le había hablado sobre los jóvenes aristócratas que rodeaban al Príncipe Regente y que pasaban buena parte de su tiempo jugando y bebiendo en los clubs de St. James.

Ella sabía que cuando le era posible, su padre viajaba a Londres y visitaba White para charlar con sus viejos amigos. Algunas veces la hacía reír al describir a los nuevos miembros del club.

Hablaba con mucho desprecio de los dandies, a quienes consideraba como simples «perchas», y pensaba que hasta el mismo Beau Brummell caía en la exageración con respecto a la ropa.

—¿Cómo es posible que un hombre pase dos o tres horas al día vistiéndose? ¡Sólo Dios lo sabe! —exclamó en una ocasión—. Es un desperdicio de tiempo y, lo que es más importante, aún, un desperdicio de vida.

—Yo siempre había oído, papá —comentó Diona años más tarde, cuando Beau Brummell había ya salido de Inglaterra en desgracia—, que el señor Brummell era muy inteligente.

—Era ingenioso —concedió su padre—, y tuvo talento como para convertirse en árbitro de la moda y en una persona de gran importancia social. Pero le faltó el autocontrol suficiente como para no apostar cuanto penique tenía. ¿Acaso puede haber algo más tonto que eso?

—Estoy de acuerdo contigo —había dicho la madre de Diona—. Al mismo tiempo, querido, creo que estos clubs suelen ser una tentación muy grande para los jóvenes, que se vuelven exhibicionistas y beben demasiado para darse el valor suficiente para apostar lo que no tienen.

Su padre había sonreído.

—Lo has expresado muy bien, pero los hombres deben ser hombres y aprender a sostener los pies en la tierra.

—Me temo que con frecuencia lo que hacen es sostenerse sobre los pies ajenos —había observado su madre con suavidad.

Ahora, al recordar aquello y otros comentarios que su padre había hecho sobre White, Diona se puso nerviosa.

—Todo lo que usted tiene que hacer —estaba diciendo Roderic—, es venir a Londres y dejar que la lleve, no al club, porque las mujeres no pueden

entrar en él, sino a la casa de alguien, donde conocerá a todas las otras participantes a la competencia y, desde luego, a la extranjera que no puede ser ni la mitad de bonita que usted.

—¿Cómo juzgarán los jueces... la inteligencia de quienes... competirán con... ella? —preguntó Diona.

Otra vez Roderic tuvo que pensar en una buena respuesta y la diversión del marqués aumentó.

Era una pregunta muy razonable después de lo que él había dicho y pensó que esto era algo que tal vez ni el mismo *Sir Mortimer* había pensado.

—Supongo —respondió Roderic después de una pausa—, que habrá conversación, tal vez durante la cena. Y es posible que bailemos más tarde. Los jueces podrán ver cómo actúa y se comporta cada muchacha mientras come y baila.

Diona contuvo el aliento.

Era bastante molesto pensar en participar en una competencia que estaba segura de que su madre no habría aprobado. Pero cenar con desconocidos, bailar en una reunión que incluiría lecheras y hospedarse en una casa extraña, donde ni siquiera conocía a la anfitriona, sin la compañía de una persona de respeto, era algo que su madre jamás le habría permitido.

—No... podría hacer... eso —se apresuró a responder.

—¿Por qué no? —preguntó Roderic con sorpresa. Entonces, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo que debía haber mencionado antes, agregó —: olvidé decir que, por supuesto, le pagaré por hacerlo.

Titubeó un momento antes de agregar:

—Le daré veinte libras y un vestido tan increíblemente elegante, que los dejará a todos boquiabiertos.

Diona se puso tensa y se irguió con dignidad.

—¡No! —exclamó—. ¡Por supuesto que no podría permitir que un caballero me regalara un vestido! ¡Y no tengo... deseos de participar en esa... competencia!

Pensó que si iba a Londres y había varios miembros del Club White entre los asistentes a esa fiesta tan peculiar de la que hablaba el señor Nairn, era posible que algún amigo de su padre estuviera entre ellos.

No lo creía muy probable, porque la mayoría de quienes los habían



visitado y de vez en cuando se habían hospedado con ellos para asistir a una carrera de caballos en la que iban a participar, habían sido siempre hombres de la edad de su padre.

De cualquier modo, era imposible saberlo y no podía imaginarse nada que pudiera escandalizar más a un amigo de su padre que descubrir que su hija pretendía ser una lechera.

Casi antes que ella hubiera terminado de hablar, Roderic lanzó un grito de horror.

—¡No puede decir eso! —exclamó—. ¡Tiene que ayudarme!

Como si la forma en que estaba sentada y la expresión de su rostro le dijera con más claridad que las palabras lo que ella sentía, Roderic apeló al marqués.

—Ayúdame, tío Lenox —suplicó—. Ayúdame a convencer a la señorita Diona de que ella no es sólo el milagro por el que había rezado, sino también más perfecta para el papel de lo que yo había imaginado posible.

—Creo —repuso el marqués con lentitud—, que debes comprender que no sólo Diona, sino cualquier lechera respetable que hubiera pasado toda su vida en el campo, se sentiría temerosa y un tanto escandalizada ante lo que has sugerido.

—¿Escandalizada? —preguntó Roderic.

Como si de pronto hubiera reparado en que su tío había enfatizado la palabra «respetable», comprendió lo que quería decirle. Se inclinó un poco y dijo suplicante:

—Por favor, señorita Diona, necesito su ayuda con desesperación. Sería muy cruel que usted rechazara mi petición, sin siquiera meditar sobre ella.

Diona no contestó y después de un momento él añadió:

—Usted dice que tiene que ganar dinero y ésta es un forma muy sencilla de hacerlo. Le pagaré cincuenta libras si acepta lo que he sugerido.

—¡Es... demasiado! —protestó Diona—. Y...yo no puedo... ir a Londres.

—No es tan peligroso como usted parece pensar —señaló Roderic—, y le prometo cuidarla mucho.

El no advirtió que cuando Diona dijo que no podía ir a Londres, el marqués la había mirado con atención.

Si había algo que lo hiciera disfrutar de veras, era un enigma por resolver, o un misterio al que tuviera que encontrarle solución

Al regresar a Inglaterra había descubierto que lo que más lo satisfacía era poder descubrir los puntos débiles de cada una de sus propiedades.

Pasó mucho tiempo investigando dónde se desperdiciaba o robaba el dinero, en qué lugares la gente dejaba de cumplir con sus deberes de forma deliberada, por razones que no resultaban comprensibles a primera vista.

Ahora se sorprendió alerta y muy interesado en Diona.

No era tanto su belleza lo que captó su interés, sino la convicción de que no pertenecía a la clase social de las lecheras y de que ocultaba algún secreto.

Y como pensó que las súplicas de Roderic podían hacer las cosas aún más difíciles, dijo:

—Tengo una sugerencia que hacer, y deseo que los dos me escuchen.

Diona se volvió hacia él y Roderic hizo lo mismo, aunque un tanto en contra de su voluntad.

—Me imagino, aunque tal vez esté equivocado —comenzó a decir el marqués—, que Diona ha llegado de un lugar lejano y debe estar cansada. Ella me ha dicho ya que no tiene ningún lugar adónde ir, así que sugiero que acepte mi hospitalidad por esta noche. Después de la cena, o tal vez mañana, puede volver a considerar tu proposición.

Diona abrió la boca para decir que le resultaba imposible hacer lo que el señor Nairn le pedía; pero el marqués continuó, antes que ella pudiera hablar:

—También me gustaría discutir con el encargado de mis perreras si cree posible que una mujer pueda ayudarlo; sin embargo, me parece que ya tiene cuatro hombres que le ayudan a cuidar a los perros.

Comprendió que había dicho lo correcto, porque Diona lanzó un leve murmullo de excitación y sus ojos, que hasta ese momento habían estado oscuros y asustados, adquirieron una repentina luz de tranquilidad.

—¿Su señoría...hará de veras... eso? —preguntó anhelante.

—Lo haré si acepta quedarse aquí esta noche.

—¿Con Sirio? —se apresuró a preguntar.

—Por supuesto que él también está incluido en la invitación.

—Entonces... gracias... muchísimas gracias... ¡acepto... llena de gratitud, *milord!*

Al terminar de hablar, se puso de pie y el marqués dijo:

—Supongo que trae usted algo de equipaje, ¿no?

Habló con un dejo de cinismo, como si sospechara que no traía nada.

Diona se ruborizó al contestar:

—Como debía viajar rápido, *milord*, traje las pocas... cosas que pude poner en un bulto. Lo... lo dejé entre unos arbustos... del otro lado del puente.

Pensó que lo que decía sonaba un poco extraño, que parecía casi infantil que hubiera escondido allí sus cosas. Sin embargo, el marqués permaneció imperturbable.

—Toca la campanilla, por favor, Roderic —dijo.

—Espero —continuó dirigiéndose a Diona—, que como va a quedarse a dormir aquí, nos concederá a mi sobrino y a mí el placer de cenar con nosotros.

Esperaba que ella aceptara de inmediato, como había aceptado su invitación a hospedarse esa noche allí; pero para su sorpresa, Diona titubeó un momento antes de preguntar:

—¿Cree usted que... eso sería correcto... de mi parte?

—¿Y por qué no?

—Estoy... segura de que las... empleadas de las perreras no... cenan con sus amos.

El marqués sonrió.

—Usted es una empleada de perreras un poco fuera de lo común, Diona. ¿Y me permite hacerle notar que aún no la he contratado? Por lo tanto, creo que en esta ocasión sería por demás correcto que usted aceptara mi invitación.

Diona consideró sus palabras y luego contestó:

—Gracias, *milord*. Me siento muy honrada de ser su invitada.

—Yo sigo aquí el horario de comidas que se usa en Londres —observó el marqués—. Así que cenamos a las ocho en punto. Supongo que le gustaría descansar un poco, antes que nos reunamos en el salón azul, un cuarto de hora antes de la cena. Le mostrarán el camino.

—Gracias, *milord*

La puerta se abrió y apareció Dawson.

—¿Llamaba usted, *milord*?

—Sí, Dawson. La señorita Diona pasará la noche aquí. Pónganla en el Dormitorio del Delfín. Según tengo entendido, trae algunas pertenencias suyas que dejó entre los arbustos, del otro lado del puente.

La expresión de Dawson no se alteró, ni pareció sorprendido cuando contestó impasible:

—Las haré traer, *milord*.

—Pida a la señora Fielding que atienda a la señorita Diona —indicó el marqués—. La señorita Diona cena con el señor Roderic y conmigo.

Dawson inclinó la cabeza para demostrar que había entendido sus instrucciones y Diona hizo una reverencia.

—Gracias, *milord* —murmuró—, muchísimas... gracias.

Dijo aquello con una nota de gratitud en la voz y el marqués advirtió que parte del temor había desaparecido de sus ojos.

Al verla darse vuelta y seguir a Dawson, se preguntó por qué se escondía, qué había hecho para encontrarse en aquella situación. Entonces se dio cuenta de que ya no se sentía aburrido, como lo había estado durante las primeras horas del día.

Cuando la puerta se cerró, Roderic se puso de pie de un salto. Arrojó al aire un cojín y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Gané! ¡Gané! ¡Nadie, absolutamente nadie podrá conseguir una muchacha la mitad de bonita que ella! —El cojín había vuelto a caer en sus manos y él lo colocó en la silla de la cual lo había tomado—. ¡Gracias, tío Lenox! Siempre supe que eras un gran tipo; pero ahora me siento dispuesto a brindar mil veces en tu honor y a decir que no existe nadie como tú.

—Me siento muy honrado —repuso secamente el marqués.

—Por un momento me aterrorizó pensar que iba a dejarme con un palmo de narices; pero entonces tú, con mucha sabiduría, me advertiste que es una chica respetable. La verdad, a mí nunca se me hubiera ocurrido.

—¡Por supuesto que es respetable! —exclamó el marqués con voz aguda—. Lo que es más, no creo que nunca haya oído hablar de cortesanas y amantes. Y aun si hubiera oído sobre ello, dudo de que tenga la menor idea de lo que son y lo que hacen.

Roderic lo miró con fijeza.

—¿Hablas en serio?

—Creo, Roderic, que debes aprender a juzgar a la gente por lo que es, no por lo que aparenta.

—Pero ella viene sola. Llegó aquí sin nadie, pidió verte y dijo que quería trabajar como encargada de las perreras. ¿Qué se supone que debo pensar de ella?

Por un momento el marqués permaneció en silencio. Entonces dijo:

—Creo que tú mismo debes contestar a esa pregunta. Sólo te advierto, Roderic, que resulta evidente que ella escapó de su hogar, para esconderse. Si tú la asustas, como lo hiciste al hablar de la fiesta que se daría con motivo de esta bastante discutible competencia, volverá a huir, esta vez de aquí.

Roderic lanzó algo muy cercano a un grito de protesta. —¡No puedo permitir que haga tal cosa!

—Ten cuidado, entonces, con lo que dices, y aún más con la forma en que te portas.

Roderic reflexionó un momento antes de contestar:

—Si es tan respetable como dices, no va a gustarle conocer a la candidata de Watson, que él mismo ha descrito como una clásica cortesana francesa.

No esperó a que su tío hiciera ningún comentario, sino que continuó, como si hablara consigo mismo:

—Aunque nunca he estado en París he oído hablar de las cortesanas francesas. Sé que están muy por encima de las prostitutas comunes y que esperan ser cubiertas de orquídeas y brillantes por todo hombre que sea lo bastante rico como para darse el lujo de tenerlas como amantes.

De pronto recordó con quién estaba hablando y dijo:

—¿Por qué te estoy diciendo todo esto? Tú has estado en París y debes saber muy bien a qué me refiero.

El marqués, que lo había estado escuchando con una expresión divertida en los ojos, respondió:

—¿Me permites decirte que en Inglaterra no existe el equivalente real de una cortesana francesa y que Watson lo sabía perfectamente cuando retó a este grupo de jóvenes inexpertos, y bastante tontos, que no tenían la menor idea de lo que se trataba?

—¡Maldita sea! ¡Ese tipo es un tramposo!

—En realidad, fue una hábil acción fraudulenta.

Roderic se dejó caer en una silla, con aire petulante.

—¿Quieres decir que no tenemos ninguna maldita posibilidad de vencer a Watson?

—Por el contrario, tú tienes todas las probabilidades de hacerlo. De hecho, a menos que los jueces sean sobornados, Diona eclipsaría a cualquier cortesana francesa.

—¿Realmente lo crees, tío Lenox? —inquirió Roderic, otra vez entusiasmado—. Entonces debo convencerla... o más bien, ¡tú debes hacerlo!

—Yo no tengo nada que ver en el asunto —protestó el marqués.

—Pero debes ayudarme y sabes tan bien como yo que cualquier mujer estaría dispuesta a hacer lo que tú quisieras incluso saltar de un precipicio si tú se lo pides.

El marqués rió de buena gana.

—¿Tengo fama de ser capaz de eso?

—¡Claro que sí! ¿Qué fue lo que Edward dijo de ti el otro día? ¡Ah, sí! «Invencible en la guerra... invencible en la cama».

Al decir eso, notó que su tío fruncía el ceño y se apresuró a agregar:

—Me limito a repetir lo que Edward dijo, así que no te enfades conmigo. Por favor, tío Lenox, tú sabes que debemos derrotar a ese odioso *Sir Mortimer*. De otra manera, andará vanagloriándose de su triunfo por toda la calle St. James durante el resto del año.

—¡Ésa es una situación que debemos evitar a toda costa! —comentó el marqués—. Al mismo tiempo, no debemos confiarnos demasiado. No dudo de que Diona ganaría, sino de que quiera participar.

Sin esperar la respuesta de su sobrino, salió de la biblioteca. Cuando caminaba por el corredor, hacia el vestíbulo, sus labios, que con frecuencia estaban apretados en una línea de dureza, esbozaban uña leve sonrisa. Quienes lo conocían bien hubieran adivinado que se sentía completamente divertido.

## Capítulo 4

Cuando Diona bajó a cenar, sintió como si estuviera participando en una obra de teatro. Aunque su madre le había descrito con frecuencia las hermosas casas que había visitado de joven y donde algunas veces ella y su esposo se habían hospedado, no era lo mismo que ver con sus propios ojos algo tan impresionante y magnífico como la mansión solariega del Parque Irchester.

Aunque el dormitorio de Diona no era una de las habitaciones principales, era muy cómodo y atractivo.

La cama tenía un dosel circular por encima del centro y los cortinajes que descendían de él estaban atados con cordeles plateados a cada uno de los cuatro postes.

Miró a su alrededor con deleite y la anciana ama de llaves comentó en tono de desaprobación:

—Tengo entendido, señorita, que su equipaje consiste sólo en lo que contiene este chal.

Al oírla, Diona advirtió que un lacayo acababa de entregarle a una doncella más joven, tocada con una cofia blanca adornada de encaje y un delantal que hacía juego, su bulto de ropa, a través de la puerta.

—Me temo que sí —contestó Diona—. Como debía viajar rápido, no pude traer un baúl.

La señora Fielding apretó los labios y Diona dijo en tono de disculpa:

—Tuve que salir de casa muy de prisa.

Al comprender que ése no era asunto del ama de llaves, levantó la barbilla y dijo en el tono que estaba segura de que su madre habría usado:

—Le agradezco mucho su ayuda, y ésta es la casa más bella que he visto en mi vida.

Le pareció que la señora Fielding se tranquilizaba un poco. En seguida preguntó en un tono de voz diferente:

—¿Desea que su perro duerma aquí con usted, señorita?

—Sí, desde luego —contestó Diona—. Puedo asegurarle que no da molestia alguna y que está muy bien educado.

El ama de llaves sorbió, como si pensara que eso era bastante improbable, y Diona añadió:

—Lo tengo desde que era un cachorrito. ¡El me cuida y si algún ladrón tratara de entrar en mi habitación, le aseguro que puede volverse muy feroz!

Le pareció que el ama de llaves le dirigía una mirada extraña. Pero después, con una sonrisa, murmuró:

—Creo que es muy sensato de su parte, señorita, tenerlo con usted. Emily la atenderá. Por favor, pídale todo lo que necesite.

Después salió de la habitación casi como si fuera una reina y Diona sintió deseos de reír.

Cuando Emily la ayudaba a ponerse el vestido de muselina que venía dentro del chal, Diona pensó con tristeza que era una pena que su madre no estuviera con ella. Habrían podido reír juntas y admirar el contenido de la casa del marqués.

«Espero tener oportunidad de ver los cuadros y todo lo demás», pensó y envió una pequeña oración al cielo implorando porque el marqués aceptara contratarla y ella pudiera quedarse en ese lugar.

Entonces sintió mucho miedo de lo que el señor Nairn le había sugerido. ¿Cómo podía ir ella a Londres y asistir al tipo de fiesta que él había descrito?

Aunque no entendía con claridad lo que eso entrañaba, sabía que se trataba de algo que su madre no le habría permitido hacer. Pensó, también, que su plan lo complicaba todo.

Lo único que ella quería era trabajar en las perreras del marqués y asegurarse de que su tío no la encontrara nunca. En Londres corría el riesgo de que alguien la reconociera y eso sería desastroso.



Todo eso la atemorizaba.

Al mismo tiempo, resultaba un gran alivio saber que tenía un lugar donde dormir, al menos por esa noche, y que no sólo ella, sino también Sirio, estarían bien alimentados, sin que eso le costara nada.

Después de explicarle a Emily lo que Sirio podía comer, la muchacha bajó y Diona se dedicó a asearse. Cuando regresó, traía con ella un gran plato de carne fresca, recién picada, que provocó que Sirio diera saltos de contento.

Como Diona temía que pudiera hacer algo que molestara a la señora Fielding, extendió una toalla sobre la alfombra, antes que Emily colocara el plato. Sin embargo, estaba segura de que Sirio era tan cuidadoso para comer que no habría motivo alguno de queja.

Sólo después de haber descansado un rato, cuando estaba poniéndose su vestido blanco, se le ocurrió que el marqués y el señor Nairn estarían vestidos de etiqueta.

Aunque su vestido de muselina era muy bonito, no era lo que su madre habría considerado adecuado para la noche.

«Supongo que debí haberme negado a cenar con ellos» pensó Diona con temor, «y que debí haber pedido que subieran una bandea a mi cuarto». Comprendió que eso habría sido muy aburrido y que sería mucho más emocionante cenar con el marqués. Estaba segura de que su compañía iba a ser muy diferente de la de su tío. Durante las comidas que se ofrecían en su casa, *Sir* Hereward siempre monopolizaba la conversación, a menudo con quejas sobre algo o alguien que lo irritaba, sin esperar que los demás presentes en la mesa hicieran otra cosa que murmurar su asentimiento.

Diona podía recordar los atrayentes temas sobre los que sus padres y ella solían discutir y cómo les divertía competir entre ellos, en ingenio y conocimientos. Su padre siempre la alentaba a participar.

—Si hay algo que no resisto —había dicho en una ocasión—, son las jovencitas de expresiones vacuas que sólo parecen pensar en cuánta comida pueden llevarse a la boca.

—¡Jamás podrás acusar a tu hija de ser una de ellas! —había protestado la madre de Diona, riendo.

—Quiero que sea como tú, mi amor —contestó su padre—, bonita y mucho más divertida que cualquier otra mujer que yo haya conocido.

—Me encanta oírte decir eso —respondió su madre—, pero dale tiempo a Diona para aprender. Aún es muy joven, no ha viajado tanto como tú, no ha comenzado a vivir su vida de forma total.

—Ya aprenderá —contestó su padre—. ¡Entre tanto, que hable! No me gustan las campanas que no suenan, los pájaros que no cantan y las mujeres que no tienen nada que decir...

Los tres habían reído alegremente, y como en la casa de su tío no tenía oportunidad de hablar, Diona pensaba en su padre y sostenía conversaciones imaginarias con él.

«Ahora», pensó, «aunque no tenga oportunidad de decir mucho, cuando menos tendré a alguien interesante a quien escuchar».

El marqués la asustaba mucho; pero, al mismo tiempo, estaba segura de que valía la pena escuchar cualquier cosa que él dijera.

Y, desde luego, prefería escucharlo a él que al señor Nairn.

Dawson esperaba al pie de la escalera y ella pensó, aunque no pudo estar segura, que miraba con ligero menosprecio su sencillo vestido de muselina.

Como después de comprarlo había pensado que parecía barato, le había pedido a la costurera de su tío que agregara un volante de encaje legítimo que desprendió de un vestido de su madre. El encaje rodeaba sus hombros y se unía al frente, con las cintas de satén azul, de procedencia francesa, que también había añadido.

Le quedó encaje suficiente para hacer un ancho volante alrededor del ruedo de la falda, y aunque el vestido estaba lejos de semejar a uno de los elaborados trajes de noche que se ilustraban en *The Lady's Journal*, a Diona le parecía muy bonito.

El mayordomo la condujo al salón azul, donde una lámpara de cristal que pendía del centro del techo iluminaba el recinto con lo que parecían ser centenares de velas encendidas.

Eso hacía que toda la habitación pareciera inundada de una suave luz. Todo en ella brillaba de una forma que hizo acelerar el corazón de Diona, como si fuera el preludio de algo muy emocionante.

Entonces, al cruzar la alfombra de Aubusson hacia el fondo del salón, vio que de pie junto a la chimenea, que como era verano estaba llena de flores, se encontraban el marqués y Roderic Nairn.

Cada uno tenía una copa de champaña en la mano y cuando se volvieron hacia ella, advirtió la elegancia del marqués. Parecía aún más apuesto que su padre, cuando iba a un baile de cazadores o a cenar con alguien importante en el condado.

Su corbata blanca estaba atada de una forma complicada que Diona consideró novedosa. Destacaba blanca como la nieve contra su piel ligeramente bronceada por el sol, y las puntas de su cuello se elevaban por encima de ella.

La levita se ajustaba a su cuerpo sin una sola arruga, y notó que llevaba puestos los nuevos pantalones de tubo inventados por el Príncipe Regente, para evitar que los caballeros se vieran obligados a ponerse medias de seda y pantalones a la rodilla, en las ocasiones menos formales.

Roderic Nairn también estaba elegante, pero el marqués llevaba su ropa de manera más casual, como si fuera parte de sí mismo y él no se diera cuenta de ello.

Conforme avanzaba hacia ellos, ninguno de los dos caballeros habló, y sólo cuando llegó hasta el marqués y le hizo una leve reverencia, él exclamó:

—¡Buenas noches, Diona! Espero que la hayan atendido bien.

—Todos han sido muy bondadosos conmigo. Y Sirio le da las gracias por una espléndida cena.

El perro, al escuchar su nombre, movió la cola; pero se mantuvo detrás de Diona, como si en el nuevo lugar donde se encontraban debiera estar alerta, listo para protegerla.

—¡Sirio es un nombre extraño para un perro! —comentó el marqués.

—¿Extraño? —preguntó Diona—. Su señoría debe recordar que Sirio era el nombre del perro de Orión, que lo seguía siempre que salía a cazar.

El marqués enarcó las orejas. El conocía muy bien el origen homérico del nombre, pero le sorprendió que Diona lo supiera también.

—¡Me he olvidado de todo lo que aprendí en Oxford sobre los griegos! —comentó Roderic, como si eso fuera motivo de orgullo.

—Es una pena —señaló el marqués—, porque en ese caso no habrías advertido que Diona es un nombre inspirado en Diana, la diosa de la caza.

Diona rió con alegría.

—Es usted muy inteligente. Sí, mi padre pensaba en Diana al ponerme

ese nombre.

Los ojos del marqués brillaron de satisfacción.

—¡Veo, Roderic —le dijo a su sobrino—, que vamos a gozar de una velada muy intelectual! Es una pena que los jueces de *Sir Mortimer* no estén presentes.

—Me gustaría que la señorita Diona repitiera lo que acaba de decir, y cuando esté frente a ellos —contestó él.

Como Diona no quería arruinar la velada repitiendo que no tenía intenciones de participar en la competencia, cambió de tema diciéndole al marqués.

—Yo quería que Sirio se llamara «Tishtriya», como el perro celestial en forma de estrella adorado por los persas; pero papá argumentó que era un nombre demasiado complicado —se detuvo y al ver que el marqués la miraba con aire cínico, añadió—: después pensé darle el nombre de otro perro celestial, el chino «T'ien—kon», que ahuyenta a los malos espíritus.

¡Al decirlo pensó que «T'ien—kon» habría ahuyentado al tío Hereward!

—Creo que encontrará que mis perros tienen nombres muy ingleses —comentó el marqués—, por la simple razón de que es el encargado de mis perreras quien se los pone.

—¿Tiene usted dálmatas? —preguntó Diona con ansiedad.

—Dos, que ya se están poniendo bastante viejos —contestó el marqués—. Pero están muy bien educados y me interesaría compararlos con Sirio.

—Me sentiría muy desilusionada si resultaran mejores que él.

—Y yo me pondría furioso si él resultara superior —contestó el marqués.

Diona rió con una risa espontánea y natural que el marqués consideró muy diferente a la risa fingida de las mujeres con las que se relacionaba en Londres.

Entonces, como si de pronto se le ocurriera, Diona dijo:

—Le ruego que me perdone por no estar vestida de manera adecuada para cenar con su señoría, en su espléndida casa; pero salí de forma precipitada y tomé de mi guardarropa sólo unas cuantas cosas que podía transportar con facilidad.

Con una leve sonrisa burlona en los labios, el marqués respondió:

—¿Y usted cree que ese lindo vestido con el que llegó sería el más

adecuado para una empleada de las perreras?

Diona se ruborizó y el marqués pensó que tal vez había sido cruel con ella. Después de una leve pausa, Diona contestó:

—Apenas cuando venía hacia... aquí pensé en que podría...trabajar en las perreras. Por supuesto, si su señoría me... contrata, compraré ropa adecuada para el... trabajo.

El marqués no pudo responderle porque en ese momento Dawson anunció la cena.

Roderic le ofreció su brazo en el acto, diciendo:

—Creo que está muy bonita así, pero dudo de que los perros de mi tío puedan halagarla con tanta elocuencia como yo.

Diona se echó a reír y contestó:

—Si se vuelve demasiado elocuente, Sirio se pondrá celoso. Descubrirá que es muy feroz cuando me defiende.

—Me está poniendo nervioso —repuso Roderic.

Al mismo tiempo, pensó que cuando Diona reía parecía más encantadora de lo que podía imaginar que pudiera parecer cualquier francesa, por excelente que fuera como cortesana.

Sin embargo, estaba decidido a ser discreto y a no asustarla de forma alguna.

«Estoy seguro de que el tío Lenox la convencerá de que haga lo que quiero» se dijo lleno de confianza.

Llegaron al comedor y Diona lanzó una exclamación de deleite porque la habitación era muy hermosa.

Estaba pintada de verde pálido, el color tradicional de Robert Adam, el famoso arquitecto de fines de siglo, y tenía nichos en los muros, con estatuas de dioses griegos en su interior.

A cada extremo de la habitación había columnas jónicas que servían de apoyo al techo pintado, que mostraba a Venus rodeada de pequeños y regordetes querubines saludando a Neptuno que surgía del mar rodeado de sirenas.

La habitación estaba iluminada por grandes velas blancas colocadas sobre bases de madera tallada, que Diona estaba segura provenían de Italia o España.

Los candelabros que había sobre la mesa eran de plata y ella notó de inmediato que no estaba cubierta por un mantel blanco, según el nuevo estilo puesto de moda por el Príncipe Regente.

Como estaba tan excitada por todo lo que veía, cuando se sentó a la derecha del marqués exclamó:

—Mi padre me dijo que ahora era muy elegante usar la mesa bien pulida, sin mantel; pero nunca había visto una. Estoy segura de que así la plata destaca más, sobre todo sus hermosos candelabros de estilo Jorge I.

—¡Estoy de acuerdo con usted! Pero me sorprende que haya reconocido el estilo. En lo que se refiere a la plata, la mayoría de la gente encuentra difícil distinguir entre los tres Jorges.

—La plata de la época de Jorge I es de diseño mucho más simple —respondió Diona—. Por eso combina mejor con sus columnas jónicas.

El marqués estaba seguro de que esta charla dejaría en ridículo a cualquier mujer francesa que *Sir Mortimer* pudiera presentar. Sin embargo, en ese momento no le preocupaban *Sir Mortimer*, ni *Roderic*, ni la competencia entre ellos, sino cómo resolver el enigma que le planteaba Diona. Y tomaba nota de cuanta pista le daba.

Como *Roderic* sintió que no podía participar en ese tipo de charla comenzó a hablar de caballos y de las más recientes carreras celebradas en *Ascot*.

A Diona no le sorprendió enterarse de que el marqués había ganado la *Copa de Oro*. Había sido un final espectacular, con su caballo venciendo a su competidor, el favorito, por una cabeza.

—¡Me hubiera gustado verla! —comentó—. Siempre he anhelado ir a *Ascot*, aunque supongo que ahora ya no tendré la oportunidad de hacerlo.—

Esto le reveló al marqués que había planes para llevarla a *Ascot*, los que se habían venido abajo por alguna razón. A cada momento se sentía más intrigado. No cabía la menor duda de que era una dama; sin embargo, se preguntó a qué dama de esa edad le permitirían andar de un lado a otro, sin más compañía que la de un perro.

Además, ¿qué jovencita de buena cuna tendría el valor de lanzarse sola al mundo, a tratar de ganarse la vida, sin dinero y sin que sus familiares se lo prohibieran?

Era un misterio, pero él estaba decidido a resolverlo.

Sabía que la forma más fácil de hacerlo era dejar que Diona se traicionara a sí misma a través de sus palabras. Era muy astuto y estaba acostumbrado a interrogar a soldados que se habían mezclado en dificultades, tanto en Portugal como en Francia, y que invariablemente mentían, para hacer demasiadas preguntas.

En cambio, hizo que Diona hablara más sobre sí misma, discutiendo cuando ella decía algo, invitándola a explicarse y algunas veces obteniendo respuestas muy reveladoras.

—Sería muy tonto preguntarle si le gusta montar —observó en cierto momento—, pero, ¿se considera una buena caballista?

—Papá pensaba que era muy buena. Y como él era un jinete notable, supongo que no es vanidoso contestar «sí» a esa pregunta.

—¿Su padre participaba en carreras de caballos?

Notó que Diona titubeaba, temiendo que su respuesta fuera indiscreta. Pero finalmente, contestó:

—Con frecuencia participaba en carreras locales de punta a punta y en las de obstáculos, pero eso fue todo.

—Eso me hace recordar —señaló el marqués con aire reminiscente—, que debo organizar una carrera de obstáculos aquí, muy pronto. Ordené que repararan la pista, pero aún no la he usado y sería fácil instalar en ella saltos tan difíciles como los que tienen en la Gran Nacional.

—¡Ésa es una idea magnífica, tío Lenox! —exclamó Roderic—. Y si pudiera montar uno de tus caballos, creo que tendría una buena oportunidad de ganar.

—Si lo montaras con tus propios colores, sería considerado poco deportivo —contestó el marqués riendo.

—En ese caso —respondió Roderic, mirando a su tío con expresión astuta—, podría invertir en algunos buenos caballos.

—A juzgar por el actual estado de tu cuenta bancaria —comentó secamente el marqués—, creo que eso sería un grave error.

—Entonces supongo que me veré obligado a ser un simple espectador —repuso Roderic en tono complaciente.

Diona le sonrió a través de la mesa y Roderic le dijo:

—Si usted va a participar en esa competencia, le aconsejo que se arrodille ante mi tío Lenox y le pida que le proporcione un caballo.

Sus caballos son los mejores que existen.

—Así me lo imagino —comentó Diona—, y espero que me permitan cuidar de ellos si me necesitan.

El marqués se reclinó en su sillón.

—¿De veras piensa trabajar en las caballerizas, además de hacerlo en las perreras? —preguntó.

—¡No veo por qué no! —contestó ella en tono desafiante—. Los caballos reaccionan de forma más gentil al tacto de una mujer y algunas veces poseemos la magia que sólo los gitanos conocen y que es capaz de transformar un caballo salvaje en un animal tranquilo y obediente.

El marqués se mostró interesado.

—He oído que los gitanos son capaces de lograr que sus caballos hagan cuanto les ordenan —dijo—. ¿Conoce usted su fórmula o encantamiento?

Diona apartó la vista y él intuyó que estaba pensando si debía contestar su pregunta con la verdad o fingir ignorancia.

Cuando deseaba hacerlo, el marqués podía obligar a la gente, por medios que él consideraba que tenían su propia magia, a obedecerlo.

Por lo tanto, concentró sus pensamientos en Diona, hasta que ella volvió su cabeza, como si no pudiera resistir la fuerza que él le estaba enviando.

—Sé un... poco sobre sus formas... secretas de hacer que... sus caballos y sus perros... los sigan y hagan lo que ellos desean que... hagan —reconoció ella.

—¿Le confiaron sus secretos? —preguntó el marqués. Diona lo miró a los ojos y parpadeó.

—Se los confiaron a papá, a quien consideraban su amigo... y cuando tenían un buen caballo que vender... siempre se lo ofrecían a él... primero.

—¿Y no lo engañaban?

—No, por supuesto que no. Los gitanos jamás engañarían a un amigo y ellos nos consideraban sus amigos.

—¿Por qué?

—Acampaban en nuestras tierras y volvían año tras año. Nadie podía creerlo, pero jamás tocaron nada que fuera de nuestra propiedad.



Miró con fijeza al marqués para comprobar si le creía o no.

—Nunca perdimos una gallina, un pollo o un huevo —continuó. Cuando se marchaban dejaban todo limpio. La única prueba de su presencia eran las cenizas de sus hogueras:

Diona había vuelto la mirada hacia el pasado, recordando que todos los seres que entraban en contacto con su padre y su madre los habían amado.

Pensó ahora que la felicidad que irradiaba de ellos, hacía que los demás se sintieran felices a su lado.

Era muy diferente a las desventuras que había sufrido en la casa de su tío, entre la oscuridad y las sombras que la habían envuelto desde el momento mismo en que cruzó la puerta.

Sus ojos eran mucho más expresivos de lo que ella pensaba y el marqués, al observarla, pensó que a cada momento se acercaba más y más a su secreto.

Súbitamente volvió del pasado y sus ojos se encontraron con los de él. Por un momento pareció como si estuvieran hechizados, embargados por una extraña vibración.

No tenía ninguna relación con el lugar en el que se encontraban, o con quiénes eran, sino que parecía parte de la eternidad de la cual provenían.

Entonces Roderic rompió el encantamiento, tan delicado y frágil como una tela de araña, al decir:

—Volvamos a lo de las carreras de obstáculos. ¿Cuáles serán los premios, tío Lenox, y a quiénes invitarás?

—A varios amigos —respondió el marqués—, y por supuesto a toda la gente del condado que tenga caballos lo bastante buenos para participar.

Su respuesta le hizo comprender a Diona, casi como si el sueño en el que estaba viviendo hubiera sido roto, que una persona que ciertamente no iba a participar era ella.

La gente con buenos caballos sin duda incluiría a varios conocidos de sus padres, que no tardarían en reconocerla.

También asistirían los que habían ido a la casa de su tío cuando ella vivía allí, amigos de *Sir Hereward* que la habían observado con visible admiración.

Aunque no había tenido oportunidad de hablar con ellos a solas, y su tío invariablemente la hacía callar si trataba de intervenir en la conversación, sin duda alguna la recordarían.

No dijo nada, pero el marqués percibió que una espesa cortina parecía haber caído entre ellos y que Diona se había retirado a algún escondrijo secreto donde él no podía alcanzarla.

Sin embargo, eso lo hizo sentirse más decidido que nunca a descubrir qué significaba todo aquello. Jugueteeó con la idea de que Diona había huido de un novio en perspectiva.

Pero, gracias a su profundo conocimiento de las mujeres, sintió que estaba dispuesto a jurar que ella era tan inocente y virginal que ningún hombre la había besado siquiera y que sus instintos yacían aún dormidos.

Se daba cuenta de que aunque al principio lo había mirado con temor, después con cierto respeto y aun con admiración, no hacía ningún esfuerzo por atraerlo como hombre. Estaba seguro de que no lo hacía, porque no hubiera sabido cómo.

Lo mismo sucedía con Roderic. El estaba ansioso de charlar con ella, y hasta de coquetear, pensó el marqués, a la menor provocación.

Pero la forma en que Diona hablaba con los dos le confirmó que era tan inocente y natural que no encontraba nada extraño en cenar sola con dos hombres atractivos. Resultaba evidente que era tan joven e ignorante con respecto a las cosas mundanas, actuaba como lo habría hecho una niña en las mismas circunstancias.

Su admiración por la casa se repitió en su apreciación de la comida.

—¡Nunca había comido nada tan delicioso! —comentó, cuando terminaron de cenar

—Pero hay algo que no entiendo.

—¿Qué? —preguntó el marqués.

—Si usted tiene cocineros aquí y en Londres, como estoy segura de que debe ser, para preparar todos los días comidas como ésta, ¿cómo es posible que esté tan delgado?

Ella no trataba de halagarlo; era simple curiosidad de su parte y el marqués respondió:

—Hago mucho ejercicio.

—Supongo que ésa es la explicación —convino Diona—. Papá siempre se quejaba de que si teníamos muchos platillos con crema en la casa, eso lo hacía engordar y a él le gustaba sentirse ligero cuando montaba.

—Yo tampoco deseo ser muy pesado para mis caballos —contestó el marqués—. Y le aseguro que la comida del ejército, que me vi obligado a soportar durante varios años, era lo bastante desagradable como para lograr que me haya acostumbrado a comer con mucha moderación.

—Confieso que me mostré muy golosa esta noche —declaró Diona—. He comido mucho más de lo que debía... ¡pero disfruté de cada bocado!

Empezó a reír y Roderic rió con ella.

Los tres se dirigieron al salón, porque el marqués dijo que ni él ni Roderic sentían deseos de quedarse bebiendo su Oporto. Diona se acercó al ventanal de estilo francés, que daba al jardín, y se quedó de pie frente a él.

Su cabeza se perfilaba contra las estrellas y su esbelto cuerpo vestido de blanco parecía recortado contra el fondo de sombras del jardín.

El marqués la observó y pensó que bien podía haber sido un ser celestial que había descendido a la tierra, como lo hacían los dioses y diosas de los griegos, para atraer y desconcertar a los simples mortales.

Desde el punto de vista de Roderic, la dificultad residía en que Diona no parecía muy dispuesta a darle la ayuda que él necesitaba.

El marqués tenía la extraña sensación de que Diona podía desaparecer de forma tan inexplicable como había aparecido, sin advertirles de su intención.

Roderic se había reunido con Sirio, que exploraba el jardín, y el marqués avanzó hacia la ventana para quedarse junto a Diona.

Tenía la cabeza levantada, para contemplar las estrellas, y él le preguntó en tono un poco burlón:

—¿Está usted pidiéndole a Orión, y veo que su constelación está Por encima de su cabeza, que no le exija la devolución de su perro?

Había hablado en tono ligero y le sorprendió la profunda emoción que detectó en la voz de Diona cuando le contestó:

—¡Nadie... nadie... me quitará a Sirio! ¡Es mío, y no permitiré que nadie... le haga daño!

La fuerza de sus sentimientos pareció salir vibrante de ella y después de un momento el marqués dijo con suavidad:

—Lo dice como si alguien hubiera amenazado con hacerlo.

Diona miró hacia afuera para distinguir la figura blanca de Sirio contra la oscuridad de los arbustos.

—Prefiero... no... hablar de eso —le contestó, y después de un breve silencio, preguntó—: ¿Puedo pedirle un favor?

—Desde luego —asintió el marqués.

—¿Me promete no mencionarle a nadie, fuera de esta casa, que estoy aquí, o que tengo un dálmata conmigo?

—¿Cree usted que si lo hiciera podría resultar peligroso para Sirio?

—¡Sí... muy... muy peligroso! ¿Me lo... promete?

—¿No comprende que siento curiosidad por conocer la razón de lo que me pide?

—Perdóneme... si parezco misteriosa... pero para usted esto carece de... importancia... y para mí es muy... muy importante permanecer en el... anonimato.

—Por supuesto que respetaré sus deseos —afirmó el marqués—, pero si hago lo que usted me pide, ¿me prometerá algo a cambio?

Ella levantó los ojos hacia él y el marqués comprendió que estaba asustada. Como podía leer sus pensamientos, se percató de que temía que fuera a pedirle que hiciera lo que Roderic quería.

En cambio, le preguntó:—

—Si está usted asustada y piensa que yo puedo ayudarla de alguna forma, ¿acudirá a mí?

—¿Lo dice... en serio?

—Muy en serio —contestó el marqués—, y yo la ayudaré si es humanamente posible.

Escuchó el pequeño suspiro de alivio que pareció surgir de las profundidades de su cuerpo, antes que ella contestara:

—¡Gracias... muchas gracias! Yo sabía que estaba... en lo correcto cuando decidí acudir a usted... desde el momento en que vi... su casa.

—¿Qué quiere decir?

Por un momento pensó que no iba a contestarle. Luego, mirando otra vez hacia las estrellas, Diona dijo:

—Lo que papá llamaba mi «intuición» me indicó que debía venir a pedirle ayuda a usted, y no me... equivoqué.

El marqués comprendió, aunque ella lo había dicho con mucha sencillez, que era lo que él mismo sentía en los momentos de peligro, cuando se

encontraba en una posición en la que su cerebro por sí solo no parecía capaz de ayudarlo.

Era entonces cuando usaba su instinto o algo más poderoso. No existían palabras para describirlo, pero nunca le había fallado.

—¡Así que estuvo usted segura de que yo la ayudaría!

Diona se volvió para mirarlo de nuevo.

—¡Aún estaba muy... muy asustada! —admitió ella.

—¿Y ahora?

—Aún lo estoy... pero no de usted.

—Déjeme ayudarla a disipar todos sus otros temores —le pidió el marqués.

Ella negó con la cabeza.

—Nadie puede hacer eso... pero si pudiera... quedarme aquí por un poco de tiempo... Sirio y yo le estaríamos muy... muy agradecidos.

—Ya le he dicho que pensaré en la forma de ayudarla. No soy partidario de tomar decisiones precipitadas; pero, desde luego, entre tanto es mi invitada.

Vio que las estrellas parecían brillar en sus ojos cuando contestó:

—¡Gracias... muchas gracias! Esta noche me sentiré muy... agradecida de no tener que dormir en... un pajar o debajo de un seto... que es lo que me temo que... habría sucedido.

El marqués rió divertido.

—Creo que la cama del Dormitorio del Delfín, le parecerá mucho más cómoda.

Diona desvió la vista y dijo con voz muy baja, casi como si hablara consigo misma:

—Creo que mamá se sentiría muy... escandalizada ante el hecho de que me hospedara aquí... pero, por alguna extraña razón, siento que este lugar es el correcto para que yo esté... y que Dios me trajó... hasta usted.

Cuando Roderic retornó a la habitación Diona dijo, y nuevamente el marqués se sintió muy sorprendido:

—Espero, *milord*, que no nos considerará groseros si Sirio y yo nos retiramos a la cama. Me siento cansada. Ha sido un día muy largo y como muchas cosas me alteraron y me hicieron sentir... angustiada, ha resultado...

más agotador que cuando cabalgo mucho.

El marqués estaba acostumbrado a que las mujeres inventaran excusas para no dejarlo. Casi siempre se mostraban dispuestas a pasar la noche en vela, si él estaba presente. Se negaban a irse a la cama... a menos que él se fuera con ellas. Así que una vez más Diona le deparó una sorpresa. Sin embargo, se limitó a contestar:

—Creo que hace usted muy bien, Diona, y sospecho que en algún rincón de esa montaña de equipaje que trae, debe haber alguna prenda con lo cual pueda montar. Por lo tanto, le sugiero que se reúna con Roderic y conmigo a la hora del desayuno. En cuanto terminemos puede ayudarme a ejercitar mis caballos.

Por un momento Diona se quedó mirándolo.

Entonces emitió un pequeño sonido que expresaba con más elocuencia que las palabras lo emocionada que estaba.

—¿Habla en serio? —preguntó—. He traído una falda de montar, pero me temo que no voy a parecer muy... convencional.

—Nadie la verá, excepto los caballos, ¡y dudo de que ellos se quejen!

Ella rió suavemente y enseguida preguntó:

—¿A qué hora desayuna usted? Le prometo que no llegaré tarde.

—A las ocho —le informó el marqués—. Desde luego, si se queda dormida, Roderic y yo lo entenderemos y partiremos sin usted...

Bromeaba, pero Diona exclamó:

—¡Estaré levantada y vestida a las seis de la mañana, para no hacerlos esperar!

—Eso no es necesario —contestó el marqués—. Basta que le diga usted a la señora Fielding a qué hora desea que la despierten.

—¡Sí, por supuesto! —exclamó ella—. Me había olvidado. Es que en casa me despierto yo misma.

Ésta era otra pista, pensó el marqués. Eso significaba que en la casa de ella no había muchos sirvientes.

Sin embargo, por la forma en que Diona se había comportado durante la cena y por el modo en que se había servido de los diversos platos que se le habían ofrecido sospechó que estaba acostumbrada a que la atendieran.

Se había mostrado muy firme al rechazar los vinos que no deseaba, como

si fuera algo que estuviera acostumbrada a hacer todos los días. Ni siquiera se detenía a pensarlo, sino que lo hacía de forma automática.

Esto y muchas otras cosas que había dicho y hecho fueron la causa de que el marqués se fuera a la cama pensando en ella.

Cuando por fin se quedó solo en la oscuridad, se dijo que el enigma que Diona le planteaba era tan fascinante como cualquiera que hubiera encontrado en el pasado, y mucho más atractivo.

Pensó que tarde o temprano debería decidir cómo contratarla y eso plantearía muchas dificultades que él tendría que ir resolviendo.

No podía pagarle por cuidar a sus perros y, al mismo tiempo, cenar con ella en su comedor.

Si trabajaba en las perreras, sería imposible que viviera en lo que en la finca se conocía como «la casa grande».

Estaba seguro de que Diona aún no había pensado en esta dificultad, aunque sin duda alguna lo haría tarde o temprano. Se preguntó qué solución sugeriría ella.

También se percataba, sin que ella tuviera que decirlo, de que todo lo sucedido se relacionaba de algún modo con Sirio.

Jamás se había encontrado con una mujer cuya atención se distrajera cuando él hablaba con ella, porque estaba preocupada porque su perro estuviera bien, en lugar de tratar que él se le acercara más.

Un viejo truco que utilizaban todas las mujeres hermosas, para exhibir la larga línea clásica de su cuello, consistía en echar la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas.

Sin embargo, Diona lo había hecho con naturalidad, sin fijarse en que la estaba observando o en que su movimiento pudiera significar algo para él.

Al anunciar que se iba a la cama, había extendido su mano hacia él, diciendo:

—Gracias, *milord*, desde el fondo de mi corazón, por sus bondades. Esta noche ha sido una experiencia muy emocionante, que nunca olvidaré. Me fascinó su hermosa casa, de la cual espero ver más mañana. Y la cena estuvo deliciosa.

—Me alegro de que todo le haya gustado —contestó el marqués de forma convencional.

—Sirio también debe darle las gracias.

Le dio una orden al dálmata y el perro se sentó de inmediato sobre las patas traseras.

—¡Di «gracias», Sirio! —ordenó ella, y el perro inclinó la cabeza.

—¡Excelente! —exclamó el marqués—. Ya veo que está bien entrenado y, por supuesto, es muy sincero en su gratitud.

—Los dos le estamos muy agradecidos.

Diona sonrió, pero no había nada íntimo ni insinuante en sus ojos, sólo una sinceridad que parecía haber vencido ese temor que había sido tan evidente a su llegada.

Entonces le dio las buenas noches a Roderic, haciéndole una reverencia, los dos hombres cruzaron el vestíbulo para acompañarla hasta el pie de la escalera.

Les hizo una nueva reverencia y en seguida, como una niña, subió corriendo por la escalera, tratando de llegar antes que Sirio.

Cuando estuvo en lo alto, se dio vuelta para despedirse con la mano del marqués y de Roderic, quienes la observaban desde el vestíbulo. Fue un gesto feliz e impersonal, sin ninguna coquetería. Luego volvió a echarse a correr, esta vez por el pasillo que conducía a su dormitorio, siempre seguida por Sirio.

—¡Es perfecta! —exclamó Roderic—. ¡Perfecta! ¡Oh, tío Lenox, estoy ansioso por ver la cara de *Sir* Mortimer cuando la presente! El marqués no contestó.

Al caminar de regreso al salón tenía el ceño fruncido.

Por alguna inexplicable razón, le molestaba pensar que una jovencita tan inocente como Diona tuviera algún tipo de contacto con *Sir* Mortimer Watson.



## Capítulo 5

**S**imón entró en el desayunador donde su padre ya estaba sentado, a la cabecera de la mesa.

Al mismo tiempo que se servía enormes raciones de las fuentes de plata que había en el aparador, preguntó:

—¿Alguna noticia de Diona?

Por un momento Sir Hereward no contestó. Después gruñó:

—Ya volverá, cuando sienta hambre.

Simón se sentó a la mesa y comenzó a comer de esa forma ansiosa y descuidada que provocaba que Diona sintiera asco de verlo.

En ese momento Sir Hereward, que estaba abriendo su correspondencia, exclamó:

—¡Santo cielo!

—¿Qué sucede papá? —preguntó Simón con expresión de asombro.

—Casi no lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —preguntó Simón.

Sir Hereward volvió a leer la carta que tenía en las manos, como si no pudiera dar crédito a su contenido y de nuevo exclamó:

—¡Ésta es una carta de los abogados de tu tío Rarry, en la que me dicen que su madrina le dejó una fortuna a Diona!

—¿Una fortuna? —repitió Simón.

—¡Ochenta mil libras esterlinas, para ser exactos!

—¡Yo creía que ella no tenía dinero! —observó Simón con voz

quejumbrosa.

—¡Por supuesto que no lo tenía! —replicó Sir Hereward con voz aguda—. Pero su madrina, una mujer de la que yo nunca había oído hablar, le dejó esta enorme suma y los abogados, con toda razón, se han comunicado conmigo, puesto que soy su tutor.

—¡Pero tú no sabes dónde está! —comentó Simón.

Como de manera invariable Simón decía lo que resultaba evidente, Sir Hereward frunció el ceño y dijo, como si hablara consigo mismo:

—¡Ochenta mil libras! ¡Y la muchacha no tiene ni diecinueve años! Tengo la sospecha, Simón, de que esto va a beneficiarte.

—¿A mí, papá?

—Sí, a ti, hijo mío.

Al decir eso Sir Hereward sonrió de una forma muy desagradable, que habría hecho que Diona se sintiera alarmada si lo hubiera visto.

\* \* \*

**D**e regreso en la casa, después de recorrer el parque a caballo, Diona pensó que los últimos tres días habían sido los más felices de su vida.

No sólo había podido montar los soberbios caballos del marqués, sino que estar con él y con Roderic significaba un placer tan grande que la hacía saltar como resorte de la cama todas las mañanas, emocionada ante el comienzo de un nuevo día.

Después de desayunar, apostaban carreras a través de la llanura, cabalgando en el bosque y saltando una decena de setos.

Ahora volvían a la casa grande, para comer lo que Diona sabía que sería un almuerzo delicioso, con una charla tan brillante como el sol que resplandecía afuera.

Como había estado tan hambrienta intelectualmente desde la muerte de su padre, cuando se iba a la cama por la noche descubría que su mente daba vueltas y saboreaba no sólo todo lo que se había dicho, sino también lo que quería discutir al día siguiente.

Debía reconocer que la mayor parte de las discusiones se suscitaban entre ella y el marqués.

Pero Roderic sabía escuchar y de vez en cuando se ponía de parte de uno o de otro, lo que hacía las discusiones aún más interesantes.

Algunas veces, cuando despertaba por la noche, pensaba que debía estar soñando.

Sentía que si encendía una vela no vería la hermosa cama de cortinajes drapados del Dormitorio del Delfín, sino los cortinajes de terciopelo marrón oscuro del dormitorio que había ocupado en la casa de su tío, que constituían un símbolo de la carencia de colorido que había en el resto de la casa y en la gente que vivía en ella.

Como se sentía tan feliz, había comenzado a olvidar el temor que le inspiraba su tío y la amenaza de que Sirio fuera arrancado de su lado.

Le había encantado comprobar que los perros del marqués, estaban muy bien educados, como él había dicho, pero no tanto como Sirio. Aun los hombres de las perreras reconocieron que Sirio era un dálmata excepcional.

Ahora, viéndolo correr al lado de, los caballos, Diona pensó que el ejercicio que había hecho en esos últimos días había sido muy bueno para su figura y que ningún perro podría ser más hermoso ni más atractivo que él.

En ese momento el marqués le dirigió la palabra y cuando ella volvió la cabeza para mirarlo, pensó que los dos adjetivos podían aplicarse también a él.

—Creo que tengo tiempo, tío Lenox —estaba diciendo Roderic—, de recorrer la pista de saltos con este caballo antes del almuerzo. Quiero asegurarme de cuál debo montar en la carrera que piensas organizar.

El marqués sonrió, sin responder. Roderic, en lugar de cruzar el puente que conducía a la casa, galopó hacia la pista de carreras, que se encontraba del otro lado del parque.

—¡Es muy entusiasta! —comentó Diona cuando ella y el marqués frenaron sus caballos y los condujeron a paso lento, para cruzar el puente de piedra—. ¿Usted cree que tiene alguna probabilidad de ganar? —Antes que él pudiera contestar, ella empezó a reír—. ¡Supongo que puedo contestar mi propia pregunta diciendo!: ¡No, si usted va a competir!

—¿Está usted sugiriendo que debería darle ventaja a mis contrincantes?

—preguntó el marqués.

—Sí, por supuesto que debe hacerlo —afirmó Diona—. Es usted tan bueno en todo, que no nos da ninguna oportunidad a nosotros, los mortales ordinarios.

—Es muy halagador de su parte —contestó él—, y tengo la sospecha de que va a preguntarme si puede participar en la carrera de obstáculos, montando a «Campeón» o a «Mercurio».

Éstos eran los nombres de dos de los caballos que ella había montado y que la habían dejado más satisfecha; pero le sorprendió que el marqués lo hubiera advertido.

Entonces recordó que podría resultar muy peligroso que ella participara en la carrera de obstáculos y se limitó a contestar:

—Creo que mucho antes que eso suceda, debe usted decidir si quiere... contratarme, o si debo... buscar trabajo en otra parte.

Al decir aquello comprendió que todos los nervios de su cuerpo imploraban por no tener que marcharse de la mansión del Parque Irchester ni alejarse del marqués.

Habían llegado hasta la escalinata que conducía a la puerta del frente, antes que él contestara:

—Cuando se haya cambiado, Diona, deseo hablar con usted. Estaré en la biblioteca.

Ella lo miró llena de inquietud, pero como él estaba ocupado en desmontar, sus ojos no se encontraron.

Se apresuró a subir hacia su habitación, preguntándose con desesperación qué iría a decirle. Como tenía la impresión de que era importante, no perdió el tiempo ante el espejo. Sólo se limitó a quitarse algunos de los broches que habían mantenido sujeto su pelo cuando cabalgaba. Emily se dedicó a abotonarle el vestido de muselina blanca.

Aunque muy sencillo, era nuevo, y las cintas que le había añadido tenían el tono verde suave de los primeros brotes de primavera.

Antes de salir, pensando que debía haberse puesto el vestido de muselina estampada, que era más fino, Diona tomó dos capullos de rosa que había en un florero, sobre el tocador, y los prendió al frente de su vestido.

—¡Oh, están muy bonitas sus flores, señorita! —exclamó Emily. Diona le

sonrió, salió a la carrera de la habitación y bajó por la escalera para ir a buscar al marqués.

Como ella esperaba, estaba sentado en su sillón favorito, junto a la hermosa chimenea diseñada por el arquitecto Adam. Sobre la repisa estaba el escudo de armas de los Irchester, pintado en madera, con la cresta en alto.

Al caminar hacia él, Diona pensó que el marqués, tal como se encontraba en esos momentos, constituía un cuadro tan impresionante que debía ser pintado por algún gran artista y que su retrato debería estar colgado junto a los de sus ancestros, en la galería de pinturas.

No sonreía cuando llegó a su lado. Al observar una expresión muy seria en sus ojos grises, que ella no comprendió, se quedó de pie frente a él, sintiéndose un poco nerviosa.

—¿Qué... pasa? —le preguntó—. ¿Hice... algo... malo?

—No, por supuesto que no —contestó él, pero quiero hablar con usted respecto al futuro.

Diona sintió que una mano helada le oprimía el corazón.

—¿El señor Nairn sigue... preocupado por su... competencia? —preguntó.

—Me la ha mencionado varias veces —contestó el marqués.

—Me temo... que usted va... a enfadarse mucho conmigo —dijo Diona titubeante—, pero... por favor... no puedo hacer lo que él me pide.

—¿Por qué no?

—Creo que ni mi padre ni mi madre... lo aprobarían... además... no puedo ir a... Londres.

—¿Puede decirme la razón?

—No... no puedo... hacerlo.

Diona pensó que el marqués iba a enfadarse con ella y lo miró con ojos suplicantes, al mismo tiempo que decía:

—Por favor... por favor... trate de entender... usted sabe que me estoy ocultando... si voy a Londres, podría encontrar gente que me... reconociera.

Vio que la sorpresa se reflejaba en el rostro del marqués cuando comentó:

—Pensé que me había dicho que nunca estuvo en Londres.

—Así es —contestó Diona—. Pero... conozco gente que ha llegado de Londres... y si yo... representara el papel que el señor Nairn quiere...

Su voz se quebró. Como se sentía desconcertada y tenía miedo de que el

marqués insistiera, Diona cayó de rodillas junto al sillón.

—Por favor... ayúdeme... —suplicó—. Todo es muy confuso para mí... y he sido tan feliz... aquí con... usted.

El marqués la miró y ella tuvo la impresión, aunque él no dijo nada, de que extendía los brazos hacia ella y comprendía su predicamento.

Entonces habló con voz baja y tranquila, tuteándola por vez primera:

—Dices que has sido feliz conmigo, Diona. Como yo también me he sentido muy feliz contigo, tengo algo que sugerirte.

Los ojos de ella estaban clavados en los de él y Diona se preguntó por qué titubeaba, como si tratara de escoger sus palabras con mucho cuidado:

—Comprendo muy bien que estás escondiéndote de algo o de alguien, y espero que un día me confiarás tu secreto. Entre tanto, como no puedes continuar aquí de forma indefinida, voy a sugerirte que vayas conmigo a Londres, donde puedo ofrecerte un lugar seguro.

—¿A... Londres? —preguntó Diona—. Pero yo debo... trabajar.

—No en las perreras, por supuesto.

—Entonces... ¿qué puedo hacer?

Ella comprendió que el marqués pensaba muy bien lo que iba a decir.

—Tengo una casa pequeña donde Sirio y tú estarían muy cómodos y completamente a salvo. Yo no estaría todo el tiempo con ustedes, pero podríamos pasar muchos ratos juntos. De vez en cuando te llevaría conmigo a alguna de las casas que tengo en el campo, para que pudiéramos montar juntos.

El advirtió, al terminar de hablar, que Diona lo miraba asombrada, que sus ojos estaban fijos en los suyos, tratando de comprender lo que él estaba diciendo.

—Yo me sentiría muy segura con usted —dijo ella—, pero no sé... por qué quiere llevarme... a Londres... ni cómo podría ganarme la vida... allí.

El marqués extendió la mano hacia ella y después de un momento de vacilación, Diona le dio la suya. El la atrajo un poco hacia él y rodeó sus hombros con un brazo.

Cuando la tocó, ella pudo sentir que las vibraciones de él la traspasaban, como lo había sentido ya en otras ocasiones.

—Eres muy linda —declaró él con voz profunda—, y muy joven.

Necesitas que alguien cuide de ti.

La forma en que lo dijo produjo una extraña sensación en el pecho de Diona, que ella nunca había experimentado.

Entonces, como él seguía mirándola a los ojos, le pareció que crecía y crecía, hasta el punto de que llenaba el mundo entero y ya no existía nada más que él.

—Seremos muy felices juntos —murmuró el marqués con suavidad.

En ese momento se abrió la puerta de la biblioteca y Diona se puso de pie de un salto. El marqués también se levantó. Dawson entró en la habitación y anunció:

—¡Sir Hereward Grantley y el señor Simón Grantley, *milord!*

Diona lanzó un grito ahogado y Sirio, que había estado acostado en el suelo, junto a la silla del marqués, lanzó un gruñido.

Cojeando un poco a causa de su gota, y apoyándose en un bastón de empuñadura de marfil, Sir Hereward entró en la habitación. Avanzó hacia ellos y Diona se sintió petrificada.

Reinó el silencio hasta que Sir Hereward quedó frente al marqués. Sin embargo, no lo miró a él, clavó sus ojos en Diona y dijo.

—¡Así que aquí estás! ¡Bonito disgusto me has dado al desaparecer de esa forma vergonzosa!

Diona no se había atrevido a respirar siquiera desde el momento en que su tío fuera anunciado, y ahora temblaba de forma visible.

Sirio volvió a gruñir y como si ese sonido la hubiera vuelto a la realidad, contestó:

—Huí, tío Hereward... para salvar a Sirio... tú habías ordenado que lo... mataran. ¡Y yo no podía... permitir eso... no podía hacerlo!

—Debiste haber hablado conmigo sobre el asunto, en lugar de portarte como una tonta —replicó Sir Hereward. Entonces, como si recordara que ésa no era la razón por la que había acudido a buscarla, añadió—. Ya puedes volver a casa y si Sirio se porta bien, le perdonaré la vida.

Su cambio de tono era tan sorprendente, que Diona lanzó una exclamación ahogada.

Pero, como si no pudiera soportar el hecho de guardar silencio por más tiempo, Simón exclamó:

—¡Lo que papá quiere decirte es que ahora eres una heredera y puedes pagar lo que se comen tú y Sirio, así como las cuentas de tu padre!

—¡Cállate, Simón! —gritó Sir Hereward.

Se volvió para reñir a su hijo y al hacerlo pareció advertir la presencia del marqués. Extendió la mano al decir:

—Perdone, *milord*, por entremeterme en su casa de forma tan inesperada, pero apenas anoche supe que mi indisciplinada sobrina se encontraba aquí.

El marqués no estrechó la mano que Sir Hereward le extendía y se limitó a responder:

—Me interesaría mucho saber de qué se trata todo esto.

—Yo se lo diré —exclamó Simón impulsivamente—. Mi prima Diona acaba de heredar ochenta mil libras esterlinas... una fortuna que le dejó su madrina. ¡Imagínese... ochenta mil libras para una muchachita como ella!

—No sé de qué están... hablando —exclamó Diona.

—¡No es necesario discutir nuestros asuntos íntimos frente a extraños! —señaló Sir Hereward con voz aguda—. Hay un carruaje afuera, Diona, y tú vendrás a casa conmigo ahora. Más tarde te explicaré todo lo que necesitas saber.

—Lo siento... tío Hereward —contestó Diona—, pero no viviré ya... contigo... he sido muy... desdichada en tu casa, y aunque te lo supliqué... ordenaste que... mataran a Sirio. No puedo... arriesgarlo a una... cosa así... otra vez.

—¡Te he dicho que puedes quedarte con el perro! —exclamó Sir Hereward irritado.

—Puedes quedarte con él —dijo Simón—, ¡porque vas a casarte conmigo! ¡Y con ochenta mil libras puedes tener decenas de perros, si quieres!

De pronto Diona se sintió tan asustada, que con un esfuerzo logró murmurar:

—No... entiendo... nada de lo que... estás diciendo.

—¿Quieres callarte, Simón? —rugió Sir Hereward—. Deja esto en mis manos.

Simón había sido tan mimado por su padre que no le tenía el menor temor. Por lo tanto, no se sintió intimidado por la furia de Sir Hereward, sino



que se volvió hacia Diona y le sonrió de una forma que la hizo estremecerse de horror.

Era la misma sonrisa tonta que había visto en su rostro cuando trataba de besarla y la expresión de los ojos de ella era semejante a cuando había debido forcejear con él para liberarse.

Como Sir Hereward advirtió que había logrado hacer callar a su hijo, volvió a mirar al marqués.

—Mis disculpas, *milord*, por imponerle mis asuntos domésticos de forma tan desagradable —dijo—. Ahora voy a llevarme a mi sobrina y ella ya no le causará más molestias.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Diona se acercó un poco más al marqués.

—Como me he ocupado de los asuntos de su sobrina en estos últimos días —contestó el marqués en su tono más autoritario—, creo que merezco una explicación, Sir Hereward, sobre lo que planea para ella en el futuro.

—No veo razón para... comenzó a replicar Sir Hereward.

Pero, como si el marqués lo obligara a hacerlo, explicó después de una pausa:

—Mi sobrina es huérfana y estoy dispuesto a que se case con mi hijo, que con el transcurso del tiempo heredará mi título y mis propiedades.

—¿Y usted cree que su sobrina dará su consentimiento? —preguntó el marqués.

Era un claro desafío. El rostro de Sir Hereward enrojeció y la furia en su voz era inconfundible al contestar:

—Soy su tutor y, como su señoría bien sabe, por ley debe acatar los preparativos que he hecho para ella.

Como si todo el impacto de lo que decía su tío penetrara de pronto en la mente de Diona, comprendió que lo único que podía hacer era huir y ocultarse.

Puso en tensión todo su cuerpo para dar el primer paso y salir corriendo de la habitación. Instintivamente, el marqués se dio cuenta de lo que se proponía hacer y la asió de la muñeca. Como si la hubiera detenido en pleno vuelo, ella volvió la cabeza para mirarlo con expresión de reproche y él notó que estaba temblando de miedo.

Al mismo tiempo Sirio, como si entendiera lo que estaba sucediendo, comenzó a gruñir de forma amenazadora.

Los dedos del marqués apretaron la mano de Diona y ella sintió que la atraía un poco más hacia él, al decir:

—¡Me temo, Sir Hereward, que sus planes no son prácticos, porque Diona está comprometida en matrimonio conmigo!

Se produjo un profundo silencio.

Al mismo tiempo que Diona contenía el aliento visiblemente sorprendida, Simón gritó:

—¡No puede casarse con ella!... ¡Es mía! ¡Es mía! ¡Papá dijo que debe casarse conmigo!

El marqués no le prestó atención. Observaba a Sir Hereward, que se daba perfecta cuenta de la importancia de lo que acababa de oír, pero no sabía, por el momento, qué hacer.

Entonces, cuando dejó de escucharse la voz aguda e histérica de su hijo, declaró con voz ronca:

—¡Ella no puede casarse sin mi consentimiento!

—Me doy cuenta de ello —repuso el marqués con voz tranquila—, pero no creo que usted se lo niegue.

Los ojos de los dos hombres se encontraron y en tanto que Sir Hereward lo miraba con furia, la expresión de desprecio del marqués era inconfundible.

Y, como si Sir Hereward comprendiera que había sido derrotado, dijo:

—En estas circunstancias, sólo puedo esperar que su señoría advierta claramente lo que está haciendo y que no se sienta desilusionado.

El marqués no contestó y después de un momento Sir Hereward agregó:

—Me imagino que el siguiente paso es que nuestros abogados discutan el arreglo matrimonial.

El marqués continuó sin responder, ni invitó a sentarse a los dos hombres que se encontraban frente a él. Como si de pronto comprendiera que no era bien recibido, Sir Hereward exclamó:

—¡Esperaré noticias de su señoría!

Sin mirar siquiera a Diona, comenzó a caminar hacia la puerta con lentitud y sin mucha dignidad.

—¡Pero, papá —exclamó Simón—, tú me prometiste! ¡Dijiste que podía

casarme con Diona! ¿Cómo puede casarse con otro? ¡No es justo! Y a él no le interesa siquiera su dinero... ¡él tiene más que suficiente!

Sir Hereward no le contestó a su hijo. Llegó a la puerta y salió. Como la dejó abierta, pudieron escuchar la voz quejumbrosa de Simón que se perdía gradualmente en la distancia.

Cuando ya no fue posible escucharlos, el marqués soltó la muñeca de Diona y como si ella no resistiera estar más tiempo de pie, se acurrucó en el suelo, junto a Sirio, y lo rodeó con sus brazos.

Como si el animal adivinara que acababa de pasar por una crisis que la había dejado al borde del llanto, frotó su mejilla contra la de ella y dejó que Diona se aferrara a él.

El marqués se dirigió hacia la puerta.

—Saldremos para Londres inmediatamente después del almuerzo.

A Diona le tomó unos momentos asimilar lo que él había dicho.

—¿A Londres? —murmuró, pero descubrió que el marqués ya se había marchado.

\* \* \*

El marqués conducía a tal velocidad que resultaba imposible hablar. De cualquier modo, Diona se sentía agradecida por no verse obligada a hacer preguntas. Había bajado a almorzar sintiéndose más o menos dueña de sí. Por medio de un enorme esfuerzo de voluntad, se había negado a ceder a la tentación de arrojarse a la cama para llorar.

Cuando volvió a entrar en la biblioteca, encontró que Roderic estaba con el marqués; pero ella no sabía si él le había comentado algo sobre el desagradable drama que acababa de tener lugar.

Sólo sabía que no deseaba hablar de ello y como si el marqués comprendiera lo que sentía, durante el almuerzo sólo charlaron sobre las carreras de obstáculos que iban a celebrarse allí.

Le proporcionó a Roderic una lista de las reglas de la carrera y discutió con él a quiénes debía invitarse a participar.

Cuando la comida terminó, Diona estaba casi segura de que Roderic no tenía idea de que alguien había estado allí durante su ausencia

De manera extraña, pensó también, no había demostrado mucha curiosidad cuando el marqués dijo que volverían a Londres y que Diona iría con ellos. Tuvo la inquietante sensación de que Roderic pensaba que su tío hacía aquello por él, que la llevaba a Londres para que descansara y se preparara para la competencia con Sir Mortimer, que tanto parecía significar para Roderic.

«Deberé explicarle, tarde o temprano, que ya no estoy ocultándome» pensó, «y que como hija de mi padre no puedo complicarme en algo así».

Sin embargo, sentía que no podía dejar todo en manos del marqués. El la había salvado una vez, y estaba seguro de que volvería a hacerlo.

Al mismo tiempo, no tenía ninguna seguridad acerca de lo que él pensaba o sentía. Sólo sabía que no quería casarse con ella.

La sugerencia que le había hecho poco antes que llegara Sir Hereward la había sumido en el desconcierto. Trataba de comprender lo que él había querido decir. Aún podía sentir, con sólo recordar lo sucedido, las extrañas sensaciones que había despertado en ella no sólo por el tono de su voz, sino cuando la rodeó con sus brazos.

Pensó, aunque le parecía increíble, que si su tío no hubiera llegado en esos momentos, el marqués la habría besado. Se preguntó qué habría sentido si lo hubiera hecho.

Y, mientras continuaban avanzando hacia Londres, lo miró de reojo. El estaba concentrado solo en la conducción de los caballos; pero parecía tan abrumadoramente atractivo, que Diona se sorprendió deseando el contacto de sus labios.

Quería que la besara y estaba segura de que debía ser una sensación maravillosa. Los torpes avances de Simón la habían asqueado y al huir de él se había dicho que detestaba la idea de que la tocaran y nunca permitiría que ningún hombre la besara.

Pero ahora, si era franca, debía admitir que deseaba los besos del marqués y se preguntó con desesperación si, ahora que sabía quién era ella, trataría de volver a besarla.

Se daba cuenta, y aquí su instinto estaba trabajando, de que cuando el

marqués le había dicho a su tío que ella estaba «comprometida en matrimonio» con él, lo había hecho sólo como un recurso para salvarla del casamiento con Simón.

Estaba segura de que no era su intención casarse con ella. Entonces, cuando ya se acercaban a Londres, se le ocurrió algo y se preguntó cómo había podido ser tan tonta.

Lo que el marqués había sugerido era que deseaba cuidarla, mantenerla a salvo, bien escondida, pero no como su esposa. Debido a que era tan inocente, Diona no tenía idea de cómo un hombre le hacía el amor a una mujer.

Había visto la felicidad de sus padres y sabía que si alguna vez llegaba a casarse, eso era lo que deseaba encontrar con su esposo. Sin embargo, comprendía que había otros tipos de amor, y aunque todo lo que Simón hacía y decía le disgustaba, sabía que ella lo atraía como mujer, y que ésa era la razón por la cual deseaba tocarla y besarla.

El marqués había sido muy diferente; sin embargo, lo que le ofrecía no era el amor que ella estaba buscando... el amor que era bello, sagrado y parte del mismo Universo.

«Me ha salvado, pero no debo imponerme a él», se dijo.

No estaba segura de lo que debía hacer, pero temía que si no estaba con el marqués y bajo su protección, su tío volvería a tratar de casarla con Simón.

No podía imaginar nada más horrible ni degradante. La sola idea de casarse con su primo y encontrarse en una posición en la que él podría tocarla a su antojo, la hacía sentir como si la hubieran arrojado a un foso lleno de reptiles.

Debió haberse estremecido, porque el marqués volvió la cabeza para preguntar.

—¿Estás bien? ¿No tienes frío?

—No... claro que no —contestó Diona.

Un poco más adelante, cambiaron de caballos, pero el marqués sólo se quedó el tiempo suficiente para que quitaran los que llevaba y los sustituyeran por otros. De inmediato volvieron a ponerse en camino.

Roderic viajaba con Sam en otro faetón y Diona adivinó, sin necesidad de preguntarlo, que el marqués estaba decidido a romper su propia marca, si tal

cosa era posible, y a llegar a Londres mucho antes que ellos.

Cuando por fin llegaron a la Casa Irchester, Diona lo miró temerosa, preguntándose qué le esperaba allí.

Al entrar en el amplio vestíbulo, caminó delante de él, y vio a un anciano que avanzaba a su encuentro. Diona sabía, por las conversaciones que había escuchado entre el marqués y Roderic, que se trataba del señor Swaythling, el secretario del marqués, que administraba todas sus propiedades.

—¿Recibió mi mensaje, Swaythling? —preguntó el marqués.

—Sí, *milord*. El palafrenero que usted envió llegó aquí hace una hora, y media.

—¿Cumplió usted mis instrucciones?

—Todo está preparado ya, *milord*.

—¡Magnífico! —exclamó el marqués. Se volvió hacia Diona y dijo—: él es mi secretario, el señor Swaythling quien, con su acostumbrada eficiencia, ha logrado proporcionarte una dama de compañía, a pesar del poco tiempo de que dispuso para buscarla.

Diona extendió la mano y el señor Swaythling se la estrechó.

—Espero, señorita Grantley, que quedará satisfecha —le dijo—. Como supongo que deseará lavarse y cambiarse después de lo que debe haber sido un viaje tan precipitado, encontrará que nuestra ama de llaves, la señora Norton, le espera en lo alto de la escalera.

—Gracias —contestó Diona.

El marqués no había abierto la boca siquiera, como si tales preparativos no le interesaran. Diona subió por la escalera, sintiéndose sola y desventurada.

Sabía que su situación había cambiado, porque el señor Swaythling se había dirigido a ella por su propio nombre. La señora Norton hizo una reverencia y le dijo:

—Debe estar muy cansada después del viaje, señorita, a la velocidad que su señoría conduce siempre. Yo me moriría de miedo si viajara en uno de esos elegantes faetones nuevos que corren como el viento.

—Para mí fue muy emocionante —contestó Diona—. Pero siento que estoy muy sucia.

Se había puesto su mejor vestido y su mejor sombrero para viajar con el

marqués. Por lo tanto, no se sintió avergonzada de su apariencia cuando el ama de llaves la condujo a una amplia y atractiva habitación cuyas ventanas daban al jardín.

—Tengo entendido, señorita —estaba diciendo el ama de llaves—, que su equipaje se ha extraviado, pero las costureras estarán aquí antes de una hora.

Diona iba a protestar aduciendo que ella no podía gastar dinero en ropa, ni podía permitir que el marqués se la comprara, cuando de pronto recordó que ahora era rica.

Había estado tan preocupada por los sentimientos del marqués por ella y la forma en que la había salvado, que casi había olvidado que la razón por la que su tío había ido a buscarla era que había heredado una enorme suma de dinero de su madrina.

Le parecía increíble que después de haber sido insultada y menospreciada tantas veces desde que llegara a la casa de su tío, y después de haber oído criticar con frecuencia a su padre, porque había muerto endeudado, ahora fuera una mujer rica.

Recordaba muy bien a su madrina.

Lady Campbell había sido amiga íntima de su madre, aunque era mucho mayor que ésta. De hecho, al pensar ahora en ella, Diona se sintió segura de que debía haber tenido unos setenta años la última vez que la había visto.

Pensó que debió ponerse en contacto con ella después de la muerte de sus padres, en lugar de haber obedecido las órdenes de su tío y haberse ido con toda mansedumbre a vivir con él.

Pero no había visto a Lady Campbell desde dos o tres años antes de la muerte de su madre. Siempre le había enviado una tarjeta de Navidad, pero nunca pensó en escribirle, ya que vivía en Northumberland y a ella ese lugar le parecía cercano al fin del mundo.

«Durante todo ese tiempo, porque mamá la había querido y ella quería a mamá», pensó Diona «estuvo pensando en mí y me convirtió en su heredera».

Al volver la vista atrás, sintió deseos de haber actuado de manera diferente. Pero se había sentido tan desolada por la pérdida de sus padres, que no pudo hacer otra cosa que obedecer a su tío y soportar sus continuos insultos.

«He sido débil y cobarde», se dijo. «Papá jamás se hubiera comportado de ese modo».

Anhelaba, como tanta gente lo había hecho antes que ella, tener la posibilidad de retroceder en el tiempo. Si este dinero hubiera llegado cuando sus padres aún estaban vivos, pensó, cuánto lo hubieran disfrutado juntos. Hubiera podido comprarle buenos caballos a su padre, que le hubiesen ahorrado la tarea de tener que domar los caballos salvajes procedentes de Irlanda y que habían sido el instrumento de su muerte.

Habrían podido ir a Londres, como su madre deseaba, y ella hubiera podido ser una debutante, en el sentido real de la palabra.

Pero ahora era demasiado tarde, y ella pensó que el dinero, aunque le permitiría ser independiente, en otros sentidos no tenía importancia.

¡Entonces recordó algo que realmente importaba y que debía hacerse en el acto!

Como tenía prisa por ver al marqués, no se cambió de vestido. Sólo se lavó la cara y las manos y se peinó con la ayuda de una doncella.

Después, bajó corriendo por la escalera y un lacayo que se encontraba en el vestíbulo la condujo hacia el salón.

El marqués se encontraba de pie con la espalda contra la chimenea, y cuando ella corrió con ansiedad hacia él, con un sentimiento de intensa decepción comprendió que no estaba solo.

Una mujer atractiva, de edad madura, vestida con elegancia, se encontraba sentada en el sofá y lo miraba con franca admiración.

—¡Ah, aquí estás, Diona! —exclamó el marqués cuando ella llegó a su lado—. Quiero que le expreses tu gratitud a la señora Lamborn, una prima mía, que en cuanto se lo pedimos, vino de inmediato para actuar como tu dama de compañía.

Diona hizo una reverencia. La señora Lamborn extendió la mano y dijo:

—Estoy encantada de conocerla, señorita Grantley. Mi primo acaba de contarme que apenas esta mañana recibió usted la más maravillosa noticia que una muchacha puede recibir, y debo felicitarla.

—Yo siempre pensé que las herederas abundaban en este país —observó el marqués en tono desagradable, como si quisiera contrarrestar el entusiasmo que había en la voz de la señora Lamborn.



Ésta se echó a reír.

—Ésa es una creencia popular. La verdad es que la mayoría de ellas son muy feas y necesitan el dinero para parecer más atractivas. Esto, por supuesto, no es aplicable a la señorita Grantley.

—Gracias —respondió Diona, sintiendo que nada de eso tenía importancia. Entonces le dijo al marqués en un tono de urgencia—: por favor... ¿puedo pedirle que haga algo por mí que...me parece muy... urgente?

—¿De qué se trata? —preguntó el marqués.

—Si es cierto que tengo tanto dinero, aunque por el momento sólo me parece una ilusión, ¿puedo enviarle algo a las personas que debieron jubilarse cuando papá murió? El tío Hereward fue tan miserable con ellos que pienso que deben estar casi muriéndose de hambre. Lo mismo se aplica a los encargados de mi viejo hogar.

—Estoy seguro de que Swaythling hará cualquier cosa que tú le pidas.

—Entonces, ¿puedo ir a verlo ahora mismo?

—Por supuesto, si así lo deseas.

—¿En dónde puedo encontrarlo?

Como si ella fuera una niña exigente y él un adulto condescendiente, el marqués cruzó la habitación y Diona lo siguió. Al llegar a la puerta, el marqués se volvió hacia la señora Lamborn:

—Discúlpanos por favor, Noreen.

—Sí, por supuesto —contestó ella.

La condujo a través del vestíbulo, para recorrer después otro pasillo, y abrió la puerta de una oficina. El señor Swaythling, que se encontraba sentado ante su escritorio, se puso de pie al verlos aparecer, y el marqués le informó:

—La señorita Grantley tiene varias tareas que encargarle. Como llevará un poco de tiempo obtener el dinero que acaba de heredar, estoy dispuesto a servirle de banquero.

Diona lo miró con expresión consternada.

—Siento muchísimo causarle tantas molestias —se disculpó—, pero he estado muy preocupada por esta gente que sirvió tan bien a mis padres, y que tanto confiaba en nosotros.

Le pareció que los ojos del marqués se suavizaban antes de decir:

—En ese caso, sería un error dejarlos sufrir por más tiempo.

—Sabía que usted comprendería.

—Di al señor Swaythling qué es exactamente lo que quieres.

El marqués se habría marchado de la oficina si ella no hubiera extendido una mano para detenerlo, tomándolo del brazo.

—Más tarde quisiera hablar con usted a solas —le dijo.

—Por supuesto —contestó él—, pero creo que primero debes familiarizarte con la señora Lamborn. Ella puede ayudarte mucho.

A Diona le pareció que se dirigió a ella de forma diferente. Cuando se alejó, lo siguió con la mirada, sintiéndose perdida y solitaria.

La voz del señor Swaythling la hizo volver a la realidad:

—Por favor, siéntese, señorita Grantley, y dígame con exactitud qué es lo que quiere que yo haga.

\* \* \*

Ala noche siguiente, al irse a la cama, Diona se dijo con desolación que había perdido al marqués de una forma inexplicable.

Todo había pasado con tanta rapidez que aún no lo comprendía cabalmente. Desde el momento en que su tío los había encontrado en la mansión del Parque Irchester, Diona se dio cuenta de que todo había cambiado.

La primera noche que pasaron en Londres, los cuatro cenaron juntos, pero la señora Lamborn habló de gente desconocida para Diona, de personas que estaban emparentadas con ella y con el marqués.

Roderic estaba de malhumor porque el marqués le había informado que Diona no podía participar en la competencia. El muchacho le dijo con voz baja, para que la señora Lamborn no pudiera escucharlo, que había recibido instrucciones de no decir una palabra frente a su dama de compañía; pero él pensaba que lo habían dejado muy mal parado y que su tío se mostraba muy poco comprensivo.

—Debió haberme dejado dar otro vistazo por el campo, por si acaso había una lechera tan bonita como usted —murmuró—. Cuando menos, hubiera tratado de encontrarla.

—¿Está seguro de que el marqués no puede ayudarle? —preguntó Diona.

—Dijo que dejara las cosas en sus manos —contestó Roderic—. Pero, ¿cómo puedo hacer eso? Mis amigos se burlarán de mí si no presento a nadie. Diona sonrió.

—Si él dijo que dejara las cosas en sus manos, eso es lo que usted debe hacer. Estoy segura de que pensará en algo inteligente para vencer a ese hombre.

—Lo dudo —contestó Roderic.

En tanto que esta conversación tenía lugar en un extremo del salón, el marqués hablaba con la señora Lamborn en el extremo opuesto. Diona pensó que era un error que hablaran con voz baja, porque despertarían la curiosidad de la mujer.

Entonces se reunió con el marqués y su prima, aunque ellos no parecían particularmente deseosos de su compañía. De hecho, se sentía tan cansada después de todo lo que había sucedido, que se disculpó, diciendo que deseaba retirarse.

Primero llevó a Sirio al jardín. Aunque era pequeño, estaba bellamente arreglado y parecía perfecto, como todo lo que el marqués poseía, con una gran profusión de flores y altos árboles que se antojaban un poco extraños en Londres.

Después se fue a la cama, sintiéndose desventurada y una vez más, muy sola.

\* \* \*

Al otro día, desde las primeras horas de la mañana hasta ya muy avanzada la tarde, la señora Lamborn la llevó de compras.

Almorzaron solas, porque el marqués había salido, aunque volvió a presentarse a la hora de la cena, en la que Roderic no estuvo presente.

Una vez más pareció muy interesado en lo que su prima tenía que decirle, y Diona permaneció sentada en silencio. Le parecía estar en la casa de su tío, escuchándolo hablar de manera interminable sobre algo que le había molestado.

Pero Diona sabía que eso no era verdad.

Cuando menos podía mirar al marqués, escucharlo y sentirse intensamente consciente de que estaba allí y aunque él no le respondiera, ella se sentía vibrando hacia él, ansiosa de que notara su presencia.

Cuando se dieron las buenas noches, lo sintió aún más formal que la noche anterior, y cuando subió a su dormitorio, hubiera querido correr a esconderse.

Su sentido común le decía que sin duda el marqués se proponía presentarla en sociedad y, con ayuda de la señora Lamborn, iba a encontrarle un esposo. Eso era lo que toda debutante deseaba y ella era lo bastante inteligente para saber que éste debía ser el plan del marqués.

Había hecho preparativos para que se comprara hermosos vestidos y, según había deducido por los comentarios de la señora Lamborn, para que iniciara las presentaciones, como para ser invitada a cuanta fiesta tuviera lugar antes del otoño.

Aunque la temporada social ya comenzaba a agonizar, aún quedaban suficientes aristócratas en Londres como para que la animación continuara hasta mediados de julio.

Cuando la gente se diera cuenta de su existencia, como la señora Lamborn estaba segura de que sucedería, le invitarían a las reuniones de varios días que se celebraban en las casas de campo de los aristócratas, para muchachas de su misma edad.

Había muchas anfitrionas, según supo Diona, que poseían casas cercanas a Londres.

—Y, por supuesto —dijo la señora Lamborn con gran confianza—, el primo Lenox las conoce a todas.

Comenzó a hacer una larga lista de personalidades, pero Diona ya no la escuchaba.

«Todo lo que deseo», se dijo, «es poder hablar con el marqués, como lo hacíamos cuando estábamos solos en el Parque Irchester».

Como le causaba tristeza pensar en lo feliz que había sido cuando cabalgaban juntos y discutían sobre tantos temas interesantes, durante el almuerzo y la cena, dio vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

En ese instante percibió un extraño sonido que provenía del jardín, de abajo de su ventana.

Como sentía curiosidad por saber de qué se trataba, bajó de la cama y se asomó a través de la ventana abierta.

La luz de la luna aún no era muy fuerte, pero el cielo estaba cuajado de estrellas. Sin embargo, los árboles proyectaban sombras oscuras y resultaba difícil distinguir nada, como no fuera el perfil de los lechos de flores.

Entonces volvió a oír el sonido y le pareció el quejido de un animal.

Sirio se colocó sobre sus patas traseras y apoyando las delanteras en el alféizar, se asomó también. Como sucedía siempre que algo lo alteraba, lanzó un gruñido.

—¿Qué podrá ser, Sirio? —preguntó Diona.

El perro volvió a gruñir y ella continuó oyendo el leve gemido. Se sintió segura de que era un animalito, tal vez un gato, que había caído en una trampa.

Sin pensar, actuó como lo hubiera hecho en el campo. Se puso un chal sobre los hombros, que era todo lo que tenía para colocarse sobre el camisón, y después de abrir la puerta caminó por el corredor, con Sirio a su lado, hasta llegar a una escalera lateral, que ella había descubierto esa misma noche, cuando lo había sacado a dar una vuelta.

Conducía a una puerta situada entre el salón y la oficina del señor Swaythling, que daba al jardín. La llave estaba en la cerradura y ella corrió el cerrojo.

Cuando Sirio corría delante de ella buscando el origen del ruido que habían escuchado desde el dormitorio, Diona se detuvo.

Entonces lanzó un grito de terror que fue ahogado antes que saliera de su garganta.

Algo grueso y oscuro fue arrojado sobre su cabeza y sin que pudiera forcejear, sintió que la levantaban en vilo.

Con horror, Diona comprendió que dos hombres la transportaban a través del jardín.

## Capítulo 6

El marqués se acostó tarde y aunque estaba cansado, le resultó difícil conciliar el sueño. Había muchas cosas dando vueltas en su mente. Sin embargo, después de un largo rato se quedó dormido.

Despertó con un estremecimiento y advirtió que lo que le había sacado de su sueño era un sonido muy extraño.

Un animal rascaba y chillaba detrás de su puerta. Después se escuchó un ladrido y el marqués supo que se trataba de un perro.

Por un momento pensó que se encontraba en el campo y que era uno de sus propios perros. Entonces despertó por completo y comprendió que se trataba de Sirio.

Encendió una vela, bajó de la cama y abrió la puerta. Sirio, que continuaba rascándola, casi cayó dentro de la habitación.

Al ver al marqués dio un ladrido, se alejó a la carrera hacia el pasillo, se detuvo, miró hacia atrás, volvió y repitió la misma rutina.

El marqués habría sido muy tonto si no hubiera comprendido que algo andaba mal y que Sirio le estaba pidiendo que lo siguiera.

Volvió por su bata y se la puso. Tomó la vela que acababa de encender y siguió a Sirio hacia el dormitorio de Diona, que estaba un poco más adelante del suyo, en el mismo pasillo. Se preguntó qué podía haberle pasado y si estaría enferma.

Si así era, ¿por qué no había usado la campanilla para llamar a la doncella?

Al llegar a la puerta, Sirio no hizo ningún intento por entrar, aunque el marqués vio que estaba abierta.

Entró, y notó que la cama había sido usada y que una cortina estaba descorrida frente a la ventana abierta.

Pensó que aquello era muy extraño. Entonces volvió a la puerta y, una vez más, Sirio corrió frente a él, se detuvo y volvió la cabeza.

El marqués comprendió que algo andaba mal y, gracias a su gran percepción, tuvo la vaga sospecha de lo que podía ser. Corrió de regreso a su dormitorio y comenzó a vestirse.

Como si Sirio comprendiera lo que estaba haciendo, volvió a colocarse en la puerta chillando para expresar su impaciencia, pero lo aguardó.

El marqués se puso los ajustados pantalones de color champaña que usaba durante el día, introdujo los pies en las primeras botas altas que encontró en el fondo del armario y sacó una camisa blanca de un cajón.

Lo hizo con gran rapidez, porque en su época de soldado se había acostumbrado a vestirse en un abrir y cerrar de ojos, en emergencias tales como cuando el enemigo se acercaba.

Los chillidos de Sirio constituían un acicate y cuando terminó de ponerse la corbata, que anudó de cualquier modo y se colocó la levita, había superado su propia marca de velocidad.

Después abrió un cajón de la mesita de noche colocada junto a su cama y sacó una pistola. Era un arma de modelo reciente que siempre llevaba cuando salía de viaje.

Aún había salteadores de caminos y era muy conveniente ir siempre armado.

Deslizó la pistola en su bolsillo y echó a correr detrás del perro, que se había lanzado hacia el corredor en cuanto el marqués estuvo listo.

Para su sorpresa, Sirio no bajó por la escalera principal, sino por una de servicio, al fondo del corredor, que el marqués casi nunca usaba.

Cuando llegaron al final de ella y vio la puerta del jardín abierta comenzó a comprender, alarmado, lo que debía haberle sucedido a Diona.

Por un momento se quedó inmóvil en el escalón de la salida, como ella lo había hecho. Pero como Sirio corrió hacia las sombras proyectadas por los árboles, él sospechó que por allí había salido Diona o había sido obligada a

salir.

La habían llevado, pensó, a través de la puerta que se encontraba al fondo del jardín y que conducía a las caballerizas.

Había suficiente luz para que él viera que la puerta no estaba abierta. De haberlo estado, sin duda alguna Sirio la habría seguido. Pero aunque estaba cerrada, la cerradura había sido violada y entonces comprendió lo sucedido.

Al salir hacia las caballerizas, con Sirio a su lado, el marqués se preguntó adónde se la habrían llevado. Estaba seguro de que Diona había sido secuestrada y no tenía la menor duda acerca de quién era el responsable.

El marqués pensó entonces que había sido muy tonto al creer que un hombre como Sir Hereward se sentaría tranquilamente a aceptar que hubieran arruinado sus planes.

Le había sorprendido no recibir ninguna comunicación de sus abogados y ahora se daba cuenta de que eso debió haberlo puesto sobre alerta.

De pie en el centro de las caballerizas, se preguntó con desesperación qué podía hacer. Entonces, casi como si la propia Diona lo estuviera ayudando, recordó que Sir Hereward poseía una casa en Londres.

Se había enterado por simple casualidad. A los pocos días de su regreso de la guerra, una mujer muy hermosa le había dicho:

—Te espero a cenar mañana en la noche. No te resultará difícil encontrar mi casa en la calle del Parque. Es muy pequeña y está entre dos casas grandes e imponentes; una pertenece al Conde de Warnshaw, y la otra a Sir Hereward Grantley.

Se había reído al agregar:

—Aunque estoy apretada entre los dos, no necesitas ponerte celoso. ¡Ambos son viejos y feos!

Su casa, recordó ahora, estaba del otro lado de las caballerizas, que corrían paralelas a la calle del Parque. Apresuradamente partió en esa dirección, con Sirio a su lado.

Mientras caminaba, recordó algo más: la dama en cuestión, como cuidaba mucho su reputación, después de sus primeras dos visitas le había dado la llave de la puerta del jardín que había detrás de su casa.

A diferencia del suyo, el de ella era compartido cuando menos por diez casas más. Sin embargo, en todas las ocasiones en que él había entrado en la



casa por el jardín, desde luego, siempre de noche, nunca había visto a nadie.

Pensó ahora, mientras se movía con gran rapidez, casi corriendo, que sería un error tocar el timbre o llamar a la puerta de la casa de Sir Hereward. Con seguridad debía haberle advertido a los sirvientes que no abrieran la puerta, y sería imposible para él sólo entrar en la casa por la fuerza para comprobar si Diona estaba allí.

Pasó a través de la calle del Parque y buscó otra caballeriza, que según recordaba daba a la puerta del jardín que él usaba. La encontró sin dificultad, pero estaba cerrada con llave.

Pensó que si trataba de violar la cerradura, como Sir Hereward lo había hecho en su propio jardín, podría producir ruido y no quería llamar la atención.

Puso una mano sobre la cabeza de Sirio y dijo autoritario. —¡Siéntate, Sirio! ¡Siéntate!

El perro le obedeció y el marqués, sin mucha dificultad, escaló el muro de dos metros de alto y se dejó caer del otro lado. En seguida abrió la puerta del jardín por el interior y dejó entrar a Sirio.

El perro pareció comprender lo que se esperaba de él y avanzó en silencio junto al marqués, que caminó a la sombra de los árboles y los arbustos hasta cruzar el jardín en dirección de las casas del otro lado.

No le resultó difícil localizar la casa de Sir Hereward, y ahora, al mirarla, el marqués comprobó que su instinto lo había guiado hasta el lugar correcto.

Había luz en una habitación de la planta baja y, los cortinajes no estaban corridos.

Moviéndose pegado a los edificios, por si alguien miraba por las ventanas, lo cual era muy probable, el marqués avanzó a toda prisa. Pasó frente a las dos casas que lo separaban de la de Sir Hereward, hasta llegar a ella.

Sintió que la suerte estaba de su parte porque dos de los ventanales estaban abiertos y al acercarse pudo escuchar lo que se decía adentro.

Primero oyó la voz imprecisa de un hombre. De pronto, con toda claridad, escuchó que Diona decía:

—¡No me... casaré con él! ¡No lo haré!

\* \* \*

Diona había adivinado quién la había secuestrado cuando se sintió llevada en vilo a través del jardín. Casi no podía respirar a causa de la gruesa tela que le habían puesto sobre la cara y también porque los dos hombres que la llevaban se movían con mucha rapidez.

Entonces escuchó una voz que reconoció como la de su tío al decir:

—¡Cuidado con la puerta!

Los hombres se detuvieron un momento y ella supuso que estaban inclinando la cabeza para pasar. Su tío hablaba con voz baja, pero en el tono furioso que ella reconocía tan bien, exclamó:

—¡Quítate de mi camino, maldito perro!

Se escuchó un golpe y un chillido y Diona comprendió que había golpeado a Sirio con su bastón.

Después se escuchó el ruido de una puerta que se cerraba y ella supuso que aunque la habían sacado del jardín, Sirio se había quedado adentro.

En ese momento, aunque estaba temblando de miedo y se sentía casi asfixiada por el trapo que le cubría la cara, decidió que debía decir a Sirio que despertara al marqués, porque sólo él podría salvarla.

Desde que Sirio era muy pequeñito, se había divertido no sólo entrenándolo para que obedeciera su voz de mando, sino también tratando de que obedeciera sus pensamientos.

Su padre le había hablado de los asombrosos casos de transmisión del pensamiento tan frecuentes en la India. Le había explicado cómo los indios podían comunicarse entre ellos aunque estuvieran a cientos de kilómetros de distancia.

—No entiendo, papá —había dicho ella—. ¿Cómo pueden hacerlo? ¿Crees que sea posible?

—Los científicos saben, desde hace mucho tiempo, que existen ondas que dan la vuelta al mundo —contestó su padre—, y creo que podemos comunicarnos entre nosotros a través de ellas...o más bien, de la misma

forma.

—¿Cómo, papá? —preguntó Diona.

—Nuestros pensamientos salen de nosotros convertidos en ondas que podemos dirigir hacia alguien que deseamos que las reciba —contestó su padre—. Si es perceptivo y sensible, las comprenderá.

—Es una idea fascinante, papá —había dicho Diona—, y yo trataré de comunicarme contigo a través de mis pensamientos.

—Tu madre y yo lo hacemos con frecuencia. Algunas veces ella me contesta con la mente preguntas que ni siquiera llego a formularle en la boca.

Como Diana pensaba que su padre tenía más interés en comunicarse con su madre que con ella, había practicado con Sirio y después de algún tiempo comenzó a pensar que había tenido éxito.

Lo llamaba, sin emitir sonido alguno, y él acudía a ella a través del jardín.

No siempre obtenía el mismo resultado cuando trataba de ordenarle que hiciera otras cosas. Cuando los hombres la llevaban a través de lo que a ella le pareció una gran distancia, se preguntó con desesperación si él comprendería.

«¡Ve con el marqués! ¡Trae al marqués, Sirio!».

Sentía como si todos los nervios de su cuerpo estuvieran en tensión en su afán por llegar a él. Aún estaba tratando de pensar en algún modo de salvarse, cuando la subieron por una escalera y la condujeron al interior de una casa.

Se dio cuenta de que habían cruzado un vestíbulo; entonces la pusieron de pie y alguien le quitó la tela de la cabeza. Por un momento, debido a que se había sentido tan incómoda y acalorada, Diona tuvo dificultades para enfocar la vista. Por fin advirtió que se encontraba en un gran salón iluminado por muchas velas y que su tío y Simón estaban de pie frente a ella.

Aunque era lo que esperaba, se puso a temblar. Entonces se dio cuenta de que Simón la estaba mirando de la forma que a ella tanto le disgustaba y con gesto nervioso apretó el chal sobre su pecho, para cubrir mejor su camisión.

—¡Ya la he traído aquí —apuntó *Sir* Hereward—, así que será mejor que procedamos!

Hablaba con alguien que estaba detrás de ella y cuando Diona volvió la cabeza vio que un hombre, que había estado sentado al fondo de la habitación, avanzaba hacia ella.

Iba vestido de negro y Diona se preguntó quién podría ser. Era demasiado pequeño para haber sido uno de los hombres que la habían secuestrado y que ella estaba segura de que eran lacayos.

Ahora, al observarlo con mayor atención vio la muselina blanca que llevaba en el cuello y comprendió que era un sacerdote.

Lo que iba a suceder descendió sobre ella como una oleada de horror: estaba atrapada y resultaría imposible huir.

Entonces, como si una voz desconocida le dijera que tratara de ganar tiempo, lanzó un leve murmullo y de forma deliberada se desplomó lentamente, hacia el suelo.

Cerró los ojos con la esperanza de que su tío creyera que estaba inconsciente.

—¡Se ha desmayado! —gritó Simón—. ¡Mira lo que has hecho, papá! Está desmayada... ¿o muerta?

—¡Claro que no está muerta! —exclamó *Sir Hereward* con rabia—. ¡Trae un vaso de agua!

—¿De dónde? ¡No sé dónde está el agua! —contestó Simón.

—¡Pídeselo a uno de los sirvientes, tonto! —rugió *Sir Hereward*.

Diona oyó que Simón se alejaba con pasos torpes y pensó que no encontraría el agua con mucha rapidez. Ahora percibía con claridad la agitada respiración de su tío, que se había colocado junto a ella. Aún trataba de enviar mensajes pidiendo auxilio, pero ahora iban dirigidos al marqués.

Si Sirio le había obedecido, a estas alturas ya debía haberlo despertado; pero se preguntó con desesperación si al marqués se le ocurriría buscarla.

Ella sabía que su tío tenía una casa en Londres; pero casi nunca la usaba, excepto cuando tenía algún asunto que atender y pasaba allí la noche.

Nunca, desde que se fuera a vivir con él, la había llevado a la casa de Londres y pensó que como el marqués no lo conocía y su tío no tenía ninguna importancia social, no era probable que supiera dónde vivía.

Sin embargo, un leve rayo de esperanza la hizo intentar volver a alcanzarlo.

Tal como su padre le había dicho que lo hacían en la India, pensó en su grito de ayuda que volaba en una onda hacia él, y visualizó su rostro en el momento en que él lo recibía:

«¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Sálvame! ¡Por favor... sálvame! ¡Te... amo!».

Pero cuando trataba de transmitir estas dos últimas palabras, recordó que él no la amaba a ella y, como consecuencia, temió que no se daría cuenta de lo mucho que lo necesitaba.

Oyó a Simón que volvía y le escuchó decir a su tío:

—¿Es ésa el agua? Ahora, levántale la cabeza y trata de que la beba.

—¿Y si se ahoga? —preguntó Simón.

El sacerdote habló por primera vez.

—Yo lo haré —dijo.

Diona percibió que se había arrodillado junto a ella y supuso que Simón le había pasado el vaso.

Cuando colocó el brazo debajo de su cabeza y se la levantó, Diona advirtió que era casi tan repulsivo como su primo. Había algo desagradable, casi diabólico en él, y ella hubiera querido rehuir hasta el más leve contacto con aquel hombre.

Desde luego, parecía tener más experiencia que Simón. Oprimió el borde del vaso contra sus labios y aunque ella trató de no beber, al sentir que el agua se escurría por su barbilla y descendía hacia su camión, se vio obligada a tomar uno o dos tragos.

—¡Vamos, vamos! —exclamó *Sir Hereward* con impaciencia.

—Creo que está volviendo en sí, señor —observó el sacerdote.

—¡Si no, échele el agua en la cara! —ordenó *Sir Hereward*.

Como no deseaba que eso sucediera, Diona hizo un leve movimiento con las manos y empujó el vaso, alejándolo de su boca.

—¡Así está mejor! —dijo *Sir Hereward*—. ¡Ahora, levántate, y que no haya más dilaciones!

—¡Me... siento... mal... tío *Hereward*! —murmuró Diona.

—¡Te sentirás mucho peor si no haces lo que te ordeno! —contestó *Sir Hereward*—. Ayúdala a levantarse, Simón, y una vez que esté de pie, podemos comenzar el servicio.

Con movimientos torpes, Simón la levantó tomándola de un brazo, en tanto el sacerdote la tomaba del otro.

Como no tenía alternativa, Diona se puso de pie y levantó una mano para retirarse el cabello de la cara.

—Por favor, tío Hereward —suplicó—, déjame... ir a ponerme... algo... decente.

—Cuando estés casada podrás ir a traer tu ropa —respondió *Sir Hereward*—. Por el momento, no vale la pena que hagas esperar a tu futuro esposo.

Se estaba burlando de ella, como lo había hecho tantas veces antes en su casa y Diona protestó:

—¡Si te propones casarme con Simón, no... responderé! ¡No... me casaré con él!

Como consideró que no tenía nada que perder, continuó diciendo:

—¿Cómo te atreves... a secuestrarme de esta... forma escandalosa? Es un... abuso y tú lo sabes... muy bien.

—¡No me hables de ese modo! —gritó *Sir Hereward*—. ¡Eras una huérfana sin un penique cuando te recibí en mi casa, te alimenté, te vestí y pagué las cuentas de tu poco previsor padre... y ésta es la gratitud que recibo!

—¡No es falta de gratitud... estoy bien dispuesta a darte las gracias por lo que hiciste por mí, aunque fui muy desventurada en tu casa! ¡Pero no me... casaré con tu hijo que... como tú bien sabes, no es apto para... ser marido de... nadie!

Después de hablar, comprendió que era lo más provocativo que podía haber dicho, pero como se trataba de una batalla desesperada y no parecía haber esperanza de salvación para ella, le perdió el miedo a su tío.

Se dijo que preferiría morir antes que permitir que Simón la tocara. Si la casaban con él, se mataría antes que vivir como su esposa.

Enrojecido de rabia ante la insolencia de la muchacha, *Sir Hereward* la miró furibundo y le dijo al sacerdote con voz aguda:

—¡Comience el servicio... vamos, proceda con él!

—¡No me... casaré con él! ¡No lo...haré! —gritó Diona. *Sir Hereward* levantó su bastón.

—¡Entonces te golpearé hasta que lo hagas!

Se movió hacia ella y Diona lanzó un grito de terror.

De pronto se escuchó un ladrido y en seguida, Sirio saltó a través de la ventana y cayó en el piso. Al oír gritar a Diona, sin esperar a que el marqués saltara también, el perro la había cruzado para correr hacia ella.

Saltó al lado de Diona, ladrando de excitación porque la había

encontrado. Y en el momento en que ella lanzaba un leve grito, mezcla de sollozo y felicidad porque estaba allí, el marqués subió por el alféizar.

Le llevó un momento bajar las dos piernas para entrar en la habitación y mientras lo hacía, *Sir Hereward*, moviéndose con sorprendente rapidez, puso un brazo alrededor del cuello de Diona.

La arrastró desde el centro de la habitación, donde se encontraba, y se pegó a la pared, sosteniéndola delante de él a modo de escudo.

El marqués, ya de pie, se quedó observando la escena con desprecio.

El sacerdote y Simón lo miraban con franco asombro, y *Sir Hereward*, que casi ahorcaba a Diona por la fuerza con que la detenía, le dirigió una mirada de furia, al mismo tiempo que sacaba una pistola del bolsillo de su chaqueta.

—¡Está invadiendo mi casa, *milord!* —gritó—. Tenga la bondad de retirarse ahora mismo si no quiere sufrir lo que sería considerado como un lamentable accidente.

—¿De veras amenaza usted con dispararme? —preguntó el marqués.

—No vacilaré en hacerlo si interfiere —contestó *Sir Hereward*. Su pistola apuntaba al corazón del marqués.

Diona, que luchaba por respirar, porque el brazo de su tío le estaba oprimiendo el cuello, pensó con desesperación que lo decía en serio y que si el marqués trataba de salvarla, sería capaz de matarlo.

Por su mente cruzó la idea de que antes de permitir que eso sucediera debía ceder a los deseos de su tío y casarse con Simón. Quiso decírselo, pero al tratar de hablar debió moverse porque el brazo de su tío la oprimió aún con más fuerza y en lugar de palabras salió de su boca un grito de dolor.

Sirio, que la había estado observando sin comprender lo que sucedía, finalmente se dio cuenta de que la estaban lastimando. Saltó hacia *Sir Hereward* con la intención de morderle el brazo.

Éste levantó la pistola para ponerla fuera del alcance del perro. En ese momento, con la puntería de un tirador de primera categoría, el marqués, cuya mano había estado sosteniendo la pistola en su bolsillo, atravesó al brazo de *Sir Hereward* con un disparo.

La explosión sonó con fuerza y pareció retumbar repentinamente a través de la habitación.

*Sir Hereward* se tambaleó y con un grito de dolor dejó caer la pistola en el suelo. Soltó a Diona para llevarse la mano izquierda a la herida del brazo derecho y ella corrió hacia el marqués.

No pudo hablar, sólo se aferró a él como si fuera una balsa en un mar tempestuoso.

El marqués la rodeó con su brazo izquierdo y caminó con lentitud hacia atrás, en dirección de la puerta.

—¡Si alguno de ustedes está pensando en detenerme, no se lo aconsejaría!  
—les advirtió.

—¡Usted no tiene derecho a dispararle a mi padre! —gritó Simón, como si de pronto hubiera recobrado la voz.

El marqués no se molestó en contestar. Se limitó a mirar con desprecio al sacerdote, que se había arrinconado, con su libro de oraciones en la mano. Como si lo hubiera acusado de hacer algo ilegal, murmuró:

—¡No es culpa mía! ¡Yo sólo hice lo que él me dijo!

El marqués no se dignó contestarle a él tampoco. Sabía con exactitud el tipo de clérigo que *Sir Hereward* debió haber contratado.

Había muchos en Londres, sacerdotes sin escrúpulos que realizaban matrimonios donde se los pedían, si les pagaban lo suficiente, y después, al registrarlos, eran capaces de jurar que habían tenido lugar en un edificio consagrado, con el fin de hacerlos legales.

El marqués había llegado a la puerta y la abrió, con los ojos aún fijos en los tres hombres que se encontraban en la habitación. Para entonces, *Sir Hereward* se había desplomado en un sillón y la sangre escurría por la parte inferior de su brazo hacia la mano.

El marqués condujo a Diona hacia el vestíbulo. Había un lacayo junto a la puerta del frente, que los miraba con asombro. Cuando caminaron hacia él, el marqués notó que Diona estaba descalza.

Se inclinó, la tomó en brazos y cuando el lacayo abrió la puerta para dejarlos salir, le indicó:

—Será mejor que mande llamar a un médico. ¡Su amo se disparó por accidente!

No esperó la respuesta del lacayo. Descendió la escalinata con Diona en los brazos y salió a la calle.



Ella ocultó el rostro contra el hombro de él y el marqués pensó que estaba llorando; pero entonces advirtió que la mano de ella se aferraba con fuerza a la solapa de su chaqueta, como si tuviera miedo de soltarlo.

Era muy ligera y al marqués no le tomó mucho tiempo caminar de regreso por donde había llegado. Sirio los siguió, moviendo alegremente la cola, como si supiera que había sido muy inteligente al reunirlos de nuevo.

El marqués entró en su jardín a través de la puerta que había dejado abierta y como si se hubiera dado cuenta de ello, porque sus pisadas habían dejado de resonar en el empedrado de la calle, Diona levantó la cabeza.

—¡Viniste! —murmuró—. Yo estaba segura de que Sirio te diría... de algún modo... lo que me había... sucedido.

—¡Me lo dijo! —contestó el marqués con suavidad.

—Traté de... decirte... dónde estaba.

—Te encontré. ¡Y lo hice a tiempo!

Como si el temor de lo que pudo haber sucedido no la hubiera abandonado, Diona volvió el rostro contra el hombro de él, aún aferrada con fuerza a su solapa.

El marqués la llevó a la casa a través de la puerta del jardín, pero en lugar de subir con ella, la condujo por el pasillo hacia el vestíbulo del frente.

El lacayo de servicio nocturno dormitaba en un sillón acojinado, junto a la puerta.

Cuando a la luz de las pocas velas encendidas que aún ardían en los candelabros de plata, vio que aparecía su amo, se apresuró a ponerse de pie.

—¡Enciende velas en el salón! —ordenó el marqués.

El lacayo corrió a obedecer y el marqués llevó a Diona al salón. Una vez que las velas de dos candelabros ardían lanzando un alegre resplandor, le dijo al lacayo:

—Es suficiente.

El lacayo se marchó. Entonces Diona se volvió para mirarlo.

El cabello rubio caía sobre sus hombros y sus ojos brillaban como velas encendidas. Casi como si no pudiera creerlo, murmuró:

—¡Me... salvaste! ¡Me... salvaste!

—¡Te salvé! —repitió el marqués.

La puso de pie en el suelo, pero no la soltó. Sus brazos la siguieron

rodeando. La atrajo contra su pecho y su boca aprisionó la de ella.

Diona hubiera querido gritar ante la maravilla de ese beso. El marqués la besaba de forma posesiva y exigente, como si sintiera miedo de perderla y estuviera demostrándose a sí mismo que ella ya estaba a salvo, junto a él.

Fue tan hermoso como Diona había pensado que sería; tal vez mucho más, aunque sus labios eran duros y sus besos resultaron casi dolorosos. Sin embargo, ella no sintió miedo.

Sabía que eso era lo que deseaba, lo que había anhelado, y comprendió que no había perdido al marqués. Como ella era tan suave y pequeña, como sus labios eran dulces e inocentes, los besos del marqués se hicieron más gentiles y tiernos.

Y mientras él la besaba, Diona sintió que miles de relámpagos estallaban dentro de su cuerpo y también que él le estaba brindando todo lo que ella había pensado que era parte del amor, de un amor que había creído que no conocería nunca.

Era la belleza de las flores y las estrellas, la luz de la luna y su reflejo plateado sobre el agua.

Era música, la música que había escuchado en sus sueños; la luz y el amor que tanto había extrañado cuando dejó su casa para irse a vivir a la de su tío.

Era todo lo perfecto y que, sin embargo, se hallaba concentrado en un solo hombre.

Comprendió, a medida que él la besaba y continuaba besándola, que ella le pertenecía, que su corazón, su alma y su cuerpo, si él así lo deseaba eran todos suyos.

Sólo cuando él levantó la cabeza ella logró decir:

—Te... amo... y supe que el amor que te estaba... enviando, te traería a mi lado.

Sus palabras eran casi incoherentes y el marqués no contestó.

Volvió a besarla hasta que sintió que los relámpagos que estallaban dentro de su cuerpo se convertían en un fuego abrasador, cuyas llamas ascendían hasta sus labios para encontrarse con el fuego que parecía surgir de los labios del marqués.

Repentinamente, él volvió a levantarla en sus brazos y la llevó hacia el

sofá.

—Has pasado demasiadas cosas —dijo—. Te daré algo de beber ¡Dios sabe que los dos merecemos un trago!

Diona hubiera querido gritar que sólo lo quería a él, pero el marqués ya se había alejado de ella. Se dirigió hacia una mesa con bebidas situada en un rincón del salón, donde ella sabía que siempre había una botella de champaña en un cubo con hielo.

El marqués sirvió dos copas y le llevó una a ella. Se sentó en la orilla del sofá, contemplándola. La expresión de sus ojos grises la intimidó.

En ese instante recordó que sólo llevaba puesto un delgado camisón y que cuando el marqués la besaba, el chal de seda se había deslizado de sus hombros.

Trató de acomodárselo un poco mejor y el marqués sonrió.

—¿Quién podría creer que tantas cosas fantásticas hubieran podido sucederle a una persona tan pequeñita? —preguntó.

—Pero... llegaste... a tiempo.

—Debes agradecerlo a Sirio.

Sirio, que desde que entraran en el salón había estado tendido con aspecto satisfecho en la alfombra cercana a la chimenea, oyó su nombre y levantó las orejas.

—¿Te dijo él lo que me había sucedido? —preguntó Diona.

—Me lo dijo de forma muy elocuente.

Entonces Diona le explicó al marqués lo que su padre le había enseñado sobre la transmisión del pensamiento y sus experimentos con Sirio. Para su sorpresa, el marqués pareció comprenderla y estuvo de acuerdo con las ideas de su padre.

Por fin él se levantó y tomó la copa de su mano.

—Ahora, insisto en que te vayas a la cama —le dijo—. Te han pasado demasiadas cosas en una sola noche. Volveremos a hablar sobre ellas mañana.

—Yo... no quiero... dejarte.

—Lo sé, pequeña —contestó el marqués—, y yo tampoco tengo deseos de separarme de ti, pero debo ser sensato por el bien de los dos.

Dejó las copas a un lado. Y, extendiendo las manos, la ayudó a levantarse

y dijo:

—Además, debes pensar en Sirio. ¡El también necesita un sueño embellecedor!

Diona comenzó a reír, como había sido la intención del marqués.

De pie, sin zapatos, parecía muy pequeña. Levantó la vista hacia él, con los ojos muy grandes en su rostro pequeño, y el cabello cayendo en grandes ondas sobre sus hombros.

—Tenemos muchas cosas que decirnos; pero yo sé, aunque tú no lo confieses, mi adorada, que estás exhausta.

Diona sabía que era verdad, pero se sorprendió ante el hecho de que él se hubiera dado cuenta de ello.

El marqués volvió a tomarla en sus brazos.

—Puedo caminar —protestó ella.

—Me gusta llevarte en brazos —contestó él—, y eres tan ligera que pareces una de las ninfas que estoy seguro de que aún viven en el lago del parque.

—Yo también estaba segura de que estaban allí, pero no te lo dije porque pensé que me reprocharías el ser demasiado... imaginativa.

—Cuando era niño, yo sabía que las ninfas vivían en el lago y ahora que soy mayor sigo creyendo en ello.

El marqués se echó a reír y salió con ella en brazos. Cruzó el vestíbulo y subió por la escalera.

El lacayo de turno los miró con sorpresa.

El marqués llevó a Diona a su dormitorio y la depositó en el centro de la cama, le quitó el chal, la empujó suavemente hacia las almohadas y la cubrió con la ropa de cama.

—Duerme, preciosa mía —dijo—, y sueña con que estás a salvo para siempre. Sirio y yo nos encargaremos de que esto no vuelva a suceder.

Como no había palabras con las que pudiera decirle cuánto lo amaba, Diona se limitó a levantar los brazos.

El la besó hasta que ella sintió que la habitación daba vueltas a su alrededor y pensó que ascendían a través del techo, hacia el cielo tachonado de estrellas.

Diona hubiera querido que él continuara besándola, pero de pronto el

marqués dijo con voz ronca:

—Buenas noches, mi amor.

Desprendió las manos con que ella tenía rodeado su cuello y las depositó sobre el pecho de Diona. Mientras permanecía de pie a su lado, mirándola, la expresión de sus ojos la hizo sentir como si una luz los envolviera y que ya no se encontraban en la tierra, sino volando hacia las estrellas.

Entonces el marqués apagó las velas, salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Por un momento Diona no pudo creer que se hubiera ido. Había estado tan cerca de él, se sentía de tal modo parte de él, que era como si aún estuviera con ella, y ella con él.

Y, al cerrar los ojos, se encontró diciendo una y otra vez:

—¡Gracias... Dios mío... mil gracias! ¡Esto es amor, era lo que yo había deseado... siempre! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

## Capítulo 7

**D**iona despertó con una incontenible sensación de felicidad.

Permaneció acostada un momento, pensando en lo maravilloso que era todo, y en que nunca más volvería a sentirse tan asustada y solitaria como se había sentido antes que el marqués llegara a su vida.

Entonces vio que Sirio la estaba mirando por encima del borde de la cama y que había sido él quien la había despertado.

—Supongo que quieres salir —dijo.

Tiró de la campanilla y casi en el acto la doncella que la había atendido abrió la puerta.

—¿Puede hacerme el favor de pedirle a alguien que lleve a Sirio al jardín? —preguntó Diona—. Y por favor, pídales que permanezcan con él.

—Muy bien, señorita.

Sirio saltó alegremente hacia la puerta, porque sabía que iban a sacarlo, y Diona preguntó:

—¿Qué hora es?

—Casi las once, señorita.

Diona lanzó un leve grito de horror.

—¡No tenía idea de que era tan tarde!

—Su señoría ordenó que no la despertáramos.

Diona se sentó en la cama.

—¿Su señoría está abajo?

—No, señorita. Salió y dijo que volvería a la hora del almuerzo. La

señora Lamborn me pidió que le avisara que se había ido de compras.

Como para entonces Sirio ya había llegado casi al final del pasillo, la doncella se apresuró a salir.

Diona saltó de la cama y descorrió las cortinas: Después miró hacia el jardín y recordó la forma en que su tío la había secuestrado la noche anterior. Si no hubiera sido por Sirio y el marqués, a estas alturas ya estaría casada con Simón.

Se estremeció al pensarlo, pero de inmediato se dijo que todo eso había pasado ya.

Estaba segura de que su tío, herido en el brazo por el marqués, la dejaría en paz. Ya no existía razón para pensar en él o en Simón, ni en la desventurada época que había pasado en esa casa.

Sintió, como lo había sentido cuando vivían sus padres, que el sol brillaba con intensidad, que los pájaros cantaban y que todo era tan maravilloso como si se encontrara en un pequeño paraíso muy especial, sólo suyo.

Se puso uno de sus vestidos más bonitos, con la esperanza de que el marqués la admirara con él.

Pero, como no deseaba perder ni un momento de su compañía cuando volviera, bajó por la escalera a todo correr, seguida por Sirio, que había vuelto cuando ella se vestía, y se dirigió a la biblioteca.

Era una habitación muy diferente a la impresionante y amplia biblioteca del Parque Irchester. Había menos libros, pero se trataba de una biblioteca y ella comprendió que debía ser el lugar favorito del marqués.

Pensó que una de las razones era que allí había magníficos cuadros de caballos colgados en los muros. Los contempló pensando en lo bien que montaba el marqués y en el placer que significaba para ella montar a su lado.

La puerta se abrió y Diona se dio vuelta, expectante. Pero no era el marqués quien entró, sino una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida.

Estaba vestida con mucha elegancia, con un elaborado vestido que debió haber costado mucho dinero. Pequeñas plumas de avestruz de color azul pavo real adornaban su sombrero de copa alta.

Llevaba brillantes en las orejas y alrededor del cuello. Era tan espectacular, que Diona se quedó mirándola de una forma casi grosera, hasta

que la dama avanzó hacia el interior de la habitación. Entonces Diona recordó los buenos modales y le hizo una reverencia.

En ese momento advirtió que la recién llegada la miraba con inconfundible expresión de desagrado.

—¡Así que es cierto! —exclamó con voz aguda—. ¡Me dijeron que el marqués tenía una jovencita viviendo aquí con él, pero no lo creí!

Su tono era agresivo y Diona contestó:

—Sí, yo me hospedo aquí, pero tengo como dama de compañía a la señora Lamborn, prima de su señoría.

Le pareció extraño tener que explicarse ante esta dama, quienquiera que fuese.

Pero si pensó que eso iba a calmarla y a borrar la expresión de furia de sus bellos ojos, su explicación pareció surtir el efecto contrario.

—¿Quién es usted y de dónde ha salido? —preguntó la señora en un tono de voz aún más desagradable.

Como Diona se sentía desconcertada y la conducta de la mujer le resultaba incomprensible, contestó como si se sintiera obligada:

—Me llamo Diona Grantley y llegué a Londres con su señoría hace dos días.

—Imponiéndose a él, supongo —aseveró la dama—. Bueno, permítame decirle que su presencia aquí ha causado muchos rumores perjudiciales para su reputación. Con acompañante o sin ella, él es demasiado importante para tener mujeres jóvenes en su casa. ¡Cuanto más pronto se vaya, mejor!

—¿Que... me vaya? —preguntó Diona titubeante.

—Sí, ¡váyase!

—No... comprendo.

—¡Entonces, permítame aclararle las cosas! Soy Lady Sybille Malden. El marqués, sobre quien usted se ha impuesto con tanto descaro, y yo vamos a casarnos...

—¿A casar?.

Diona sintió que el techo descendía sobre su cabeza y la habitación se tornaba muy oscura.

—Sí, vamos a casarnos —repitió Lady Sybille—, y no puedo permitir que mi futuro esposo se convierta en el hazme reír de la gente. Supongo que no se



le ha ocurrido que una conducta así lo hará quedar muy mal ante los ojos de la alta sociedad.

—No... lo había... pensado.

—Bueno, ahora ya lo sabe —dijo Lady Sybille con brusquedad—, y cuanto más pronto se marche de aquí y vuelva al lugar de donde vino, ¡mejor será para él y para mí!

Miró a Diona con furia. El sol bañaba sus rubios cabellos y la preocupación parecía agrandar sus ojos de extraño color. Entonces, como si el hecho de ver esas cosas le hiciera perder por completo la calma, Lady Sybille golpeó el suelo con el pie.

—¡Ya oyó lo que dije! —gritó—. ¡Largo de aquí, váyase y no vuelva! ¡Su señoría me pertenece!

Habló con tanta vehemencia que Diona lanzó un pequeño grito y, sin responder, salió corriendo de la biblioteca, atravesó el vestíbulo y subió a su habitación.

Ahora sabía por qué el marqués no le había pedido que se casara con él. ¿Cómo había podido ser tan tonta como para pensar, cuando la besara la noche anterior, que él le pertenecía y podía estar a su lado para siempre?

De pie en el centro de su dormitorio, se preguntó con desesperación adónde podía ir. Ya sin la protección del marqués, comprendió que debía volver a esconderse. Entonces, como un niño que se ha lastimado, decidió que debía volver a casa.

Se le ocurrió que su tío podía encontrarla en la casa solariega; pero enseguida pensó que como él debió haberla buscado allí antes, cuando escapara de su casa, no se molestaría en volver a ese lugar.

«De cualquier modo, allí es donde debo ir» se dijo. «No existe otro sitio».

Cuando se disponía a dirigirse al guardarropa, vio sobre una silla una gran sombrerera circular, que había llegado esa mañana de la calle Bond. Contenía varios sombreros que la señora Lamborn le había comprado el día anterior.

Los sacó y descolgó varios vestidos de las perchas que había en el armario. Sin escogerlos, tomó los que estaban más a la mano para meterlos en la sombrerera. Después añadió su camisón y el cepillo para el cabello.

Cuando la caja estuvo llena, volvió a taparla y la aseguró con las cintas que tenía a los lados. Ahora era más pesada que cuando contenía los

sombreros; pero por fortuna los vestidos que había guardado eran muy ligeros.

Encontró el chal que había pertenecido a su madre y en el que había llevado sus cosas cuando escapó de la casa de su tío. Se puso un sombrero y sólo cuando tomó un par de guantes y un bolso de satén en el que llevaba su pañuelo, recordó que necesitaba dinero.

Por un momento se preguntó si podría prescindir de él. Mas, como si su mente se impusiera a sus emociones, descubrió cómo podía obtener lo que necesitaba.

Con la sombrerera en la mano y Sirio detrás de ella, bajó lentamente por la escalera. El lacayo que estaba de servicio se apresuró a tomar la caja y ella le dijo:

—Debo reunirme con la señora Lamborn en las tiendas. ¿Tiene la bondad de conseguirme un carruaje de alquiler?

—Puedo ordenar uno a la caballeriza, señorita —dijo el lacayo.

—No creo que sea necesario —contestó Diona—. La señora Lamborn debe haberse llevado uno y me tomará sólo unos minutos reunirme con ella.

—Es cierto, señorita —reconoció el lacayo.

Abrió la puerta del frente y salió a la calle del parque en busca de un carruaje de alquiler. Diona se dirigió a toda prisa hacia la oficina del señor Swaythling. Abrió la puerta y encontró, como esperaba, que el secretario estaba sentado frente a su escritorio. Cuando él la vio, se puso de pie con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Grantley. ¿Puedo servirla en algo?

—¿Podría darme dinero en efectivo? —preguntó Diona.

—¡Por supuesto! —contestó él—. ¿Cuánto necesita?

—Debo comprar varias cosas caras esta mañana —contestó ella—. ¿Podría darme veinte libras?

Advirtió que el señor Swaythling enarcaba las cejas, como si le sorprendiera lo elevado de la cantidad, pero contestó con cortesía:

—Sí, por supuesto, pero creo que le resultará más cómodo no llevar todo en monedas, sino quince libras en billetes.

—Me parece una buena idea —contestó Diona, abriendo el bolso de satén que colgaba de su muñeca.

El señor Swaythling depositó en su interior los billetes, más cinco soberanos de oro.

—Tenga cuidado con los ladrones —le advirtió en tono de broma.

—Lo haré —contestó Diona— y muchas gracias.

—Espero que encuentre todo lo que desee.

Cuando Diona salió, el hombre volvió a sentarse ante su escritorio.

Al llegar al vestíbulo, comprobó que el lacayo ya había traído el carruaje de alquiler y había colocado la sombrerera en su interior.

—Deseo ir a la tienda de Madame Bertin, en la calle Bond —dijo Diona, y el lacayo le transmitió la orden al cochero. Un momento después el carruaje se puso en marcha.

Como el día era cálido y soleado, el carruaje iba descubierto y tan pronto como avanzaron un poco, Diona levantó la voz para indicarle al cochero:

—He cambiado de opinión. ¿Tiene la bondad de llevarme a «El Oso Blanco», en Piccadilly?

El cochero se volvió al escucharla y asintió con la cabeza para indicar que comprendía. Diona pensó que era una suerte que supiera dónde podía alquilar una diligencia. Se había enterado por casualidad. Cuando Roderic llegara con Sam veinte minutos después de que ella y el marqués volvieran del campo, había dicho:

—¡Claro que nos derrotaste! Tú traías mejores caballos. ¡Los que Sam traía eran tan lentos, que creo que me hubiera ido mejor en una diligencia de «El Oso Blanco» en Piccadilly!

—¡Estás insultando a mis caballos! —replicó el marqués. Roderic se echó a reír.

—Estoy furioso porque tú conduces mejor que nadie, cómo bien lo sabes.

—Ahora me halagas —replicó el marqués—, lo cual me hace sospechar que te propones pedirme algo a cambio.

Todos habían reído y Diona pensó, como lo había hecho con frecuencia antes, que era agradable oír a los dos hombres bromeando entre ellos.

Debido a que era un nombre extraño para ella, «El Oso Blanco» se le había grabado en la mente.

Cuando el carruaje de alquiler entró en el patio, no dudó que, como se había cubierto de forma tan hábil, ni su tío ni el marqués podrían encontrarla.

«Tal vez no desee verme más, o quizá piense que es su deber descubrir qué me ha sucedido», se dijo.

Pero comprendió que ya no podría soportar sus bondades, ahora que sabía la verdad.

«Va a casarse», .continuó diciéndose, «va a casarse con esa hermosa dama y yo fui muy tonta al pensar, siquiera por un momento, que podía significar algo para él».

Le pagó al cochero y contrató una diligencia tirada por dos caballos. Era cara, pero eso no le importó. Diez minutos después, con Sirio junto a ella, cruzaba las agitadas calles londinenses, antes de salir a campo abierto.

Regresaba a su casa porque era el único lugar al que pertenecía. Pero sabía que había dejado el corazón junto al marqués, que iba a casarse con Lady Sybille.

\* \* \*

¶ Cuando el marqués entró en el Club White, Roderic corrió hacia él. Estaba visiblemente emocionado y se lo llevó a un lado para preguntarle con voz muy baja, conteniendo apenas su emoción:

—¿Cómo lo lograste? ¿Cómo pudiste ser tan astuto?

El marqués sonrió.

—Me imagino, por lo que estás diciendo, que el concurso de Sir Mortimer, ya no tendrá lugar.

—Acaba de informarnos que, debido a circunstancias imprevistas, que no podía explicar, debía retirar su apuesta.

—¡Magnífico! —exclamó el marqués.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo lograste que fuera cancelado? —preguntó Roderic.

—Creo que es mejor olvidar el asunto.

—No puedes dejarme sumido en la curiosidad por el resto de mi vida.

Como si el marqués comprendiera que ésa era una crueldad, dijo:

—En realidad, debes darle las gracias a uno de mis amigos, que descubrió

a quién trataba de presentarles Sir Mortimer.

—Una cortesana francesa, ¿no?

—¡Exacto!

—Pero tú la convenciste de no venir a Inglaterra.

—Uno de mis amigos la convenció de que París era más divertido... ¡sobre todo porque él está allí! —concluyó el marqués. Roderic lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Tío Lenox, eres un genio, y te estaré eternamente agradecido por salvarme de una humillación! Por cierto, mis amigos te lo agradecen mucho. ¡A ellos también les resultó imposible encontrar alguien en el campo, o en Londres, que fuera tan hermosa como inteligente!

—La próxima vez ten cuidado con Sir Mortimer y no le aceptes ninguna apuesta.

—Así lo haré, puedes estar seguro.

—Me alegra haber podido ayudar —sonrió el marqués, y se alejó para hablar con un amigo que lo llamaba.

No se quedó mucho tiempo en White. Se apresuró a regresar a la Casa Irchester, pensando en Diona y sintiendo gran urgencia por verla. Hubiera querido hacerlo desde que despertó; pero comprendió que después de una noche tan terrible como la que había pasado, era importante que descansara.

Ahora su necesidad de ella pareció intensificarse, casi como si Diona estuviera comunicándose con él, como lo había hecho cuando su tío la había secuestrado.

Sin advertirlo, el marqués urgió a sus caballos para que corrieran más aprisa. Al llegar a su casa y ver que el señor Swaythling lo esperaba en la entrada, lo embargó el repentino temor de que algo malo sucedía.

Cuando bajó del faetón para reunirse con su secretario, éste entró con él en el vestíbulo y dijo con voz baja:

—¿Tiene la bondad de acompañarme a mi oficina, *milord*? Debo decirle algo.

—Sí, por supuesto —aceptó el marqués.

Entró en la oficina en silencio y cuando la puerta se cerró, preguntó con voz aguda:

—¿Qué sucede?

—Pensé que querría usted saber, *milord*, que Lady Sybille Malden está aquí hace ya más de una hora.

Advirtió que los ojos del marqués se oscurecían y continuó:

—Cuando llegó, entró en la biblioteca, aunque un lacayo trató de conducirla al salón. La señorita Grantley estaba allí.

El marqués se puso tenso, pero no dijo nada, y el señor Swaythling continuó:

—Tal vez me preocupe sin razón *milord*, pero la señorita Grantley vino a verme veinte minutos después de la llegada de Lady Sybille y dijo que se proponía ir de compras. Me pidió veinte libras. Yo no encontré nada extraño en ello, hasta que la señora Lamborn regresó hace unos minutos y dijo que la señorita Grantley no se había reunido con ella, como pensé que iba a hacerlo.

—¿Cómo se fue de aquí? —preguntó el marqués.

—En un carruaje de alquiler, *milord*.

—¡Cómo! ¿No hay suficientes carruajes y caballos en las caballerizas?

—El lacayo afirma que él sugirió traer un carruaje de allí, pero que ella dijo que no era necesario, porque iba a reunirse con la señora Lamborn. Eso es lo que me preocupa, *milord*.

El marqués preguntó con el ceño fruncido:

—¿La señorita Diona se llevó algo con ella?

—Llevaba una sombrerera grande —contestó el señor Swaythling—. El lacayo dijo que pesaba bastante. Y, desde luego, llevaba su bolso de mano.

En ese momento llamaron a la puerta. El señor Swaythling cruzó la habitación para abrirla. Afuera se encontraba la doncella que atendía a Diona.

—Perdone, señor Swaythling —dijo— pero tengo entendido que su señoría está con usted y pensé que debía entregarle esto ahora mismo.

—¿Qué es? —preguntó el señor Swaythling.

—Una nota que encontré en el tocador del dormitorio de la señorita Grantley. No sabía que había vuelto a subir y acabo de encontrarla.

—Gracias —repuso el señor Swaythling tomando la nota.

Cerró la puerta de la oficina y se la entregó al marqués. Al hacerlo, sintió que había estado en lo cierto al pensar que la señorita Grantley no había ido de compras como había dicho.

El marqués abrió la nota, que era muy breve:

*Gracias por salvarme del tío Hereward, y gracias por todas tus bondades. Espero que seas muy feliz, pero como comprendo que te hago daño quedándome aquí, Sirio y yo vamos a escondernos donde nadie pueda encontrarnos. No te preocupes por mí. Estoy segura de que no me sucederá nada.*

*Muchísimas gracias otra vez,  
Diona.*

El marqués la leyó dos veces. Entonces dijo con una voz que el señor Swaythling, que lo conocía hacía tanto tiempo, casi no reconoció:

—Si estuviera solo en el mundo y decidiera esconderse, Swaythling, con veinte libras como único capital, ¿adónde iría?

El señor Swaythling permaneció un momento pensativo. Después dijo:

—No puedo imaginar adónde iría la señorita Grantley en estas circunstancias. Ella ya no tiene un hogar y...

No pudo continuar. El marqués lo interrumpió al exclamar:

—¿Qué domicilio le dio el otro día cuando le pidió que le enviara dinero a los pensionados de su padre?

El señor Swaythling buscó entre la pila de papeles que había sobre su escritorio, hasta que encontró lo que necesitaba. Se lo entregó al marqués, que lo tomó y de inmediato se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va usted, *milord*? —preguntó.

—A la caballeriza —contestó el marqués.

—¿Se ha olvidado de que Lady Sybille lo espera en la biblioteca?

—¡Que espere! —contestó el marqués y se marchó.

\* \* \*

**D**iona llegó a la casa solariega en la que había vivido con sus padres ya

avanzada la tarde. Había sido un largo viaje, pero ella había dejado que Sirio correteara un rato cada vez que cambiaban de caballos y los mesoneros de las posadas en las cuales se habían detenido la habían convencido de comer y beber algo.

No tenía hambre, porque sentía como si una enorme piedra le oprimiera el pecho, una piedra que parecía crecer con cada kilómetro que se iba alejando de Londres y del marqués.

No hacía más que pensar en su rostro apuesto y en la maravilla de sus labios. Cuando la había besado la noche anterior, había sentido que la elevaba hasta las estrellas y que ya no eran seres humanos, sino parte del Universo.

«Nunca volveré a ser feliz», se dijo con tristeza.

Sentía un profundo temor al imaginar su futuro. Debería permanecer siempre escondida, por miedo a que su tío la encontrara y la obligara a casarse con Simón.

Sin embargo, cuando entró en la casa que había sido su hogar durante toda su vida, le pareció que los brazos de sus padres la rodeaban y sintió que ellos estaban allí, para cuidarla.

Los viejos encargados de la casa, el señor y la señora Briggs, se mostraron felices al verla.

Aún no habían recibido la carta del señor Swaythling avisándoles que sus pensiones serían aumentadas; pero Diona se sentó en la cocina y les contó todo lo sucedido desde la última vez que los viera.

Como los conocía desde niña, los consideraba parte de su familia. Cuando les relató la forma en que su tío había tratado de casarla con su primo Simón se mostraron tan escandalizados y horrorizados como lo habría hecho su madre.

—Yo supe, desde que vi a ese muchacho, que no estaba bien de la cabeza —afirmó la señora Briggs—. Era como el pobre Jake, ese muchacho del pueblo de quien todos reían. Lo llamaban «el loco» y nunca nadie pensó en casarse con él.

—¿Comprenden ahora por qué debo ocultarme? —preguntó Diona.

No se había equivocado al pensar que su tío había ido a buscarla a la casa solariega. No lo había hecho en persona, sino a través de uno de sus mozos, un tipo gruñón y grosero que, a pesar de que ellos le aseguraron que no la



habían visto, insistió en registrar la casa.

—Fue un insulto, señorita Diona, eso es lo que fue... que nos hayan tomado por mentirosos —dijo el señor Briggs.

—No creo que el tío Hereward vuelva a buscarme aquí —contestó Diona—. Pero si lo hace, tendré que esconderme en el bosque o en el sótano, hasta que se vaya.

—No dejaremos que se la lleve, no se preocupe por eso —le aseguró la señora Briggs—. Ahora suba, querida, y póngase algo fresco mientras yo le preparo una buena cena.

Diona obedeció, pero cuando llegó al primer piso no se dirigió hacia el que siempre había sido su dormitorio, sino al de su madre.

Era una habitación muy atractiva, porque aunque tenían poco dinero el gusto de la señora Grantley era exquisito.

Cuando Diona abrió las persianas descubrió que los Briggs habían conservado la habitación inmaculadamente limpia. Las cortinas de muselina blanca que colgaban de la gran cama en la que dormían sus padres habían sido lavadas, al igual que la cubierta del tocador.

Diona abrió las ventanas para que penetrara la fragancia de las rosas que su padre había cultivado de modo que formaran una enredadera que trepaba por el muro.

Presintió con más intensidad que nunca que tanto él como su madre estaban con ella, protegiéndola. La atmósfera de amor que tanto había añorado cuando se fue a vivir con su tío, de nuevo la envolvió.

Eso disminuyó un poco la desdicha que sentía por haber dejado al marqués. Al mismo tiempo, sentía que todo su cuerpo clamaba de dolor porque lo había perdido.

«¡Va a casarse!», se dijo, pero no pudo evitar el deseo de que sus brazos la rodearan como la noche anterior.

Podía sentir su boca sobre la suya, y le parecía escuchar su voz profunda, que hacía que su corazón diera vuelcos en su pecho, al decir:

«¡Dios mío, cuánto te amo!».

—¡Y yo lo amo a él! —dijo con voz alta, como si su madre estuviera escuchándola—. ¡Lo amo hasta el punto de que él llena todo mi mundo, y nunca... nunca amaré a... nadie más!

Lanzó un leve, sollozo al añadir:

—Lo amo como tú amaste a papá. Por eso sé que me comprendes. Pero, ¿qué voy a hacer ahora que estoy sola?

Al decir eso sintió que la helada nariz de Sirio rozaba su mano y se percató de que el perro comprendía que se sentía infeliz. Lo rodeó con sus brazos y dijo con voz entrecortada:

—Ahora estamos solos otra vez, Sirio... tú y yo. Y tendrás que cuidar de mí porque no tengo a nadie más.

Permaneció sentada largo tiempo en la habitación de su madre; entonces el sol comenzó a hundirse en el horizonte y Diona pensó que no tardaría en oscurecer. Se cambió de vestido, colgando los que había traído de Londres en el guardarropa de su madre.

El vestido que había usado para viajar estaba cubierto de polvo y lo colocó a un lado para pedirle a la señora Briggs que lo sacudiera. Luego se puso uno de los trajes que la señora Lamborn le había comprado en la calle Bond.

Muy elegante y muy apropiado para una jovencita, era de crepé blanco y estaba adornado con pequeñas rosas del mismo color.

Diona pensó que nunca había tenido un vestido tan bonito como aquél y al mirarse en el espejo recordó que lo había comprado para complacer al marqués.

Pero ahora él nunca volvería a verla y el vestido perdió todo interés para ella. Como el marqués llenaba todos sus pensamientos, salió del dormitorio decidida a bajar para charlar con los Briggs.

Cuando menos eso la haría olvidar por unos minutos todo lo que había perdido para no recuperarlo jamás.

Comenzó a bajar por la escalera y cuando Sirio ya había llegado al vestíbulo, oyó el ruido de las ruedas de un carruaje que se detenía frente a la puerta principal.

Estaba entreabierta porque Briggs no la había cerrado después de su llegada. De pronto temió que, a pesar de todas sus precauciones, su tío hubiera descubierto que ella había salido de Londres y volviera de nuevo a buscarla.

Pero aunque no se tratara de Sir Hereward, era importante que nadie la

viera. No había nada que pudiera hacer más que correr y ocultarse y abrió la puerta más próxima que encontró. Era la del estudio que había sido el refugio de su padre. Los cuadros también eran de caballos, como los que tenía el marqués en su biblioteca, y la mayor parte de los libros que llenaban los estantes también trataban de caballos.

Las persianas estaban bajas y la habitación se encontraba a oscuras. Diona corrió hacia el rincón donde sabía que había un amplio sillón detrás del cual podía ocultarse.

Se acurrucó detrás de él, pensando que nadie la vería. Atrajo a Sirio hacia ella, poniéndole una mano sobre el hocico para indicarle que no debía hacer ruido.

Como la casa era tan pequeña, le resultó fácil oír que alguien había empujado la puerta del frente y caminaba por el piso barnizado.

Era un hombre y Diona sintió que comenzaba a temblar.

Había adivinado la forma en que su tío la había localizado en el Parque Irchester. Ella sabía que Ted, el carretero, jamás habría faltado a su palabra. Pero estaba segura de que lo que había sucedido era que su tío y Simón, sobre todo este último, habían hablado sobre la fortuna que ella había heredado. La gente del pueblo, ansiosa de que ella se enterara de su buena suerte, se había propuesto encontrarla para avisarle y lo había logrado.

Alguien, sin duda, la había visto en la carreta de Ted. Aunque en circunstancias normales no se lo habrían dicho a su tío, le habían llevado la noticia porque pensaban que le hacían un favor a ella.

Y una vez que su tío supo que se había ido con Ted, debió haberle resultado fácil descubrir dónde había estado este ese día. Eso debió haber sucedido. Ahora Diona oraba porque quien había llegado no la descubriera, ni le hablara a Sir Hereward sobre su presencia allí.

Sintiéndose invadida por un repentino terror, recordó que al llegar se había quitado el sombrero... un sombrero nuevo adornado con una guirnalda de flores blancas, y lo había dejado sobre una silla en el vestíbulo.

Como estaba tan alterada, sus dedos debieron apretar con fuerza a Sirio, porque éste se movió con inquietud y lanzó un leve gemido. En el momento en que lo tranquilizaba, la puerta de la habitación se abrió.

Acurrucada detrás del sillón, Diona contuvo el aliento. Entonces,

soltándose de sus brazos y ladrando de alegría, Sirio corrió hacia quien se encontraba de pie en el umbral.

—¿Diona?

Era la voz del marqués y cuando ella se levantó tambaleante, vio su figura recortada contra la luz.

Sin poder evitarlo, porque él estaba allí y ella había pensado que no volvería a verlo jamás... Diona corrió a través de la habitación.

El abrió los brazos y la estrechó contra su pecho y comenzó a besarla como lo había hecho la noche anterior.

La besó de forma exigente, posesiva, de una forma que provocó que ella sintiera que nada importaba ya, que todo carecía de importancia, excepto que ella le pertenecía.

Mucho tiempo después seguían de pie en la puerta. Por fin el marqués preguntó con voz temblorosa y extraña:

—¿Cómo pudiste huir de ese modo? ¿Cómo pudiste dejarme después de lo que te había dicho anoche?

A Diona le resultó difícil contestar porque él la había transportado al cielo y le parecía casi imposible regresar a la tierra.

Entonces, con una pequeña voz que él apenas si pudo escuchar, contestó:

—Yo... te estaba perjudicando... dañaba tu reputación... quedándome en tu...casa de Londres.

—¿Quién te dijo tales tonterías? —preguntó el marqués.

—Lady... Sybille...y afirmó que ibas a... casarte con ella.

El marqués la condujo hacia el vestíbulo.

A la luz del sol ya agonizante que entraba por las ventanas que había a cada lado de la puerta, la miró. Vio el resplandor que bañaba su rostro por el efecto de sus besos y la preocupación que comenzaba a inundar sus ojos al recordar la razón de su huida.

Sus labios eran rojos y suaves por el contacto de los suyos, y su cabello dorado pálido semejaba una aureola alrededor de su pequeño rostro.

Se quedó mirándola como si nunca la hubiera visto y dijo con voz muy suave:

—Ponte el sombrero. Veo que está sobre la silla.

Como se sentía tan desconcertada a causa de todo lo que estaba

sucedido, Diona no pareció comprender. El marqués avanzó unos pasos y levantó el sombrero. Se lo puso con gentileza y ató las cintas debajo de su barbilla.

Mientras ella lo miraba con expresión llena de amor, el marqués la tomó de la mano y la condujo afuera.

Su faetón estaba cubierto de polvo, aunque los caballos parecían frescos. Un palafrenero que casi siempre acompañaba al marqués y a quien ella había visto antes, sostenía las riendas.

El hombre le sonrió y tocó su sombrero en un saludo respetuoso.

El marqués la tomó en sus brazos y la subió al faetón. Después, cuando él tomó las riendas de manos del palafrenero, éste saltó al pequeño asiento que había en la parte de atrás del carruaje y el marqués lo puso en marcha.

Al fin, cuando salieron de la casa hacia el camino polvoriento que llevaba al pueblo, Diona recuperó la voz:

—¿Adónde... me llevas?

—¡A la iglesia! —contestó el marqués.

Ella lo miró como si no hubiera escuchado bien.

—¿A la... iglesia?

—¡Vamos a casarnos! El sacerdote nos está esperando.

Diona se quedó muda de asombro. No obstante, cuando vio que habían llegado a la pequeña iglesia de piedra gris a la que acudía con sus padres todos los domingos y donde ellos estaban sepultados, logró preguntar:

—Pero... ¿cómo puedes... casarte... conmigo?

—Muy sencillo —contestó el marqués, con una leve insinuación de risa en la voz—. ¡Es algo que debí haber hecho antes! ¡No quiero volver a correr el riesgo de perderte!

Detuvo los caballos frente a la iglesia, saltó del faetón y dio la vuelta para ayudarla a descender.

—¿Es correcto que... te cases conmigo? —preguntó ella.

—Lo haré —contestó el marqués—, y creo, mi amor, que es lo que los dos queremos.

Al decir aquello la miró y cuando Diona levantó los ojos hacia él, comprendió que las palabras carecían de importancia. Estaban unidos de forma indivisible y ya eran una sola persona.

El marqués la tomó del brazo y la condujo hacia la entrada de la iglesia. Diona escuchó las suaves notas del órgano y ya en el interior, advirtió que el vicario esperaba en los escalones del altar.

Era el mismo que había sustituido al anciano que la había educado, un hombre al que sus padres siempre habían considerado como un amigo.

El marqués recorrió con ella el pasillo central y unos segundos después comenzaba el servicio.

\* \* \*

Al volver a la casa solariega, Diona casi no podía creer que se había casado.

Al mismo tiempo comprendió que cuando el marqués le había respondido al vicario con voz firme, y ella escuchó su propia voz contestando en tono suave y un poco asustado, sus sueños se habían convertido en realidad.

La música que llenaba la iglesia procedía no sólo del órgano, sino también de sus propios corazones.

Sintió que los bendecía no sólo Dios, sino también su padre y su madre, que le decían que esto era lo que ellos habían deseado para ella.

«¡Estoy casada!», murmuró para sí, y añadió: «¡Y lo amo más de lo que jamás podría expresar con palabras!».

Pensó que ninguna boda podría haber sido más perfecta que la suya. Se había sentido rodeada no sólo por el amor que emanaba del marqués, sino también por el que procedía de su padre y de su madre.

Y, desde luego, aunque él se había comportado con mucha discreción, por el de Sirio.

El perro había seguido al faetón sin que ella lo advirtiera, y sólo cuando llegó a los escalones del altar Diona vio que Sirio se encontraba junto a ella, casi como si estuviera tomando el lugar de su padre y entregándola al marqués.

Durante la ceremonia, había permanecido muy quieto, sin moverse ni hacer ruido alguno, y ella se dijo que su amor era muy importante y algo de lo cual no habría podido prescindir.

De regreso a la casa solariega, el marqués volvió a bajarla del faetón. Sirio corría delante de ellos, como si los condujera al interior de la casa.

El marqués y Diona cruzaron el vestíbulo y como la puerta del salón estaba abierta, él la condujo hacia allí.

Mientras habían estado en la iglesia, la señora Briggs había abierto todas las ventanas y el salón estaba inundado por la fragancia de las flores del jardín.

El marqués cerró la puerta y ahora, como si ya no hubiera prisa, desató las cintas del sombrero de Diona. Después la rodeó con sus brazos y la atrajo contra su pecho.

Por un momento no la besó y ella sintió que la solemnidad del servicio aún seguía dentro de él, al igual que dentro de ella. Por fin, con mucha gentileza y ternura, la besó en la frente, después en los ojos y, por último, en los labios. Al principio fue un beso sin pasión, un beso de simple devoción, que le provocó deseos de llorar. Pero, cuando ella oprimió su cuerpo contra el de él, su boca se tomó más insistente y ella sintió que todo su ser se estremecía ante la magia de sus besos.

El marqués levantó la cabeza.

—Eres mía, Diona, mía, y nunca volveré a perderte.

—Te amo... te amo.

Esas palabras habían estado palpitando dentro de ella todo el día y parecían haberse intensificado cuando volvió a verlo. Ahora ya no había nada que pudiera hacer\*, excepto tratar de expresar su amor.

—¡Te amo! —exclamó—. Pero...siento que... no debiste haberte... casada conmigo.

Pero me casé —contestó el marqués—, porque te amo más de lo que puedo amar a nadie en la vida y porque, como tú bien sabes, preciosa mía, entre nosotros existe algo de lo que no podemos huir.

Volvió a besarla antes de añadir:

—Ninguno de los dos puede estar completo sin el otro.

—¿Cómo puedes decir... cosas tan bellas? —preguntó Diona Es lo que yo siento... pero nunca pensé que tú lo... sentirías también.

El marqués sonrió al contestar:

—Yo lo sentí desde el primer momento en que te vi, pero luché contra

ello, diciéndome que no sentía deseos de casarme con nadie.

—Pero... Lady Sybille dijo...

—¡Olvídala! —La interrumpió él—. Ella no tiene importancia en nuestra vida. Supongo que fui muy tonto al llevarte a Londres, pero lo hice por ti.

—¿Por... mí?

—Eres tan joven... has visto tan poco del mundo, pequeña mía, que pensé que debía darte la oportunidad de conocer a otros hombres, por si encontrabas uno al que pudieras amar más que a mí.

Diona lanzó un leve grito.

—¿Cómo... pudiste pensar tal... cosa? ¡Por supuesto que no podría... amar a nadie más que a... ti! ¡Sería... imposible!

—Cometí un error y lo pagué muy caro —dijo el marqués—. Nunca he vivido agonía semejante a la que pasé anoche, cuando descubrí que te habían secuestrado... y otra vez hoy, al darme cuenta de que te habías ido de la casa por alguna tontería que Lady Sybille te había dicho.

—¿No... le prometiste... casarte con... ella?

—¡Jamás he pedido a una mujer que sea mi esposa, excepto a ti!

Diona comenzó a reír.

—¡A mí nunca me lo pediste! Por eso le creí cuando me dijo que tú le habías prometido casarte con ella... pensé que aún... estabas considerando la posibilidad de... esconderme en alguna casita donde pudiéramos estar juntos... pero sin... casarnos.

El marqués la atrajo con fuerza hacia él.

—¡Olvídate de eso! Fui muy tonto al... proponerte eso, tratando de conservar mi libertad y mi independencia. Debí haber sabido que era una batalla perdida.

Al percatarse de que ella no había entendido, continuó:

—Te amo, mi corazón fue tuyo desde el primer momento. Pero supongo que, como la mayoría de los hombres, temía atarme a una mujer que tal vez me aburriera.

Diona se puso rígida.

—¿Y si yo... te... aburro? —preguntó.

—Sé que eso es imposible —repuso él— ¡no me he aburrido ni un segundo desde que te conocí! ¡Hemos ido de drama en drama! Creo que



tengo derecho a descansar... o, más bien, a disfrutar de mi luna de miel.

—¿Iremos... a algún lado?

—Mañana viajaremos a Dover para abordar mi yate.

Los ojos de Diona se agrandaron.

—¿Adónde vamos?

—Adonde tú quieras —contestó él—. El mundo es muy grande y existen muchos lugares que me gustaría mostrarte y donde me agradaría hacerte mía antes que volvamos para enfrentar juntos nuestras responsabilidades.

—¡Me parece maravilloso... realmente maravilloso! —exclamó Diona casi sin aliento—. ¿Estás seguro de que... no te... aburrirás conmigo?

—¿Te has olvidado de que sentimos lo mismo, pensamos lo mismo y estamos unidos por las ondas del pensamiento?

—Escuchaste... lo que te dije... anoche. Me habías oído...

—Y te volví a oír hoy —contestó el marqués—. Aunque no te hayas dado cuenta de ello, me estabas llamando todo el tiempo cuando viajabas desde Londres hacia aquí.

Diona apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Pensé que ibas a casarte con Lady Sybille —murmuró—. Sentí un... dolor que no puedo expresar... quería... morir.

—Nunca volverás a apartarte de mi lado.

Sus labios encontraron los de ella y la besó hasta que la habitación desapareció y sólo quedó el aroma de las rosas y la música que provenía de sus corazones.

—¡Te amo... te amo! —murmuraba Diona.

Pero no supo si lo dijo con voz alta o si sólo vibró en su pensamiento, a través de su cuerpo.

\* \* \*

Mucho más tarde, cuando la única luz que penetraba a través de la ventana provenía de las estrellas y la luna comenzaba a ascender por el cielo, Diona se movió entre los brazos del marqués.

—¿Estás despierto? —murmuró.

—Me siento demasiado feliz para dormir —contestó él.

—¿Es... cierto eso? ¿Eres feliz... no estás... aburrido?

El lanzó una carcajada.

—¡Claro que no! ¿Y qué me dices de ti, mi amor? ¿No te lastimé... no te asusté? .

Diona contuvo el aliento.

—¡No imaginaba que... el amor fuera tan maravilloso! —Besó el hombro del marqués antes de decir—: ¡Estar contigo es... como estar en el cielo! Al mismo tiempo... me ha hecho... feliz... intensamente feliz... que hayamos estado juntos aquí... en esta casa... llena de amor y en la misma cama en que mis padres dormían... cuando eran las personas más dichosas del mundo entero.

—Con excepción de nosotros —corrigió el marqués—. Estoy convencido, amada mía, de que ningún hombre ha sido tan afortunado como yo y lucharé como nunca he luchado, ni siquiera cuando era soldado, para protegerte de cualquier sufrimiento.

Diana lanzó un leve murmullo de felicidad y se acercó aún más a él.

—¡Te amo... te adoro! —le dijo—. Y no existen palabras para expresar todo lo que...siento por ti.

—Puedes amarme sin palabras, vida mía. Cada vez que toco tu cuerpo siento que me responde, cada vez que te miro a los ojos, sé que estás diciéndome cosas que sólo yo entiendo.

—Tú dices todas las cosas... que yo quisiera decir. ¿Cómo puedes ser tan... maravilloso?

—Es lo que deseo ser —contestó el marqués—. Y creo, preciosa mía, que así como yo sé la felicidad que tus padres le brindaron a cuantos los rodeaban, nosotros también debemos crear el mismo amor adondequiera que vayamos.

Diona lanzó un profundo suspiro.

—¿Cómo pude dudar alguna vez de que papá y mamá cuidaban de mí? —preguntó—. Ellos me dijeron que fuera a buscarte a la casa grande, y aunque al principio te tuve miedo... creo que desde el primer momento debo haber sabido que tú eras el hombre con el que yo quería pasar el resto de mi vida.

Se detuvo para preguntar:

—¿Estás... seguro de que no te... perjudicará socialmente el hecho de que te hayas casado conmigo... en lugar de hacerlo con alguien... tan importante como tú?

El marqués comprendió que ella pensaba en Lady Sybille y contestó:

—Tú no eres la única que huye, mi adorable esposa. La razón de que yo estuviera en el Parque Irchester cuando llegaste residía en que había huido de... Londres y de cierta mujer que se proponía hacerme... caer en una trampa.

Por un momento su voz se endureció. Después, en tono diferente, dijo:

—Pero, como tú, creo que fue el destino el que me colocó en el lugar preciso en el momento justo, cuando llegaste a pedirme ayuda.

—¡Claro que fue el destino! —reconoció Diona—. Y también Sirio. Si él no hubiera tirado el vaso de brandy de mi tío Hereward, y si no te hubiera despertado a tiempo para evitar que me casaran con Simón... yo no estaría aquí.

El brazo del marqués la oprimió de forma instintiva, cuando ella concluía:

—Fue una historia tan... emocionante, que siento como si la hubiera leído en un libro y no... la hubiese vivido yo misma.

—Quizá deberías escribirla... —sugirió el marqués—. Por supuesto, un día tendremos que contársela a nuestros hijos.

Aunque ella tenía el rostro oculto contra el de él, pudo percibir el rubor en sus mejillas. Entonces escuchó que murmuraba:

—¿Crees que... tal vez me hayas... dado un...bebé?

El marqués sonrió antes de contestar:

—¡Es algo de lo que debemos asegurarnos, si eso es lo que quieres!

—No sabía... hasta ahora... cómo se... procrea un bebé —dijo Diona con suavidad—, pero como es tan... tan maravilloso... y no quiero uno... sino varios... por favor, ¿podrías seguir... haciéndome el amor?

—Puedo contestar esa pregunta con facilidad —contestó el marqués—. Yo te amaré, y te haré el amor, preciosa mía, hasta que las estrellas se apaguen en el cielo y la luna deje de brillar.

Al mismo tiempo que hablaba, sus labios besaban la suavidad de su piel y con la mano recorría su cuerpo. Pequeños relámpagos volvieron a estallar en

el interior de ella. Sentía como si la luz del sol, que siempre había asociado con la felicidad, ardiera en sus senos y en su boca.

Era algo tan perfecto, que comprendió que Dios les había dado su bendición.

Entonces, a medida que las llamas que había en su interior ascendían más y más, y el marqués la hizo suya, comprendió que se habían transformado en un solo ser, en cuerpo y alma, por toda la eternidad.

FIN



BARBARA CARTLAND nació el 9 de julio de 1901 en Kings Norton, Lancaster, Inglaterra y se crió en Edgbaston, Birmingham, como única hija, e hija mayor de un oficial de la armada británica, el mayor Bertram Cartland y de su esposa Mary (Polly), Hamilton Scobell. Su familia era de clase media. Su abuelo, James Cartland, se suicidó.

Su padre murió en una batalla en Flandes, Bélgica, durante la Primera Guerra Mundial. Su enérgica madre abrió una tienda de ropa para mantener a Barbara y sus dos hermanos, Anthony y Ronald, ambos muertos en batalla en 1940, durante la Segunda Guerra Mundial.

Barbara fue educada en Malvern Girl's College y en Abbey House, una institución educativa de Hampshire. Después fue periodista de sociedad y

escritora de ficción romántica. Cartland admitió que la inspiró mucho Elinor Glyn, una autora eduardiana, a la que idolatró y llegó a conocer.

Fue una de las escritoras anglosajonas con más éxito de novela romántica. Era toda una celebridad que aparecía con frecuencia en televisión, vestida de color rosa de la cabeza a los pies y con sombreros de plumas, hablando del amor, el matrimonio, la política, la religión, la salud y la moda. Criticaba la infidelidad y el divorcio, e iba en contra del sexo antes del matrimonio.

Trabajó como columnista para London Daily Express y publicó su primera novela Jigsaw en 1923, que fue superventas. Comenzó a escribir piezas picantes, como Blood Money (1926).

Barbara Cartland entró en el Libro Guinness de los récords como autora más vendida del mundo en el año 1983. Sus 723 obras han sido traducidas a más de 36 idiomas, y según la propia autora, escribía a razón de dos novelas por mes. En 1991, la reina Isabel II la condecoró como Dame Commander de Orden del Imperio Británico en honor a los 70 años de contribución literaria, política y social de la autora.

Falleció el 21 de mayo de 2000 y fue enterrada en Camfield Place, su mansión del norte de Londres, vestida con su color favorito, en un féretro de cartón y al pie de un roble que plantó la reina Isabel I en 1550.